



EDITORIAL VANIR

*¿Tú
QUÉ
harías
SI...?*

*· NUNCA DIGAS
· DE ESTE AGUA NO BEBERÍ*

Lena Valenti

¿Y tú **QUÉ** harías **SI...**?

Lena Valenti

Primera edición: Abril 2015

Diseño de la colección: Valen Bailon

Corrección morfosintáctica y estilística: Editorial Vanir

De la imagen de la cubierta y la contracubierta: Shutterstock

Del diseño de la cubierta: ©Lorena Cabo Montero, 2015

Del texto: Lena Valenti, 2015

www.editorialvanir.com

De esta edición: Editorial Vanir, 2015

[Editorial Vanir](http://www.editorialvanir.com)

www.editorialvanir.com

valenbailon@editorialvanir.com

Barcelona

ISBN: 978-84-943547-4-8

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

Composición Digital: Publicón (Grupo Ulzama)

www.ulzama.com/publicon

CAPÍTULO 1

—¿Has sacado al perro?

Ya se había acostumbrado a que Zac no le contestara cuando le decía hola al llegar a casa después de un largo día de trabajo. De hecho, ni recordaba cuándo dejó que la indiferencia la albergara, ¿cuándo dejó de importarle que su marido no le respondiera? Suponía que, simplemente, pasó una vez, y después sucedió todos los días como un ritual monótono y apático.

Olivia llegaba a su casa sobre las cinco y media de la tarde.

Era la directora en funciones y de marketing de las grajeas *Smiling*, una marca de populares caramelos que se vendían en todo el mundo, como los Trident o los Smint, a diferencia de que los suyos tenían triptófano, una sustancia que ayudaba al cerebro a segregar serotonina, algo que según los científicos era «la química de la felicidad».

Heredó el negocio de su padre, un químico farmacéutico que un día decidió abandonarlo todo por su sueño, que no era otro que ayudar a que la gente se sintiese un poco mejor. Con los años, Luis se prejubiló, aunque mucho le costó al buen hombre, porque adoraba su trabajo. Sin embargo, su hija, que había estudiado marketing y dirección de empresas en la Universidad, estaba ya capacitada para llevar la compañía y por fin delegó sus labores en ella.

Desde hacía cuatro años, Olivia se hacía cargo del imperio de los caramelitos, a costa de pasar más de ocho horas en las oficinas,

recibiendo llamadas de distribuidores y vendedores de todas partes del mundo.

Y esas mismas horas eran las que le pasaban factura al llegar a casa, en forma de un dolor de pies terrible y una migraña ocular muy molesta.

Por eso, la cuarta cosa que hacía cuando llegaba a su hogar además de saludar a su marido, besuquear a su Gran Danés de dos años llamado «Caballo» (porque era enorme) y descalzarse los zapatos de tacón, era abrir el armario del botiquín farmacéutico y tomarse un par de ibuprofenos de golpe.

Después, se dirigía de nuevo al salón, con Caballo pisándole los talones y lamiéndole los tobillos, justo como hacía en ese instante.

—Caballo, por el amor de Dios... No chupes —le espetó mientras tiraba de la pinza que le sujetaba el moño alto y perfecto.

Ese era su look laboral favorito desde hacía un tiempo. Moño tenso y pelo recogido. No obstante, en su casa se liberaba y dejaba suelta y libre su melena rubia con reflejos cobrizos.

Olivia fijó sus ojos verde azulados en Zac y se masajéo la nuca con los dedos. Tenía los hombros tan cargados que apenas se podía mover.

Zac se encontraba donde siempre. En el sofá del salón, vestido con un chándal gris, con los pies embutidos en unos calcetines gruesos y negros, su MacBook Pro sobre las piernas, las gafas de ver de pasta negra resbalándole por la nariz, y sus ojazos de ónix fijos en la pantalla mientras sus dedos no dejaban de teclear, como si hacerlo, detenerse, fuera pecado. Tenía el pelo despeinado, negro como el ala de un cuervo, con las puntas que le señalaban a todas partes, y la barba naciente moteaba su apuesta mandíbula y su barbilla, marcada por un increíble hoyuelo que a Olivia le fascinaba.

Aún ahora, después de cuatro años de matrimonio, reconocía que su marido seguía siendo un hombre guapo y atractivo.

—Zac —le repitió ella condescendiente.

—Dime, preciosa —contestó ausente, concentrado en su ordenador.

—Hola. ¿Tierra llamando a Zac? —repitió con tono sarcástico, meneando la mano delante de su cara.

—Hola, cariño.

Pero la saludaba sin verla, enfrascado como estaba en esa novela interminable que se había comido dos años y medio de su vida, casi toda la paciencia de Olivia y parte de su matrimonio.

—Te he preguntado que si has sacado al perro —sujetó el dedo gordo de su pie y lo zarandeó un poco.

—No. No he podido —argumentó continuando con su escrito.

—¿No has podido? —Olivia se sacó con brío la camisa blanca de la cinturilla de la falda de ejecutiva que siempre solía llevar. Conjuntos muy parecidos, de sobrios colores. Invariable estilo—. ¿En serio? —se colocó con los brazos en jarra sin moverse, golpeando el parqué con la punta del pie cubierto por las medias color carne y marcando el ritmo como un diapasón. Nunca había tenido mal carácter, pero últimamente su paciencia pendía de un hilo muy fino—. ¿Llevas aquí todo el día, escribiendo en el sofá, y has sido incapaz de sacar a Caballo?

¿Acaso esperas que yo venga de trabajar después de más de ocho horas de dura jornada y tenga que sacar a mi pobre perro que no ha salido en todo el día?

Esta vez, Zac alzó la mirada ante el tono poco amistoso de Olivia. Se subió las gafas hasta colocarlas en su sitio y sonrió como un ángel pidiendo disculpas. Sabía que eso siempre le funcionaba con ella. Y lo peor, es que lo hacía sin maldad y sin ánimos de buscar ningún tipo de redención.

—Se me ha pasado el tiempo —se encogió de hombros. Olivia resopló y puso los ojos en blanco.

—No me lo puedo creer... Sabes que Caballo jamás se hace caca ni pipi en casa. Que se aguanta aunque le estalle la barriga porque

sabe que eso no está bien y no nos gusta. ¿Por qué no eres capaz de pensar en él?

«¿Por qué no eres capaz de pensar un poco en mí y en todos los esfuerzos que llevo haciendo desde hace tanto tiempo por ti?», pensó agriamente.

—Lo sé. Perdona, Olivia —Zac sacudió la cabeza y se reprendió a sí mismo—. De verdad. Sabes que me pongo a escribir y se me va el mundo de vista... Estoy a punto de terminarlo.

—Sí, ya... —Olivia alzó la mano para detenerle—. Me lo llevas diciendo desde hace muchos meses —recalcó con acidez.

—Esta vez va en serio, cariño. Me queda poco, son las páginas más trascendentales de mi novela. Cuando la acabe, todo cambiará —la mirada de Zac se impregnaba en verdad, él se quería creer lo que decía, pero a ella ya no la convencía.

Olivia siempre se mordía la lengua cuando le sacaba el tema de su libro.

Zac dejó su trabajo como periodista tres años atrás en un periódico muy importante del país para escribir una historia de la que todavía no le había dejado leer un solo fragmento.

Demasiado tiempo invertido en él mismo y en su manuscrito para que después, al ser autor novel, nadie se lo fuera a editar. No sabía qué tonterías y qué sueños imposibles tenía Zac en la cabeza, pero Olivia había pasado de decidir apoyarlo en todo, encargándose de la economía familiar, de la manutención de su preciosa casa en Collserola, de responsabilizarse de todos los seguros, a dejar de creer en él y en su proyecto.

Se había hartado de verle hacer siempre lo mismo, sin conseguir frutos, arando un campo que parecía que no iba a germinar jamás. Sin ayudarla en nada.

Olivia se había hartado de deslomarse y de no recibir ni un masaje ni una palmadita de ánimo en la espalda.

Desde hacía tres años, para Zac solo existía su novela.

Nada ni nadie más. Olivia había sido cruelmente relegada al olvido.

Zac parpadeó un par de veces, esperando que ella cediera y no se enfadara demasiado con él. Y Olivia prefirió alejarse de las confrontaciones porque temía el día en el que la discusión se le fuera de las manos, y dijera algo de lo que pudiera arrepentirse.

Así que, se alejó de su marido y se dirigió a su habitación, zanjando la diatriba.

Allí se puso ropa de correr. Sus pantalones cortos, sus

Asics de colores, una sudadera de color negro, y sujetó a Caballo con la correa para realizar la quinta labor que sistemáticamente hacía siempre al llegar a casa: darle una vuelta a su pobre perro que bien se merecía.

Olivia ignoraría de nuevo lo que ella merecía o necesitaba, y pasaría por alto todo los detalles que Zac ya no tenía con ella.

Y obviaría el hecho de que ese día era su veintiocho cumpleaños y de que él lo había vuelto a olvidar. Ni una cena romántica, ni un regalo hecho a mano, ni un beso ni un te quiero.

Cero.

Mientras se secaba las lágrimas de impotencia y frustración de los ojos, su benevolencia la instó a que creyera una vez más en él.

Tal vez, solo tal vez, Zac decía la verdad. Acabaría la maldita novela, se centraría en recuperar su antiguo trabajo y lucharía por recuperarla a ella.

Podía esperar un poco más. Total, llevaba casi tres años así.

CAPÍTULO 2

Cuatro años atrás

—Cariño —le decía su madre Carmen sentada a su lado en el coche nupcial—. ¿Estás nerviosa?

Liv entonces contaba con veintitrés años. Todos le decían que era demasiado joven para casarse, que eso ya no se llevaba. Por lo visto, según sus amigas y sus padres, primero tenían que vivir juntos, comprobar que eran compatibles con la vida en pareja y después, decidir si dar el siguiente paso o no. El matrimonio no era ninguna broma, y el papeleo jurídico, lamentablemente, opacaba la vida marital en muchos aspectos.

Pero ella no pensaba así. Su carácter romántico la llevaba a creer en historias de amor puras y auténticas, como la que vivía con Zacarías desde el primer momento en el que cruzaron sus miradas.

Liv miró a su madre con ojos brillantes, la cual llevaba una pamelita lila sobre la cabeza que cubría parcialmente su cálida mirada castaña. Cuantos más años cumplía, más hermosa estaba. Sabía envejecer como nadie.

Liv asintió con tranquilidad en respuesta a su pregunta. Franqueándola al otro lado se encontraba su padre Luis, como un fiel protector. El hombre estaba tan emocionado al mirar a su hija vestida de blanco como una princesa que apenas podía articular palabra. Solo sonreía por debajo de su espeso bigote, y de vez en cuando intentaba reprimir pucheros, que Liv pretendía consolar

apretándole la mano y entrelazando los dedos con él. Pero, ¿quién consuela a un padre al que otro hombre se llevará a su hija del altar?

—Estoy nerviosa porque es un día muy emocionante para mí — aclaró entrelazando los dedos también con los de su madre—. Desde pequeña que sueño con este día. Soy muy feliz. Zac me hace muy feliz, mamá.

Carmen parpadeó con agrado ante tal contundente respuesta y sonrió a Liv.

—Eso es lo que me da más tranquilidad. Que Zac es un hombre bueno y honrado, y que te quiere con todo su corazón. Te cuidará como te mereces. Cuídalo tú también a él.

—Lo haré —sonrió con ternura—. Zac es un desastre y necesita que se hagan cargo de él. Y yo siento que le quiero desde siempre.

Carmen suspiró estudiando a su hija con orgullo pero sin ocultar sus dudas ante tanta veneración.

—El matrimonio es un ejercicio diario, Liv, y tienes que practicarlo todos los días para que esté tonificado y en buena forma. Tú sales a correr todos los días para mantenerte en forma, ¿verdad?

—Voy a correr porque tengo la herencia genética de mis primas de Murcia. Temo tener esas caderas un día.

—Pues bien guapas que son.

—Por supuesto.

—Lo que quiero decirte es que el matrimonio y el amor en el matrimonio, necesita de lo mismo. De mucho esfuerzo físico y mental. Nunca perdáis el hábito de estar pendientes el uno del otro. Sed pacientes y respetaros.

Liv escuchó con atención las palabras de su madre, aunque sabía a fe ciega que amor nunca la faltaría. Ella jamás se cansaría de demostrarle a Zac lo mucho que significaba para ella. Sonrió abiertamente y cerró los ojos soñadora.

—Me muero de ganas de decirle sí quiero.

—Si Zac no te cuida, usaré la escopeta de caza, cariño.

—¡Papá! —exclamó atorando una media carcajada y reprobando su comentario. Pero cuando vio que su padre tenía los ojos brillantes y húmedos, se enterneció—. Papá, por favor, deja de llorar o saldremos de la limusina como si fuéramos a un entierro en vez de a una celebración.

—Yo solo te digo la verdad. Eres mi niña. Si Zac no te trata como mereces, entonces, tendrá un problema conmigo.

Liv tenía muy claro que no iba a hacer cambiar de parecer a su padre. Luis era terco como una mula, y extremista hasta lo indecible. Si quería, quería para siempre. Si odiaba, odiaba a muerte.

Pero estaba tranquila al respecto. Zac jamás haría nada que le hiciera daño. No había hombre más bueno que él. Su padre Luis no tendría queja.

Y ella tampoco.

Cuando Zac vio entrar a Liv, vestida con aquel impresionante traje de novia de Pedro del Hierro, al son de *Chemical* de Kerli, una canción que les encantaba a los dos, algo en su pecho se encogió para siempre.

Allí la esperaba él.

Se sentía el hombre más afortunado del mundo. Liv era una joya, un diamante entre el carbón con el que él estaba acostumbrado a tratar en su día a día.

La música y la voz de esa cantante traspasó su piel y su corazón, y con la imagen espectacular de su futura mujer, entrando cogida del brazo de su suegro Luis, selló ese momento en su memoria a fuego. No por Luis, por supuesto. Ese hombre estaba hecho un flan. Pero ella... Tan hermosa para él, tan rubia, con ese pelo que a veces hacía ondas como el de una sirena, le estaba sonriendo a él, solo a él. Y allí habían muchos invitados, algunos a los que nunca jamás volvería a ver, familiares demasiado lejanos a los que se invitaba por compromiso.

Pero para él solo existía Liv. Y nadie, jamás, podría arrebatarse ese recuerdo.

Se sentía dichoso y especial por ello. Porque su Olivia tenía la facultad de hacerle mejor, y de ofrecerle abrigo cuando los días eran demasiado duros. Era su mejor amiga, su alma gemela, y no concebía una vida sin ella.

Los ojos de Liv, azul celeste, rasgados y grandes como los de una gata, rebosantes de bondad se fijaron en los suyos, y allí se quedaron para siempre, como una huella indeleble en el tiempo. Era un jodido ángel.

Zac tragó el nudo que tenía en la garganta e inspiró profundamente por la nariz para no echarse a llorar allí como un niño. El perfume de Liv tan suave, una mezcla de flores y fruta, le dejó noqueado. Era patético. Se enamoraba de ella siempre que la veía.

Cuando sus manos se tocaron y Liv le fue entregada, la acogió como un regalo y una bendición. Ella le dio su mejor sonrisa, mezcla de nervios y emoción, y Zac solo pudo responderle con el mismo gesto, como diciéndole, «Estás tan guapa que no sé ni qué decirte».

—No hay duda de que esta es la casa de Dios —le susurró tirando de su mano para acercarle los labios a su oído—, porque acabo de ver a un ángel —le dio un suave beso en el lateral de la garganta.

Liv le acarició la mejilla con la mano. Tenía los dedos fríos por los nervios, igual que él.

—Tú también estás muy guapo.

—¿Vamos allá? —le preguntó dándole un beso en el dorso de la mano sujetándosela con las suyas.

—Vamos de cabeza —sentenció ella.

Los dos se sentaron en el banco, sin soltarse la mano en ningún momento, para escuchar la charla del cura.

Cuando llegó el momento de intercambiarse las alianzas y decir unas palabras, después de todo el protocolo en el que hablaron las

dos mejores amigas de Liv, y el mejor amigo de Zac como testigos, Zac tuvo que carraspear para aclarar su atribulada voz.

Se habían escrito unos discursos el uno al otro porque no querían repetir la vacua alocución del cura, repetida por miles de parejas antes que ellos.

A Zac se le daba muy bien escribir, por eso sus reportajes periodísticos eran tan buenos. Pero nada le había resultado más difícil que dedicarle unas palabras a Liv, porque para él, las palabras no alcanzaban ni de largo el poderío de sus sentimientos hacia ella.

Ambos, de pie, el uno frente al otro, parecían una pareja de película. Él alto y moreno, con su espeso pelo engominado y peinado a la perfección, muy diferente de cómo acostumbraba a lucir siempre. Ella como una muñeca de porcelana, delicada y etérea, con su larga melena dorada recogida a un lado, moteada con pequeñas flores, cubriéndole parte del hombro derecho.

Una estampa idílica para un día inolvidable. Habían acordado que la música de los acordes al piano de *Chemical* sonarían en sus respectivas promesas.

Y así sucedía.

Zac pasó los pulgares por la suave piel de la mano de su futura mujer y volvió a tomar aire antes de hablar.

—No hay palabras que puedan alcanzar la verdad de todo lo que siento por ti, Liv. Pero hoy estoy ante ti como tu mejor amigo. Como tu futuro esposo, y como el hombre que intentará por todos los medios hacerte feliz y plena. Hoy no hay iglesia ni ceremonia entre nosotros. Solo hay una promesa, mi amor —se pasó la lengua por sus labios reseca—, la de luchar día a día por nuestra vida juntos y caminar este sendero de la mano, en el amor y en la enfermedad, en las risas y en el llanto, en la alegría y en la tristeza. Siempre contigo. Te quiero y te querré siempre, pase lo que pase.

Los padres de ambos lloraban a moco tendido, igual que la mayoría de invitados. Pero Liv no les oía, ni los veía. En esa

Iglesia, tal y como había dicho Zac, solo estaban ellos dos. No tenían que rendirles cuentas a nadie. Excepto a sí mismos. Y mirándose a los ojos no se podían mentir.

Absorbió la abierta declaración de amor de Zac y la hizo también suya. Las lágrimas no le dejaban ver, aunque poco le importaba que se le corriera el maquillaje. La emoción de casarse con el hombre que ella había elegido, el único que sabía que la haría feliz, era incontenible, y la sacudía como una marea suave y constante, imparable.

—No puedo pedirle más a la vida, que ver tus ojos cada amanecer—dijo Liv con la voz rota. Intentó por todos los medios serenarse, aunque no lo conseguía—. En mi día a día no habrá más alegría que poder disfrutar siempre de tu compañía.

Me siento afortunada de ser tu elegida, Zac, y por eso me encargaré de regar nuestro amor como el agua a las flores. Tú sonríeme siempre, que eso les dará luz para crecer. Tú quiéreme siempre, incluso en esos momentos en los que parezca imposible, y eso las ayudará a florecer agradecidas al comprobar que este para siempre de hoy es de verdad. En la salud y en la enfermedad, en la tristeza y en la alegría, en la riqueza y en la pobreza, te amaré siempre, todos los días de mi vida. Contigo hasta mi final.

Zac asintió, deshecho por la promesa en la voz y en la mirada de Liv.

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia. Como Liv no tenía velo, y a los dos les urgía besarse y sellar por fin su compromiso, Zac acogió a Liv entre sus brazos y unió sus labios a los de ella.

No sería el beso más apasionado, pero sí el más sentido y el más sincero, porque encerraba una promesa de amor y responsabilidad el uno para con el otro que siempre deberían respetar y cuidar.

CAPÍTULO 3

En la actualidad

Liv llegó de correr a las ocho de la tarde.

Su gran Danés Caballo tenía la lengua fuera, agotado de sus casi diez kilómetros que se hacía a diario con su dueña. Y nada le iba mejor.

Con Zac el perro no tenía actividad. Caballo lo acompañaba en sus largas horas de escritura, y esperaba a que él le diera comida y lo malcriara como siempre con juguetes y chucherías caninas. Después recibía su porción de mimos y caricias distraídas y cuando se cansaba, el perro se iba de su lado y se limitaba a sentarse en el porche del jardín, esperando deseoso de ver llegar a Liv.

Ella se ponía la ropa de running, su calzado Asics de colores, el iPod y después le colocaba el collar a Caballo, se lo ataba a la cintura, y juntos se iban a recorrer la montaña. Caballo disfrutaba esa hora como un loco.

Zac y Liv vivían en las afueras de la ciudad. No en plena montaña, pero sí casi tocando las faldas. Zac lo necesitaba para ese tiempo sabático de escritura que se había autoimpuesto. Y a Liv le daba igual donde vivir, porque con el coche iba a todas partes, y no era nada perezosa para cogerlo: le encantaba conducir.

Tenía un Mini Rover antiguo que Zac le había regalado para su boda. A Liv le encantaban los coches clásicos y pequeños y ese era su favorito.

Era de color negro, aunque lo había pintado con las franjas blancas del mini Cooper actual. El resultado era cuquísimo e impecable. Además el interior se había actualizado con todo eléctrico y tenía todas las comodidades de un coche de primera línea.

Liv nunca supo cuánto tuvo que invertir Zac en esa delicatesen automovilística, pero lo disfrutaba como una loca.

Zac por su parte conducía un Jeep Wrangler 2.5 Hard Top del 91 totalmente restaurado, de color negro metalizado, con la cubierta beige.

A Liv le encantaba llegar de correr y ver los dos coches tan diferentes juntos en el parking propio del jardín, bajo la cubierta de madera. El Mini Rover pequeñísimo y muy urbano al lado del Jeep que parecía un tanque de montaña. El contraste le parecía genuino y muy tierno.

Lamentablemente, nunca se imaginó que su matrimonio se volvería una metáfora de sus propios vehículos. Eran coches clásicos y difíciles de ver, lo único que tenían en común. Sin embargo, no eran muy compatibles.

El tiempo y sus aceleraciones, demasiado crueles, les habían pasado factura en apenas tres años. Ya casi no quedaba nada de lo que una vez fueron.

Y Liv lloraba todas las noches desde hacía muchos meses por ello, perdida y cansada por no poder recuperar viejas sensaciones con su mejor amigo, y muy frustrada porque ni siquiera sabía cuándo empezó el declive entre ellos. ¿Cómo era posible que después de tanto quedara tan poco?

Lanzando una última triste ojeada a sus coches, subió las escaleras de madera que daban a la entrada de la casa y se descalzó las bambas.

—Caballo —le ordenó con el dedo—. Siéntate ahí y no te muevas del porche. Muy bien. Buen chico. Ahora espérate a que te traiga una toalla para limpiarte esas pezuñas.

El perro inclinó la cabeza a un lado intentando comprender lo que le decía. Como quería entrar y su dueña no le dejaba lloriqueó un poco.

—No me mires así y no llores, chantajista —le regañó medio sonriendo—. Ahora vengo.

Liv entró en la casa, y se quitó los auriculares de las orejas. Miró hacia el sofá del salón, esperando ver la cabeza morena y despeinada de Zac. Pensó que tal vez él no haría la misma rutina de siempre. Que en realidad, la esperaría en el sofá, con una magdalena y una vela, aunque fuera (porque pastel no iba a encargarse) para celebrar su cumpleaños y después, aunque no tuviera regalo (porque ya no tenía dinero para comprar nada), le daría todos los besos que no le daba desde hacía demasiado, y le diría sintiéndolo de verdad, con la mano en el corazón, que la quería, que todavía la amaba. Que el bache que atravesaban se trataba solo de unos años malos y que su futuro juntos iba a ser mucho mejor. Necesitaba esa frase como placebo para insuflarse fuerzas y aguantar lo que viniera.

Pero Zac no estaba ahí. Entonces, era verdad que no se acordaba.

Se había encerrado de nuevo en la buhardilla sumiendo a su hogar en un inquietante silencio, enterrándola bajo la tierra del olvido.

Cuando ella llegaba de trabajar, Zac se encerraba buscando esa anhelada soledad para su novela, sin darse cuenta de que al aislarse del mundo como lo hacía, la dejaba de lado, la apartaba de su vida. No tenía suficiente con pasar el día solo, escribiendo durante horas. Para colmo, tenía que seguir con su obra cuando ella llegaba de su jogging con Caballo, como si desistiera de compartir momentos a su lado. Después no volvía a aparecer hasta la hora de la cena. Y eso si cenaba. Porque a veces era Liv quien tenía que subirle la comida, porque Zac tenía la desafortunada manía de olvidarse de comer, tan centrado como estaba en su trabajo.

Como ese mediodía por ejemplo. La pica no tenía platos para enjuagar y meter en el lavavajillas, ergo, Zac no había probado comida en todo el día, excepto dos barritas de chocolate Oreo a las que era adicto. Con la de mierda que comía, Liv no entendía cómo mantenía ese cuerpo esculpido. Zac decía que era genética. Ella en cambio aseguraba que se llamaba Injusticia.

Así que, ¿de qué servía prepararle la comida y la cena si después él no le agradecía nada? Liv hacía de tripas corazón. Pero el vaso de su paciencia estaba a rebosar, y sabía que cuando se desencantaba de algo, ya nada volvía a engancharle a eso, porque la decepción la hería demasiado como para volver a confiar en ello.

Y en ese momento, su vida marital estaba sentenciada al desencanto.

Con ese pensamiento y cabizbaja, fue a buscar el paño con el que siempre limpiaba las pezuñas de Caballo y salió a asear y a recoger a su paciente y bonachón perro.

El único en esa casa que le daba amor sin condiciones.

—¿Seguís igual? —le preguntó su madre por la noche, muy afectada por teléfono al ver que la vida sentimental de su hija se iba al garete.

—Sí, mamá —contestó ella tapando la boca del grifo de la bañera con el dedo gordo del pie. Se había llenado la bañera para relajarse con el agua caliente y el olor a jabón. Aquel era uno de los placeres de su día. Como no tenía con quien hablar, y no podía molestar a Zac hasta que no saliera de su encierro voluntario, prefería entregarse a la desidia de un buen remojón—. No hay cambios. Seguimos igual.

—¿Te has sentado a hablar con él? ¿Le has dicho lo infeliz que eres en estos últimos meses?

—Muchas veces —contestó desmotivada—. Se lo he dicho de tantas maneras, mamá... Que parece mentira que todavía se lo tenga que volver a decir. Zac está metido en su mundo —con el

dedo reventó una pompa de jabón de la superficie—. No hay nada más allá de él.

—Bueno, ten paciencia, te dije que le quedaba poco para acabarlo, ¿verdad?

—Me lo lleva diciendo desde hace seis meses. Pero el libro sigue ahí. Puede que yo no sepa nada del tiempo que necesita una persona para escribir, ni de cómo debe ausentarse de lo que le rodea, pero Zac cree que su novela va a ser un best seller, y me da pena ser brusca con él y decirle que deje de forjarse ese tipo de ilusiones. Solo le brillan los ojos cuando está frente al ordenador, y no porque estén irritados. Antes le brillaban cuando me miraba a mí —repuso luctuosa. Suspiró, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el frío mármol de la bañera—. Ahora ya ni me mira ni me ve. No sé qué hacer...

—¿Cómo que no sabes qué hacer, Olivia? —pregunta incrédula—. Aguantar, cariño. Luchar por tu matrimonio. No puedes tirar la toalla cuando las cosas se tuercen.

—Mamá —Liv abrió los ojos y los fijó en el techo del baño, sin ver nada en realidad—. Lo apoyé cuando dejó el trabajo voluntariamente para iniciar su libro. Dijo que se tomaba un año de excedencia. En ese año él tiró de sus ahorros. Pero después del año, Zac no regresó a trabajar. Así que lleva dos años en paro, sin cobrar nada, estando en casa todo el Santo día con el ordenador, sin ayudarme en nada, y soy yo la que se está haciendo cargo de todo.

Su madre se quedó en silencio. Ella también pensaba que Zac estaba abusando demasiado del amor que Liv sentía hacia él. Y se sorprendía de que él fuera tan holgazán como para permitir que su mujer tuviera que mantenerle durante todo ese tiempo. Zac era un hombre que se comía el mundo con su arrojo y sus proyectos.

¿Cómo era posible que se olvidase de Liv de esa manera? Su hija era todo amor, todo altruismo y filantropía para con los demás, y solo pedía a cambio amor, respeto y cariño. ¿Por qué su yerno no cuidaba ese tesoro?

No obstante, Carmen estaba en contra del divorcio. Consideraba que la gente ya no respetaba nada, y que las parejas eran demasiado frágiles y permisivas, que no tenían ganas de luchar. Las personas querían y desquerían con una facilidad pasmosa. Y se casaban y se divorciaban como si el dolor del corazón fuera fácil de subsanar, cuando a la larga, se acababan dando cuenta de que lo habían hecho mal. Y no quería que su dulce Liv fuera una de esas mujeres que se casaron enamoradísimas de su marido, para después a los pocos años, dejarlo solo porque se cometían errores.

En todos los matrimonios se cometían errores. Las personas yerran y cometen gazapos cuando conviven en pareja, porque no están acostumbrados a pensar más que en sí mismos. El matrimonio era vivir y pensar también para el otro, según

Carmen. Y todo empezaba a ir mal cuando se olvidaban de cuidar a su compañero o compañera.

Tal y como hacía Zac con Olivia.

—No arrojes la toalla, Livi —le recomendó su madre comprensiva.

—Mamá... —Olivia lloraba en silencio. Sus lágrimas se mezclaban con el agua húmeda de su rostro. Le dolía tantísimo lo que le estaba pasando. La afectaba darse cuenta de que ese amor incondicional y absoluto que sentía hacia su Zac, se estaba apagando día a día, marchitándose como la flor que se dejaba de regar—. No quiero rendirme —gimió en voz baja. No deseaba que su marido la oyera llorar—. Pero es que me siento tan impotente. Tan sola. Ya no habla conmigo. No hacemos el amor. Y... se ha vuelto a olvidar de mi cumpleaños —se tapó la boca para reprimir el sollozo que luchaba por ser liberado.

—Oh, Livi... Cariño...

—Por segundo año consecutivo se ha olvidado de mi cumpleaños —repitió dándose cuenta del agravio—. Cuando yo siempre estoy pendiente de él. Cuido de él como nos prometimos. Zac es una calamidad y alguien tiene que echarle una mano y cuidar de él, pero... ¿Quién cuida de mí? —se preguntó—. No aguanto más —plañó rendida a su situación. Se incorporó y recogió sus rodillas

para hacerse un ovillo dentro del agua—. Le quiero mucho, pero me he cansado de esto...

—No, hija. Si no hay terceras personas de por medio, todo es salvable.

—Eso no es verdad, mamá —sujetó el teléfono con fuerza contra su oreja—. Si hubiera una tercera persona sabría contra qué tengo que luchar. Pero la indiferencia de Zac hacia mí, esa indolencia... Esa frialdad, es la que me desarma —reconoció sin fuerzas. Se mantuvo en silencio durante largos segundos que invirtió en pensar bien lo que iba a decir por primera vez en voz alta y a su madre, su mayor confidente y la máxima defensora de Zac—. No puedo dejarle ahora porque no tiene trabajo, sus padres viven en Australia y aquí no tiene a nadie...

—Liv...

—Pero cuando acabe el libro y se dedique de nuevo a buscar trabajo y lo consiga voy a pedirle el divorcio. No tiene sentido volver a sentarme a hablar con él y a reclamar su atención. No me ha hecho caso en todas las veces anteriores.

—Liv, cometes un error. ¿Crees que te sentirás mejor cuando te divorcies?

—Esta no es la vida que yo quiero.

—¿Crees que la vida entre tu padre y yo fue fácil?

—Me da igual, mamá. Mi padre y tú tuvisteis vuestra propia historia, pero Zac y yo somos otro mundo.

—Sois una pareja en apuros, como todos los matrimonios de hoy en día.

—No, mamá. Hace tiempo que dejamos el apuro atrás.

Lo nuestro es una crisis en toda regla. Un bache. ¿Qué digo un bache? Es un boquete del tamaño del Gran Cañón. Y no puedo con esto... —hundió el rostro entre sus rodillas y negó con la cabeza—. Me duele en el alma...

—Hija mía... ¿Quieres que adelantemos nuestro viaje y hablemos?

Sus padres vivían en Asturias, y tenían pensado visitarlos a final de mes y estar unos días en Barcelona con ellos. Era un ritual que hacían cada tres meses. Antes eran Zac y ella los que viajaban, pero en consideración por no romper el trabajo y el ritmo de escritura de su marido, eran ellos los que venían desde hacía un año.

Liv pensó que no era necesario que sus padres cambiaran sus planes por eso. Ella no iba a cambiar de parecer, así que no hacía falta que vinieran antes. Y de hecho, mucho mejor. Su madre siempre tenía el don de ablandarla para que pensara de otra manera. Pero Liv ya no quería que nadie la molificara.

Había tomado una decisión.

—Mamá, te tengo que dejar. Voy a preparar la cena y tengo que darle de comer a Caballo y al escritor... Porque si nadie le alimenta, parece que él no lo hace.

—Liv no hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

Piensa las cosas antes de actuar.

—Sí, mamá —le dijo para dejarla tranquila—. Te dejo que tengo que salir del agua o me arrugaré como una pasa.

—Muy bien, hija. Mañana te llamaré para ver si te encuentras mejor.

—No estoy enferma —aclaró ella con tono duro—. No es un desvarío. Tengo el corazón roto, madre. Eso no se pasa así como así.

ti.

—Todo se pasa, cielo.

—Buenas noches. Dale un beso a papá y otro fuerte para

—Buenas noches, hija. Te queremos.

—Y yo a vosotros.

Después del baño, Liv se metió en la cocina para preparar la cena.

Antes le llenó el bol de comida a Caballo para que el perro se quedara tranquilo. Era matemático: el animal limpiaba el recipiente a lametones e inmediatamente subía a su habitación y se tumbaba en su puf, aunque no se dormía hasta que ella llegaba y se metía en la cama.

Liv pensó en subir su plato a la buhardilla y cenar con Zac para, aunque fuera, compartir un momento con él y comprobar si la acidia todavía no había matado el amor que le quedaba. Pero a su marido no le gustaba tener a mirones cerca cuando trabajaba y ella había decidido respetar todos sus deseos, pues no quería ser la culpable de que su libro se retrasara tres años más. Por eso, subió las escaleras con la bandeja ocupada con la cena de Zac y golpeó la puerta suavemente con los nudillos.

Había querido ser la mujer perfecta para él. Solícita, atenta, cariñosa y competente. Y lo sería hasta el último día. Hasta el instante en que lo mirase a los ojos y le dijera: «Zac, lo nuestro está muerto».

Aunque esa fracción de segundo en el que toda su vida cambiase para siempre no había llegado aún. Primero quería que, al menos, su escritor se realizara y acabase su obra sin contratiempos ni disgustos.

Le dejaría en paz hasta entonces.

Como mínimo, a pesar de que él con ella no hubiera cumplido, sí habría alcanzado su objetivo y acabado su trabajo personal. Y de eso sí que tenía que sentirse orgulloso porque para ella no había nada más dificultoso que llevar a cabo la tortuosa y constante labor de escribir un libro.

Ella no era capaz de redactar cuatro líneas seguidas sin pensar acuradamente en lo que quería decir, culpa de idear campañas de marketing. Y para ello podía tirarse días hasta conseguir un slogan formado por cinco o seis palabras. No quería ni pensar en lo que demoraría en escribir un manuscrito.

Por eso admiraba el tesón de su pareja, porque en eso sí había sido incesable.

—¿Zac? —Coló la cabeza rubia dentro de la habitación.

Escribía con la luz del escritorio encendida. La mesa no se veía por la cantidad de papeles, hojas, *post its*, documentos y libros que la invadían. Todo ello también semi encubierto por los envoltorios de Toblerones, Oreos, Panteras Rosas y guarradas varias que tanto le encantaban. Era como el cuarto de

«El Gordo Alberto» y «La Moños», todo a la vez.

Ahí no había ni una cosa en su lugar. Liv reprimió la necesidad de decirle que iba a llamar a Sanidad, pero se mordió la lengua.

Zac trabajaba con el escritorio de cara al ventanal que ofrecía unas magníficas vistas de Barcelona aunque él ya no tuviera tiempo para admirarlas.

Tenía la espalda curvada y la cabeza morena demasiado cerca de la pantalla. No comprendía cómo no se le habían quemado las retinas de los ojos.

Hacía siglos que no vestía otra cosa que el pijama y la bata, o los chandales universitarios y demasiado viejos que él se negaba a tirar. Y a ella le parecía muy triste que un hombre tan guapo como él no se sacara partido. Antes, cuando salían, todas las mujeres se daban la vuelta para admirarlo. Y a ella le encantaba sonreír malignamente y pensar: «es mío, zorras».

Pero ya no recordaba la última vez que habían ido a cenar o a caminar cogidos de la mano.

—Te traigo la cena. Hoy no has comido nada —carraspeó y entró decidida sin esperar su beneplácito.

—Sí he comido —repuso con su atención al frente.

—Eso que comes sin masticar y que te obstruye las arterias no es comida, Zac. Esto que te traigo... —con el pie oculto bajo la zapatilla de cara de ratón retiró la silla que quedaba libre al otro lado del escritorio y la colocó a su vera para que hiciera de mesa improvisada—. Sí es alimento. Cómetelo. Una ensalada de las que a ti te gustan y salmón a la plancha —dejó la bandeja encima y puso los brazos en jarras.

—A veces no puedo parar —sonrió como disculpa—.

Comer me quita tiempo.

—Qué bien. Porque a mí meterme en la cocina también me quita tiempo —aseguró incisiva—. Estoy cansada de cocinar y dejarte platos listos para que luego los ignores y prefieras meterte dos cajas de Donnettes entre pecho y espalda. Así que para un momento y haz que mi esfuerzo valga la pena —no desvió la vista ni un milímetro de la coronilla negra de Zac, esperando a que él reaccionase.

Este tuvo que sentir su poderoso estudio porque levantó la cabeza para contemplarla.

Liv ni siquiera le sonrió, y eso que era la primera vez que la miraba a los ojos y deparaba en ella en todo el día.

Él se apartó las gafas de escribir y se presionó el puente de la nariz, agotado por tanta concentración.

—Tienes razón, Livi. Perdona. Soy un desagradecido — murmuró.

Ella volteó los ojos.

—Solo haz el favor de alimentarte, ¿quieres?

Se iba a dar la vuelta para salir de la habitación, pero la mano de Zac salió disparada hasta coger su muñeca y acercarla a él de un tirón.

Entonces, repentinamente, apoyó la frente en su estómago, buscando alivio y refugio, y exhaló exhausto.

Liv se quedó sorprendida e inmóvil ante aquel gesto de necesidad de consuelo, pero a ella no le salía ser comprensiva después de todo. Llevaba demasiado tiempo siendo invisible para él como para ser cálida y afectuosa por un simple ademán.

—¿Qué haría yo sin ti? —se dijo para sí mismo—. ¿Qué sería de mí sin tus cuidados y sin tus broncas? —sostuvo su cintura con ambas manos y después apoyó la barbilla en su plexo para mirarla apreciativo.

La mano de Liv se levantó automáticamente pero se quedó a medio camino antes de posarse sobre la cabeza de su marido. Después la dejó caer. Antes le encantaba colar sus dedos en su cuero cabelludo. Lo tenía espeso y suave, negro y azabache como la noche y sentirlo la relajaba, como cuando veían la tele juntos y él se recostaba con la cabeza sobre sus piernas.

Pero el espacio entre los dos se había hecho demasiado grande en ese momento como para acariciarse con voluntariedad.

—¿De verdad estás acabando el manuscrito?

—Sí, princesa. Pronto —afirmó sin ninguna duda.

—Me alegro mucho por ti.

—Y yo.

Inhaló la piel del vientre de su esposa. Y lo hizo de un modo melancólico, que la hizo sentirse incómoda.

—¿Dormirás hoy en la habitación o te quedarás aquí otra vez? —
¿Por qué seguía preguntándolo si ya sabía la respuesta?

—Cuando acabe este capítulo me acostaré. Si es muy tarde ya sabes que prefiero quedarme aquí. No me gusta interrumpirte el sueño y despertarte.

«Yo nunca te dije que eso me molestaba. Ahora sí me molestaría. Pero antes no», pensó.

—Como quieras —echó un último vistazo al plato de pescado que humeaba—. Come, Zac. Por favor.

Él asintió y se quedó en silencio, observándola de un modo extraño.

—Sabes que te quiero mucho, ¿verdad, Livi? —le dijo solemne.

Ella tragó el nudo que tenía en la garganta. Cómo odiaba que le hiciera eso... No podía arreglarlo todo con un te quiero.

El amor se demostraba cada maldito día, no de trimestre en trimestre.

—Sí. Bueno... —Liv le dio un rápido y volátil beso en la frente—. Y yo a ti. Acaba pronto el libro, Zac. Ánimo —se dio media vuelta, no

miró atrás y se alejó de él para no revelar que el «y yo a ti» no era un te quiero como los de antes.

Arrastró su alma en pena hasta su habitación, donde pudo llorar bajo la colcha, cobijada por la íntima oscuridad que esta le facilitaba.

Liv se durmió acompañada de la respiración profunda del único macho que nunca la dejaba sola.

Su Caballo.

CAPÍTULO 4

Pasaron dos semanas más, y como Liv ya sabía, Zac no había acabado aún su novela.

No le volvió a mencionar ni a preguntar nada más sobre su historia porque no quería volver a recibir la misma y sistemática respuesta de siempre.

Así que se limitó a hacer lo que siempre hacía. Llegar a su casa de su jornada de ocho horas diarias, irse a correr con su perro por la Carretera de les Aigües, darse un baño después, relajarse leyendo un libro de los que le encantaban de novela romántica, y a continuación, preparar la cena para todos: para ella, para su Gran Danés y para su marido invisible.

Zac ya no salía de la buhardilla para nada. Pocas veces se lo encontraba ya en el sofá escribiendo. Por lo visto, prefería la intimidad de su oficina basurero a tenerla pululando a su alrededor. Últimamente, Liv reconocía que ya no era nada paciente. Se atrevía a lanzarle miradas reprobatorias y desafiantes, y a llamarle la atención cuando ponía los pies sobre la mesilla del salón o a cuando dejaba los envoltorios de su comida hipercalórica en todas partes menos en la basura.

Liv ya no tenía aguante. En cualquier momento iba a explotar.

—Eres como su chacha —le dijo su amiga Teresa mientras comían en El Nacional de Paseo de Gracia.

Era viernes.

Todos los viernes Liv se reunía con Tere y con Fina, sus mejores amigas, en El Nacional, un macroespacio luminoso con varios restaurantes de distintas estéticas en los que predominaban los espacios abiertos y una decoración propia de los años cuarenta, bajo un meticuloso diseño modernista.

Era un espectáculo para los ojos y para el paladar. Un festival culinario todos los días.

Comían en La Tapería, como su nombre indicaba, restaurantee especializado en tapas.

Tere era morena de pelo largo y flequillo recto; bajita, de grandes ojos verdes. Tenía treinta y tres años, una risa contagiosa y un sentido del humor muy ácido. Se había casado con un bombonazo de veinticinco años, siete más joven que ella y estaba feliz por ello.

Fina tenía treinta y cuatro. Era rubia con media melena, y dulce como el melocotón en almíbar. Siempre lucía una sonrisa en la boca y era jovial y extrovertida. Su marido era vinicultor y poseía su propia marca, y aunque no era tan guapo como el de Tere, tenía cara de buena persona, y lo mejor era que lo era. Ella estaba embarazada de cinco meses, aunque no lo llevaba demasiado bien y a Liv le hacían gracia sus cambios de humor.

Sin ellas y sin sus momentos de desahogo, Liv habría sido una completa desgraciada. Sus terapias eran básicas para recuperar el equilibrio y la salud. Las tres eran acérrimas lectoras y cada semana intentaban leerse un libro romántico para comentarlo todos los viernes entre risas, ataques de tos y aspavientos, aunque Liv ya no estuviera por la labor de reírse de nada.

Se conocieron en la carrera de Marketing y Dirección de Empresas. Ellas accedieron a la Universidad por la prueba de acceso para mayores de veinticinco. Y allí, en las clases, hizo dos buenas amigas que se llevaría siempre con ella. De hecho, ambas fueron sus damas de honor en su boda.

—En serio, Liv. Llevas demasiado tiempo con esto —le recriminó Tere apunto de degustar una tapa de patatas con huevo revuelto.

—Yo todavía no me puedo creer que Zac se esté comportando así
—Fina negaba con la cabeza y apoyaba las manos en su abultada barriga—. Con lo bueno y lo atento que parecía

—lamentó.

—Fíate de los buenos —murmuró Tere—. Son los peores. Te embelesan, se meten en tus bragas, te cazan y después...

A ver cómo te los sacas de encima. Zac es un gandul.

Zac había perdido todo el respeto a ojos de Tere. Le causaba irritación darse cuenta de que había apostado al cien por cien por él y que este la había decepcionado tanto.

Pero peor era para Liv que estaba casada con él.

—No es que no haga nada... Él escribe mucho. Está volcado en su proyecto —A veces, Liv se sorprendía a sí misma defendiéndole.

—¿Seguro que escribe? ¿No verá porno? —Tere se inclinó hacia delante para hablarles en confidencia, mirando a un lado y al otro para asegurarse de que nadie la escuchaba—. Cariño, deberías revisar su historial. La vecina de arriba se ha divorciado de su marido porque el tío era adicto al pornhub.

—Bueno —rebufó Fina—. Yo también sería adicto al pornhub teniendo a esa mujer como esposa. Se parece a Mickey Rourke con botox.

—Al pornhub... Gay —aclaró Tere con una risita.

—Ah —Fina abrió sus inocentes ojos marrones al comprender lo que decía la morena—. Vale. Entonces ya entiendo por qué se había casado con ella —se llenó su copa de agua e hizo una mueca que hizo reír a Liv.

—Como sea —intervino Liv—. He tomado la decisión

—pasó los dedos por la base de su copa de vino tinto—. Me voy a divorciar.

—Oh, cariño... —Fina cubrió su mano para consolarla.

—Eso deberías haber hecho hace dos años, después del primer año de total abandono. Nunca debiste permitir que esto se alargase

tanto.

Fina resopló y le echó a Tere una mirada de soslayo.

—Como si fuera tan fácil, ¿verdad, neni? —le dijo Fina a Liv con mucha asertividad—. Las cosas son como son. Yo tampoco debí permitir que me saliera una almorrana del tamaño de mi mano por culpa de mi embarazo. Pero hay cosas que no se pueden cambiar por mucho que una lo desee.

—No necesitaba saberlo, créeme —Tere la miró anonadada.

—¿Cuándo irás al abogado? —preguntó Fina preocupada ignorando a Tere—. Te acompañaremos.

—Primero quiero que Zac acabe con lo que sea que está escribiendo. Ese maldito libro ha cavado mi tumba matrimonial y necesito que lo finalice. Cerrar ciclos. Además —se dejó caer sobre el respaldo de la silla blanca—, soy la primera fuente de ingresos de esta familia. Él no tiene dinero ni para pagarse a un abogado, y mucho menos para vivir en una casa de alquiler. Quiero darle tiempo para que se recupere, y cuando encuentre trabajo, poder dejarle ir.

—Eres demasiado considerada. A un tío que no se acuesta contigo desde hace casi seis meses no le debes nada — señaló Tere filosa—. Le hiciste una promesa, pero él fue el primero en romperla. Si yo fuera tú, acabaría con esto ahora mismo —aseguró rabiosa. A Tere nada le dolía más que ver a su mejor amiga tan apagada y destrozada—. Mírate, Liv. Eres preciosa, inteligente, cariñosa y muy divertida, aunque ahora tengas un humor de cortarte las venas. Y el capullo de Zac te ha dejado escapar, ha permitido que te apagues. Eso es imperdonable.

Ella asintió y agachó la cabeza rubia acongojada. Varios mechones cayeron graciosamente por su cara pero ella se los retiró rápidamente para colocárselos detrás de las orejas. Se arreglaba y se maquillaba para ir a trabajar, porque ella mejor que nadie sabía lo importante que era venderse y tener una buena imagen.

Pero ya no se ponía guapa para Zac. A él le encantaba lucirla, y ella adoraba saberse admirada y deseada por él.

No obstante, todo eso ya se había acabado.

—Liv, anda, no llores —le pidió Fina ofreciéndole unos clínex.

—Ya no lloro —contestó ella—. Lluevo.

—Alguien debería cortarle los huevos a ese manta —espetó Tere cruzada de brazos, enfadada por la suerte de Liv. Después dejó a un lado toda la inquina y le pasó un brazo por encima para reconfortarla—. Te mereces un hombre que piense en ti y no en sí mismo.

—Disculpe.

Las tres alzaron la cabeza de golpe al oír la voz de un desconocido tras ellas.

Liv miró hacia atrás y se topó con un chico de no más de veinte años que llevaba una rosa roja con un lazo del mismo color, un tarjetita colgando del tallo y un paquete envuelto en regalo.

No sabía quién era, no lo había visto en la vida.

—¿Es usted Olivia Lago?

Liv se apuró a limpiarse las lágrimas de los ojos con el clínex y miró al desconocido, confusa.

—Sí. Soy yo.

—Tengo el encargo de entregarle esta rosa.

Fina y Tere desencajaron la mandíbula y Liv frunció el ceño escépticamente.

—¿Seguro que es para mí? —preguntó roja de la vergüenza. No le gustaba ser el centro de atención. Todos los de las mesas de alrededor la estaban mirando.

—Sí. Si es usted Olivia, sí —le hizo entrega de la rosa y el paquete de regalo—. Por favor, firme aquí —sacó una especie de datáfono digital.

Liv firmó sin más dilación y esperó a que el mensajero se fuera para atender el obsequio con sus amigas, que estaban más

emocionadas que ella misma ante la sorpresa.

—¿Será de Zac? —preguntó Fina esperanzada—. El tonto te estará felicitando por tu cumpleaños dos semanas después. Hay que ser zoquete.

—¿Zac? Qué va —aseguró Tere queriendo traspasar con su mirada verde la tarjeta para averiguar de quién era—. ¿Qué pone en la tarjeta?

Liv se había quedado sin habla.

Por un momento, un loco e incomprensible instante, deseó que esa tarjeta viniera firmada por su todavía marido, y que le pusiera algo como: «Sé que lo he hecho muy mal. Dame otra oportunidad. P.D: he acabado el libro».

Pero ese no era el estilo de Zac y Olivia lo sabía. A Zac no le iban las intrigas, era plano y siempre venía de cara.

Con dedos ansiosos abrió la tarjeta blanca con una rosa dibujada en una de las esquinas y una nueva decepción la golpeó cuando descubrió que esa letra no era la de Zac. Sin embargo, a la decepción, le siguió una revoltosa curiosidad.

¿Quién era? ¿De quién se trataba?

Leyó primero en silencio, y después en voz alta para creerse lo que acababa de procesar.

«Me encantaría poder devolverte la sonrisa. Llevo demasiado tiempo loco por ti como para pasar por alto la tristeza de tu mirada. Nadie en su sano juicio debería consentir que derramaras una sola lágrima más. Déjame ser lo que necesitas. Si quieres que nos conozcamos, te espero el martes a las siete y media en el hotel 1898, en la habitación

169».

P.D: Siempre te veo firmar las cuentas con la misma estilográfica desgastada. La sacudes, y acabas arrancando parte de la tinta que

le queda. Acepta este detalle de mi parte. Me agradecerá comprobar que al menos te he ayudado en algo.

Atentamente tuyo

Liv retiró los ojos de la tarjeta y estudió a cada uno de los hombres que tenía en su perímetro como si analizara perfiles psicológicos y sociológicos. ¿Una cita? ¿Así? ¿Tan descaradamente?

Fuera quien fuese, se trataba de alguien que la veía allí a menudo, cada viernes, para ser exactos. Un desconocido que la estudiaba, que analizaba sus gestos y que conocía su estado anímico. Alguien lo suficientemente contemplativo como para saber si tenía los ojos tristes, o si firmaba siempre con la misma pluma que ya no funcionaba y de la que no quería desprenderse.

Era una aficionada a las plumas estilográficas, hobby que heredó de su padre. Y a esa en particular, le tenía un cariño especial porque era de Zac. Se la apropió cual cleptómana descarada en la primera cita que ambos tuvieron, nada más firmar la primera cena que él pagó.

Pero no le faltaba tinta, tal y como había dicho su admirador. En eso había errado. Se le había torcido la punta y hacía tiempo que no escribía bien. Si Liv la sacudía era por la ridícula esperanza de creer que así volvería a funcionar. Pero todos sabían que cuando la punta de una pluma se torcía o se doblaba, ya no firmaba nada más que su propia defunción.

Liv sonrió sin alegría. Paralelamente, todo convergía con el estado de su relación con su marido.

Como fuera, y para su sorpresa, lo cierto era que no se sentía amenazada ni incómoda. Le pareció un acercamiento original, un tanteo muy elegante. Ese hombre debía tener mucha clase, fuese quien fuese.

—¡Madre mía! —exclamó Tere con ojos risueños, avizorando el restaurantee—. ¡Te ha salido un admirador, gorda! Y tiene mucho

estilo... —le arrancó la tarjeta de las manos—.

¡Y te cita en el hotel 1898! ¡¿Ves que no hay mal que por bien no venga?!

—Entonces, ¿no es de Zac? —preguntó Fina estupefacta.

—Ya os he dicho que al muermo no se le ocurren estas cosas ni muerto —soltó Tere saboreando el vino de su copa, excitada ante el misterio de la rosa.

—¿Y entonces de quién es? —Fina se hacía mil preguntas a la vez.

—¿Y si fuera de Amador? —Tere soltó una risita para picar a Liv—. Ese hombre está enamoradísimo de ti desde siempre. Te mira como si fueras comestible.

Ama era un amigo de la familia y su asistente de Marketing. Zac no lo soportaba porque decía lo mismo que Tere. «No me gusta cómo te mira», le decía.

Estaban todos los días juntos, trabajando codo con codo.

Liv lo apreciaba, era un buen amigo y compañero. Pero nada más. Aun así dudaba de que esa carta fuera de Ama, porque él estaba en Estados Unidos firmando un contrato de distribución de los caramelos y no pensaba que él fuera capaz de hacer algo así.

Aunque, de otra manera, sería incapaz de pedirle una cita directamente, cara a cara...

—Déjame ser lo que necesitas —releía Tere dramática, llevándose la mano al corazón y poniendo voz seductora—. Es increíble... —inhaló la tarjeta como una guarrona—. Cuánto morbo.

Pero Liv ya no las escuchaba. Su atención se volcaba en ese paquetito envuelto con un delicado papel satinado de color negro, que ahora desenvolvía. La caja que escondía le puso el vello de punta y miedo tuvo de abrirla.

Cuando lo hizo finalmente, se le secó la garganta.

Era una estilográfica Omas modelo *Tryp of the Phoenix*, de edición limitada. Blanca, con la serigrafía de un fénix verde y rojo lleno de

detalles. Y no era una pluma cualquiera. Valía un auténtico dineral, varios cientos de euros.

Ella misma había visto algunos modelos en la Calle Fontanella en la Casa de la Estilográfica, pero siempre las consideró lujos excéntricos e innecesarios.

Su admirador anónimo se acababa de exceder con el regalo. Se había excedido con todo.

—Ni pienso ir al hotel ni voy a aceptar el regalo. No lo puedo aceptar —cerró la caja y la dejó sobre la mesa, como si le quemara en las manos—. Es... demasiado. No puedo.

—¿Perdona? ¿Qué es lo que no puedes aceptar? —Tere, que era más lanzada, se hacía cruces al ver que su amiga no acogía lo único bueno y emocionante que le pasaba en años.

—No voy a aceptar el regalo de un desconocido que está diciendo abiertamente que quiere algo conmigo —se cerró en banda.

—Oye, un momento —Fina arqueó las cejas castañas claras y la miró sorprendida—. No haces nada malo por aceptar esto. Es un regalo. No está de más que alguien te dé un capricho, Liv.

Ellas no tenían ni idea de la pequeña fortuna que valía esa pluma.

—Sí. Como el regalo de cumpleaños que Zac no te hizo

—comentó Tere sarcástica—. Ah, ya. Que se le olvidó —bizqueó.

Liv no sabía cómo reaccionar. Estaba acalorada y nerviosa al pensar que ese hombre estuviera observándola en ese momento, oculto en un rostro que ella desconocía. ¿Y si era un sátiro viejo verde? Y peor todavía, ¿y si era guapo a rabiar?

—¿Y si es un psicópata? —barajó angustiada—. No sé quién es. Y no estoy interesada en estas cosas. No soy así. Voy a ir a buscar al mensajero y a devolverle...

—A ver, cálmate —Fina la sentó de nuevo—. ¿Que no eres cómo, Liv? —le preguntó recriminando su actitud—. Lo que no eres es como vienes siendo desde hace mucho tiempo; apagada y sin luz por culpa de un matrimonio que va a la deriva. Todos tenemos

derecho a ser felices, y si la felicidad no viene a nuestra puerta, deberíamos salir a buscarla, ¿no crees?

—No voy a engañar a Zac.

—Nadie te está diciendo que lo hagas. Solo disfruta de este momento.

—Yo sí —aclaró Tere levantando la mano.

—Elegiste a Zac porque lo amabas y pensaste que tu vida junto a él sería mucho mejor que tu vida sin él —continuó

Fina—. No te casaste para convertirte en una ama de casa amargada y suplantar a su madre, por Dios —Fina tomó la caja con su mano y la puso sobre el regazo de Olivia—. Cógelo. No estás flirteando con nadie. Te han hecho un regalo y punto. Y es de mala educación rechazarlos. No vas a intercambiar los teléfonos, ¿a que no?

—No.

—Eres joven y preciosa, ya has decidido cuál va a ser tu futuro a partir de ahora. Vas a divorciarte, ¿verdad?

—Sí —contestó segura.

—Y además no lo vas a hacer ya porque no quieres dejar a Zac tirado —Tere olió la rosa con gusto—. Hasta debería darte las gracias. Tiene mucha suerte contigo.

—Aceptar este regalo ya es una invitación de por sí —refutó Liv—. Estoy casada todavía. No creo que sea lo correcto.

—Serás un futura divorciada —la animó Fina—. Una mujer de veintiocho años recién cumplidos, con éxito y despampanante. No pierdas los trenes que se cruzan por delante en deferencia a un hombre que te ha relegado a un mero mueble en su vida.

—No es tanto como eso, Fina —la regañó—. No nos pasemos.

—Da igual —Tere dejó la rosa sobre la mesa y la miró fijamente—. Tienes que empezar a pensar en ti y no tanto en los demás. Te pasas los días cuidando de todos menos de ti misma. Ya está bien.

Acepta lo que la vida te ha traído. No tiene por qué pasar nada más que tú no quieras que pase. Relájate.

Liv fijó sus ojos gatunos en la tarjeta y la rosa. Meditabunda y ligeramente asustada a la vez que intrigada, no sabía cómo proceder. No estaba para esas tonterías y coqueteos. Lo único que le preocupaba era acabar pronto con su matrimonio y lamerse las heridas a solas, sin compañía de ningún hombre en mucho, muchísimo tiempo.

Además, todavía no estaba divorciada de Zac. Cierto.

Pero, no tenía por qué pasar nada que no quisiera que pasara. Cierto.

Aun así, aceptar la rosa y el regalo era abrirle la puerta a un total desconocido. Totalmente cierto.

Como fuese, no tenía intención de aceptar la invitación.

Pero, ¿y si venían más rosas?

¿Y si esa era la primera de muchas?

O, ¿y si era la última?

—A ver, Tere, está claro que hoy no vamos a hablar de *El beso del highlander*. Hoy nos vamos a poner en el lugar de nuestra querida Livi —le dijo Fina entrecerrando sus ojos—. ¿Y tú qué harías si...?

Cuando aquella tarde llegó a casa, temía que Zac descubriera la sorpresa que había recibido en El Nacional además de aquel carísimo regalo que ocultaba un reclamo más que indecente. Alguien estaba interesado en ella y le pedía una oportunidad para hacerla feliz.

Liv nunca se había encontrado en una tesitura como esa. Durante el trayecto hasta su casa pensó en decírselo a su marido. Le corroía la culpa de ocultarle algo así. Era como si le engañara.

Tal vez si le explicaba lo que le había pasado, Zac se pondría celoso y reaccionaría. Pero, ¿cómo iba a reaccionar? ¿Acaso ella

aún albergaba alguna esperanza? No. Hacía tiempo que las había enterrado todas.

Cuando llegó a su casa se aseguró de que Zac no estuviera en el salón y de que ocupara la buhardilla como hacía últimamente, así que con la rosa en la mano, la pluma en el bolso y

Caballo lamiéndole las piernas, se apresuró a subir a la habitación.

No iba a darle más importancia de la que tenía. Había aceptado el detalle de un desconocido para con ella. No había otra lectura. Actuaría con naturalidad.

Guardó la rosa, el sobre y la pluma en una de las cajas de almacenaje de debajo del somier y a continuación se internó en el amplio vestidor para cambiarse e ir a correr.

Tenía que refrescar la mente un poco.

—¿Ya estás aquí?

Liv dio un respingo al escuchar la voz de Zac tras ella y verlo tan de repente, como una aparición.

Caballo ladró al sentir el nerviosismo de su dueña.

—¡Zacari, por Dios! —exclamó dando un brinco y llevándose la mano al corazón—. ¡Por poco me matas del susto!

Él sonrió con sorpresa, divertido al ver a Liv tan alterada.

—¿Quién te pensabas que era? En casa no entra nadie más —argumentó atónito.

—¡Y yo qué sé! No te he oído acercarte —suspiró cubriéndose el sostén con la blusa rosa.

—Soy un ninja silencioso —intentó hacer un chascarrillo, un comentario gracioso, pero a ella ya no la hacía reír.

Liv se reía como una loca antes. Le encantaba que hiciera voces e imitara a gente, adoraba sus tonterías y sus locuras mas propias de un niño que de un adulto.

Pero llegó un momento en el que el crío y la alegría se vieron arrollados por el trabajo solitario de escribir.

Y ya no quedaba nada de ese Zac. Solo chispazos.

Eran marido y mujer pero hacía tanto tiempo que no intimaban que Liv se sentía insegura y vulnerable con él. Ya no estaba cómoda. No era natural estar así.

—Te he llamado varias veces —aseguró él acercándose a ella para ponerle las manos sobre los hombros y calmarla—.

Cuando has llegado no me has dicho nada. Es lo primero que haces nada más entrar en casa. Lo he echado de menos —sus anchos hombros se encogieron.

Liv arqueó las cejas escépticamente. Le parecía increíble que Zac encontrara a faltar nada de lo que ella hiciera.

Los ojos oscuros y profundos de su esposo la taladraron y se clavaron en la zona que Liv cubría con tanto decoro.

Zac llevaba una sudadera de chándal Paul Frank y unos tejanos. Su pelo negro y frondoso estaba tan despeinado que no había un solo mechón en su lugar, y aún así, tenía la facultad de estar sexy cuando más desenfadado parecía. Sus gafas de escribir descansaban en el cuello de la sudadera, y un par de sombras oscuras enmarcaban sus ojeras.

Estaba agotado. Guapo, pero agotado.

Y Liv estaba también agotada de su día y no le apetecía ni hablar ni estar con él.

—¿Te cubres? ¿Te da vergüenza que te vea?

Ella negó con la cabeza, azorada por la situación. Aunque

Zac había dado en el clavo.

—Me voy a correr con Caballo. Tengo prisa, no quiero que se acabe la luz y la noche nos pille a la vuelta.

—Ah, claro —apartó las manos de sus hombros al notar su más que notable desacomodo—. Perdona, cámbiate rápido

—la animó.

Liv tuvo que desnudarse frente a él y colocarse la ropa de running con la máxima celeridad posible. Antes le hacía striptease a Zac, ahora no soportaba estar desnuda delante de él.

Qué tristeza tan grande sentía.

—Eres preciosa, Livi.

El halago fue como un cubo de agua fría. Inesperado.

Fuera de lugar y de momento.

Ya no se desnudaba delante de él. Pero el que esa tarde

Zac rompiera sus costumbres y sus hábitos, había propiciado esa visita en la alcoba para que, después de meses, la viera sin ropa de nuevo. Ese hombre era un frío desconocido que en algún momento tomó el cuerpo de su esposo y lo borró para siempre. No merecía ese espectáculo privado.

En otro tiempo, Zac se habría abalanzado sobre ella para hacerle el amor como el animal que siempre había sido.

Liv hizo de tripas corazón otra vez, resopló para controlar la hiriente respuesta que azotaba la punta de su lengua y añadió un educado «gracias» de espaldas a él.

—Cuatro semanas, Liv —anunció súbitamente. Se había apoyado en el marco del vestidor, con una pierna cruzada delante de la otra y las manos en los bolsillos.

—¿Qué dices? —preguntó con ganas de marcharse, acabando de abrocharse el top deportivo sin mirarle.

—Cuatro semanas para acabarlo. Estoy en la fase final.

—Claro, Zac. ¿Esa misma fase que me dijiste hace un par de meses y después hace dos semanas? —Sabía que su tono era cada vez más seco y distante, pero no podía hacer nada para suavizar su desazón.

Zac se pasó la mano por la nuca.

—Me he demorado mucho, soy consciente.

Liv se obligó a sonreír aunque lo que de verdad le apetecía era vomitar toda la inquina que sentía hacia él y su libro y sus tiempos. Escupir toda la desgana y la decepción y quedarse por fin descansada. En lugar de eso dijo:

—Solo espero que merezca mucho la pena —sentenció subiéndose la cremallera del paravientos Nike amarillo fosforito.

—La merece —sentenció Zac sin duda alguna sobre la calidad de su trabajo—. Ya lo verás.

Aquello le sentó fatal a Liv. Por lo visto, su novela merecía todo su tiempo y excusaba el que dejara en el olvido a su mujer y a su perro.

Fantástico. ¿Acaso Zac era tan tonto de no darse cuenta del abismo infinito que había dejado entre ellos?

Él iba a añadir algo más, pero Liv le cortó rápidamente.

—¿Querías alguna cosa más? —preguntó Liv impaciente por irse, estirando la rodilla derecha delante de él.

Zac negó con la cabeza y se mordió el interior de los labios.

—No. Solo quería mi ración de ti.

—¿Cómo dices? —la pierna cayó de golpe.

—Ya sabes —dijo con obviedad—. Tu hola y tu beso. Y así ya puedo seguir trabajando tranquilo. Eres como una musa para mí.

—¿Qué? —dejó escapar un risa de incompreensión.

—Como algo sin lo que no puedo pasar.

—No digas tonterías. Estás todo el día encerrado con tu ordenador. Al día no nos vemos más de media hora —

«Créeme, puedes pasar sin mí muy bien», pensó.

—Lo sé. Y espero remediarlo pronto. Pero eso no quiere decir que no te eche de menos.

—Zac, estás raro hoy. Tengo que ir a sacar a este animal antes de que tome el jardín como una plantación de pinos.

Él sonrió ante el comentario.

—Vale, vete. Pero, ¿y mi hola y mi beso?

Liv osciló las pestañas, de un modo que demostraba que no se creía ni una sola palabra de lo que le había dicho.

—Bien —sonrió nerviosa—. Pues nada. Hola.

Zac le devolvió la sonrisa como pez en el agua.

—Hola, caracola —dijo como tonto—. ¿Y mi beso?

¿Su beso? ¿Pero qué mosca le había picado?

Liv no tuvo fuerzas para dejarlo ahí plantado y soltarle frescas como «hace tiempo que no te mereces ni uno». Pero su día ya había sido extraño, había aceptado el carísimo y extravagante regalo de un desconocido que quería un encuentro con ella en una habitación de hotel.

Ya se sentía suficientemente mal por ello como para negarle a Zac un simple gesto de afecto. Caminó hacia él, con

Caballo pegado a sus piernas.

Su cola alta y rubia se meneó de un lado al otro a cada paso. Exhaló, se apoyó en los hombros de Zac, se alzó de puntillas y le dio un beso en la mejilla rasposa.

Zac acercó su mejilla a sus labios para notar su contacto con más intensidad y cerró los ojos sonriente.

—Pinchas —murmuró Livi pasándole la mano inconscientemente por la mejilla—. Deberías afeitarte.

Dicho esto, cuando Liv salió de su habitación, tuvo la desagradable sensación de estar poniendo la primera piedra de una gran mentira.

No le había dicho que alguien se había tomado la libertad de regalarle una pluma de mil seiscientos euros con una tarjeta donde le proponía una cita.

¿Omitir era mentir?

¿Negar y no afirmar era lo mismo que engañar?

CAPÍTULO 5

El fin de semana transcurrió con total normalidad.

Zac continuó con su manuscrito y salió de la buhardilla solo para cenar con Livi el sábado por la noche, hecho que la dejó un tanto descolocada, más aún cuando llevaban sin compartir una comida juntos tanto tiempo que Livi no quería esforzarse en recordar cuándo fue la última vez.

Con todo y con eso, Liv disfrutaba de su casa. Adoraba su cocina blanca y amplia como las de las series americanas, con islote de madera y puertas y cajones con asideros y manillas de acero. Liv se encargaba de pagar la hipoteca religiosamente, y pagaba cualquier arreglo o reforma que se hiciera.

Era su hogar. Y también el de Zac, por supuesto. Estaba a nombre de los dos. Aunque los dos últimos años en vez de ayudar, su marido fuera una fuente de gastos continuo.

Ella odiaba pensar en esas cosas, pero la falta de interés y de entusiasmo de Zac hacia todo aquello que no fuera su libro la empujaba a empezar a pensar en ella misma y en todo lo que hacía por él.

Preparó la mesa para los dos en el salón y la provisionó con dos copas y un buen vino. Cocinó unos espagueti a las setas y una ensalada caprese que Zac devoró como si no hubiera un mañana mientras hablaban de temas vanos y vacuos en una aparente comodidad.

—Vaya, ¿tienes hambre, eh? —le dijo Livi asombrada por su ansiedad.

—La luz al final del túnel me ha abierto el apetito. No me puedo creer que me quede tan poco —murmuró animoso.

Livi cortó un par de rodajas de pan para los dos y estudió el semblante de Zac. Agradecía no cenar sola, aunque a decir verdad, ya estaba acostumbrada a ello.

Zac insistía mucho en que estaba a punto de acabar su manuscrito, pero siempre lo había hecho, así que no veía por qué ahora se lo tenía que tomar más en serio.

La siguiente pregunta que le hiciera, él no la iba a contestar, aún así intentó probar suerte:

—Zac.

—Dime, princesa.

—¿Vas a contarme de qué va tu novela? ¿Qué has estado escribiendo día tras día durante casi tres años? Nunca me has dejado echarle un vistazo...

Él sorbió el espagueti que pendía de sus labios. Alzó la cabeza para dejar caer su mirada negra y tupida de espesas y rizadas pestañas en ella. Masticó con parsimonia, se limpió la boca con la servilleta de tela marrón oscura y carraspeó.

—Cuando salga a la venta, Liv, serás la primera en tener un ejemplar.

La contestación que no aceptaba ningún tipo de diatriba ni cordial ni agresiva, volvió a herir a la joven que, con la lección aprendida como la tenía, continuaba tropezando con la misma piedra una y otra vez.

¿Por qué insistía en acercarse a él si Zac solo ponía distancia?

—Tienes demasiada confianza en que te vayan a editar tu misterioso libro.

—En cuanto lo lean, lo harán. No tengo la menor duda.

Sé que no confías demasiado en mí como escritor...

—No se trata de confiar en ti como escritor, Zac. Se trata de que soy tu mujer, he aceptado tus tres años de paréntesis laboral para que realizaras tu ilusión, y nunca te he puesto trabas en ello. Te he dado espacio, tiempo y tranquilidad para tu afición.

—No es una afición —recalcó con la cabeza agachada.

—Lo que sea. ¿No crees que me merezco al menos un poco de tu tiempo en explicarme qué demonios estás escribiendo? Te prometí que no espiaría tu ordenador y que no haría preguntas, pero, ¡ahora sí quiero hacerlas! —Había alzado el tono de tal manera que Caballo se había ausentado de su cómodo cojín para acercarse a la mesa y husmear el ambiente.

Zac no se inmutó por el tono visceral de Livi. Su mirada reflejaba comprensión, como si entendiera la reacción de su mujer. Pero no le dio el gusto, aunque él era el único que podía calmarla, no se lo dio.

—No puedo, Liv —Zac alargó la mano para tomar la de ella, que se clavaba las uñas en las palmas con tanta fuerza que hasta el brazo le temblaba.

En cuanto Liv notó el contacto de sus dedos, retiró la mano.

—Lo siento mucho —insistió él lamentando su disgusto—. Solo te pido que esperes. Comprendo que ha sido duro para ti y...

—¿Comprendes? —dijo incrédula—. ¿Qué comprendes?

¿Que asumo que te metes todos los días en tu burbuja a escribir o a hacer algo de lo que no me quieres hacer partícipe? ¿Eso asumes? Tú no tienes ni la menor idea de lo difícil que ha sido para mí.

—Cariño, no me queda nada ya...

—Zac —lo cortó ella de golpe—. Basta. Después de tres años, ¿crees que me importa esperar un poco más?

—Esta vez va en serio.

—Lo que tú digas —sus ojos azul verdosos alteraron su tonalidad a una más fría y helada. Se levantó en silencio y recogió los platos ante la atenta mirada de su marido.

—Prometo que te resarciré de todo este tiempo, Liv —le dijo serio, sin atreverse a mover un solo músculo de su cuerpo.

Liv abrió el lavavajillas y empezó a colocarlo todo en su sitio con un brío y una meticulosidad que disfrazaba su gran tensión.

—Livi.

Los brazos de Zac la rodearon por la espalda para abrazarla íntimamente.

Liv cerró la puerta del lavavajillas de golpe, con más fuerza de la deseada y permaneció quieta como un tronco, tesa como una vara de metal, aferrada por él. Sus brazos se sintieron como una prisión.

No necesitaba aquello. No quería cariño en ese momento cuando no se lo había dado cuando más lo necesitaba. Tanto tiempo en el olvido de la persona que más se amaba era lacerante y doloroso como la marca de una brasa en el corazón.

No iba a poder olvidarlo jamás. La herida era demasiado profunda. La apatía y despreocupación mostrada con ella había sido terrible.

—Te prometo...

—No prometas nada que luego no puedas cumplir —espetó ella con voz rota.

—Solo confía en mí. Casi lo he conseguido.

Liv se revolvió entre sus brazos hasta liberarse. Rápidamente pasó el dorso de las manos por su mejilla para secarse las lágrimas y en ningún momento se volvió para comprobar si Zac seguía ahí o no.

Simplemente, esperó a que eso pasase y a que él la dejara en paz.

Caballo se acercó a ella para lamerle la mano. El sonido de su lengua rasposa acariciando su piel era lo único que rompía el tajante silencio. En cuanto Liv escuchó la puerta de la buhardilla cerrarse, se permitió caer de rodillas y abrazarse a su perro para llorar desconsolada.

Ella no esperó que Zac después de esa discusión intentase ir a calmarla o a hablar con ella para darle a entender que se

preocupaba.

No. Ya no esperaba nada.

Esa fue la primera noche en la que Liv, aprovechando la soledad de su alcoba y su profundo desconsuelo, se permitió releer la tarjeta de su misterioso admirador y contemplar, embrujada por su magnética y delicada belleza, aquella pluma con el Ave Fénix grabado.

¿Sería un mensaje?

¿Podría ella renacer de sus propias cenizas?

El domingo por la noche empezó el libro que las tres habían acordado leer llamado *Confesiones verdaderas* de Rachel Gibson.

La historia era de una periodista con el corazón roto que buscaba exclusivas paranormales y disparatadas en un pueblo cuyos habitantes eran de todo menos corrientes. Allí empieza a flirtear con el policía del pueblo y...

No supo qué más pasaba porque se durmió con el libro entre las manos.

Al día siguiente, Liv se despertó con la idea de borrar de su mente el hecho de que atesoraba un regalo de un hombre que no era su esposo, y ocultaba una tarjeta con una proposición que seguramente incluía de todo menos una charla a secas.

Le atraía verla y releerla, y pasar las yemas de los dedos por aquella tipografía tan exquisita escrita a mano. Anhelaba volver a tomar la caja de la estilográfica entre sus manos y disfrutar de nuevo de su observación ensimismada.

Pero cuanto más lo hacía, peor se sentía.

No era una de esas personas que engañaban a su pareja, por muy rota que esta estuviera. Por esa razón decidió que el martes acabaría con aquello, porque no quería recibir más rosas ni más regalos y ponerla a ella y a su fidelidad en un compromiso.

Otra historia sería si ella y Zac no estuvieran juntos.

Mientras tanto, no podía alimentar la aventura de un hombre curioso ni tampoco sus esperanzas.

No estaba interesada.

Ese mismo día, cuando llegó a las ocho de la mañana a su oficina de Pallejá, en el mismo almacén donde se producían sus famosos caramelos, Liv tenía un objetivo en mente: descubrir si Amador, que recién había regresado de su viaje a Estados

Unidos, era o no era su supuesto admirador.

Fina y Tere le habían introducido el gusanillo de la duda en la cabeza y hasta que no lo descubriera no iba a descansar.

Su trabajo se encontraba cerca del Río Llobregat, frente a un campo de sotobosque que admiraba siempre que podía a través del mirador de su despacho. Frente a ella se desplegaban zonas de bosque de pinos, y vegetación seca y frondosa, en su mayoría romero.

Mientras esperaba a Amador, nada más llegar, salió a la galería e inhaló con placer el aroma que desprendían las flores liláceas de la planta.

Esa mañana se había puesto una falda de tubo ajustada que delineaba su forma como una segunda piel, y una blusa salmón por dentro de la cinturilla, cuya espalda era parcialmente transparente. Calzaba unos zapatos de tacón negros de la marca Guess que le hacían unas piernas interminables. Se había dejado el pelo rubio y brillante suelto, dibujándole ondas caprichosas entre los omóplatos, y llevaba una base de maquillaje muy natural con colores terrosos en las sombras de los ojos.

Algo tenía que hacer para disimular la mala cara que tenía. Su matrimonio se había convertido en un fracaso estrepitoso que la sumía en lacrimógenas noches en vela y que pasaba factura a su apariencia el día después.

Tenía que luchar contra la depresión, cambiar su situación y verse guapa y atractiva la animaba. Ya no lo era para Zac, pero era joven,

maldita sea. No tenía por qué encerrarse como un ermitaño ni ocultar su carisma y su atractivo.

Era Zac el que ya no quería salir ni hacer nada con ella. Su presidio era voluntario, y ya la había arrastrado durante demasiado tiempo de penurias y oscuridad.

Espoleada o no por el increíble detalle recibido de su admirador, tomó la decisión de que ese fin de semana pasado sería el último que viviría como una desgraciada, pendiente de que su esposo reaccionara y la viera.

Ya estaba harta. Por eso, ese lunes sería el primer día de su cambio.

El futuro supondría modificaciones drásticas en su vida.

Se divorciaría del escritor, aunque continuaría amando con locura al hombre que fue y que ya no era, por mucho que le pesara. Pero su matrimonio no funcionaba y era una verdad incómoda.

Las personas tenían que avanzar, y Liv estaba dispuesta a ello.

Giró la muñeca y oteó su reloj para asegurarse de que

Ama fuese puntual.

Toc toc.

—*Fiu fiu*, menuda rubia hay ahí. ¿Se puede?

Liv se dio la vuelta apoyada en la balaustrada del balcón y sonrió abiertamente a su amigo.

—Solo si traes donuts y café. Sino, ya puedes irte por donde has venido.

Amador mostró su caja llena de bollos y dos cafés en sus recipientes de *take away* de la cafetería que había en el mismo edificio.

—Sus deseos son órdenes —bromeó.

—Venga, entra.

Amador era un hombre de treinta y dos años con un encanto particular. Sus ojos azules y grandes y su pelo rubio y espeso le confería el aspecto de un modelo americano de los que copaban posters inmensos en paradas de metro y fachadas de edificios vestido solo en calzoncillos.

No tenía look de empresario, y sí de mujeriego empedernido y rompe bragas. A Liv siempre le divirtió que él fingiera que no tuviera idea del efecto que causaba en el sexo opuesto.

Normalmente iba muy bien arreglado, de punta en blanco. Ese día llevaba pantalones negros de pinza sujetos con un cinturón Hilfiger de piel y una camisa blanca con las mangas arremangadas por debajo del codo.

Caminaba como si nada ni nadie le importase, como si nada fuera con él. Menos mal que sus andares nada tenían que ver con su competencia en el trabajo, porque Ama era un auténtico tiburón en cuanto a cerrar contratos comerciales y de eso sí se beneficiaba Liv.

—Hola, Ama —lo saludó ella entrando de nuevo a su despacho y dándole dos besos con alegría—. No deberías decirme esas cosas. Podría denunciarte por acoso laboral —le reprendió con indolencia.

—No sería posible. El jefe aquí eres tú, no yo. No estoy en posición de poder ni de mandar.

—Bien visto. Bueno... —le señaló la silla libre que tenía frente a la suya en su mesa del despacho y agarró un donut—.

Siéntate y cuéntame. Pero, primero —alzó su café y anunció—

: ¡Felicidades por tu negociación con los americanos! ¡Ya tenemos producción propia en Estados Unidos!

Ama se echó a reír y chocó su café con el de ella.

—Sin tu campaña de marketing no lo podríamos haber conseguido. Les entraron los caramelos por todos lados, no solo por la boca.

—Vale —dijo cantarina—, no sé con qué sentido estás diciendo eso... pero no me importa. Solo me importa el contrato.

—¿No me vas a hacer un Jerry Maguire? —arqueó sus cejas rubias, haciéndose de rogar—. ¿No me vas a cantar dónde está el dinero?

—No. Ni hablar —negó ella mordiendo el donut—.

Dios... —cerró los ojos y lo saboreó—. Los lunes son mejores con los triglicéridos por las nubes, ¿no crees?

Ama la miró fijamente, con una intensidad que hablaba de cosas que no se decían con palabras. Ella parpadeó algo abstrusa.

—¿Qué pasa?

—No sé. Dímelo tú.

—¿A qué te refieres?

—Pelo suelto, maquillaje, tacones... Hoy estás diferente

—le dijo él distraído por el trozo de azúcar que se le había quedado en la comisura de sus carnosos labios.

¡Pues sí que se fijaba el hombre!

—Sí —asintió—. Supongo que sí.

—¿A qué es debido? —bebió de su café todavía estudiándola con atención—. ¿Se han arreglado tus problemas con Zac?

Con Ama no había hablado en profundidad sobre su vida marital. Era un buen compañero, un buen amigo del trabajo y de la familia, pero no era su confidente, como sí lo eran Tere y Fina, o su madre. Sin embargo, Ama era un hombre muy intuitivo con ella y percibía cuando las cosas no le iban bien o cuando estaba triste, como todos esos meses atrás, por eso siempre le preguntaba cómo estaba.

Y en una de esas veces en las que Liv ya no podía soportarlo más, le dijo que su matrimonio no iba bien, aunque no le dio más detalles.

Sin embargo, Ama se quedó con la copla. Y desde entonces estaba muy pendiente de ella. Tere y Fina argumentaban que se comportaba así porque quería llevársela a la cama. Ella no lo creía. Suponía que solo era interés por el colegueo profesional y las relaciones amistosas que tenían ambas familias; la de él y la de ella.

No tenía por qué significar nada más.

Liv disimuló su incomodidad por hablar con él de su relación con Zac, y se encogió de hombros.

—Simplemente, he decidido tomarme las cosas de otra manera. Replantearme mi situación.

—¿Ah sí? —dejó el café sobre la mesa y tomó un donut—. ¿Y cuál es ese nuevo replanteamiento?

—Quiero dejar de tomarme todo tan a la tremenda — declaró—. Mi vida con Zac es la que es. Y ya he tomado una decisión al respecto. Pero eso no me obliga a parecer una amargada y a caminar mirándome la punta de los pies, perdiéndome todo lo que me rodea.

—¿Quieres decir a como has venido siendo desde hace un año y medio atrás?

—No hace tanto que estoy triste, no exageres.

—Sí hace tanto —remarcó él muy serio—. Yo sí me he dado cuenta.

—¿En serio? —le quitó hierro al asunto.

—Un hombre se da cuenta de cuándo una mujer como tú empieza a perder la luz que le rodea.

Liv se atragantó con el donut, y cubrió su boca con la servilleta de papel. Él ni se inmutó.

—Caramba, Ama. ¿Eres poeta ahora? —le increpó benevolente.

—No. ¿Por qué? ¿Quieres poesía de Lunes? —dijo sonriente—. Puedo darte poesía, rubia. Mira: «Te regalaría una rosa cada día. Una rosa, la que es peso y fragancia, la del negro jardín de la alta noche...».

Ella enmudeció y la sangre se le fue de las venas.

—¿Qué dices de una rosa? ¿Acaso has sido tú, Amador?

—preguntó Livi de golpe, dando un respingo.

—¿Eh? ¿Qué si he sido yo de qué? —Ama frunció el ceño.

Ella dejó caer la cabeza a un lado y jugó con su vasito de cartón, dando vueltas al recipiente para que se enfriara el café demasiado caliente.

Le acababa de decir que le regalaría una rosa cada día.

¿Casualidad o intención?

—Es una poesía de Borges —aclaró él—. ¿No la conoces?

—No —contestó sin tenerlas todas con ella.

—Pues deberías. Es muy bueno —dijo él inclinándose hacia delante para traspasarla con su mirada—. ¿No te gusta la poesía?

—Prefiero una novela romántica.

—¿Una guarra y erótica de esas que todas leéis ahora?

—Qué inseguros os hace sentir eso a los hombres, ¿eh?

—soltó lanzándole un cachito de donut—. Supongo que teméis no estar a la altura de esos personajes.

Él se rió y se protegió con los brazos.

—No tengo ninguna queja hasta ahora —coqueteó—.

¿Quieres que te lo demuestre?

—Eres un guarro —volvió a tirarle otro cachito de donut.

—¿Sabes? Me gusta esta Liv —aseguró en medio de una carcajada.

Liv arrugó la servilleta de papel y la dejó hecha un guiñapo sobre la mesa. A ver si sus amigas iban a tener razón y

Ama le estaba tirando los tejos abiertamente.

¿Sería él el hombre de la rosa? ¿Se lo podría preguntar de frente?

Ambos se quedaron mirando el uno al otro. Liv pensando en si era él o no, estudiándolo. Y Ama devorándola con los ojos mientras engullía el donut, con una picardía que hasta ahora no había mostrado, o puede que Liv no la hubiese advertido.

—¿Qué haces mañana martes por la tarde? —preguntó de golpe, queriendo ir al grano. No le gustaban las intrigas.

—¿Mañana? —Esta vez era Ama el que parecía totalmente extraviado—. Baloncesto. Voy al Palau. Final Four, ya sabes —hizo el movimiento de encestar con las manos.

Era verdad. Ama era un aficionado del baloncesto.

—¿Por qué? ¿Te gustaría venir a verlo? Me sobra una acreditación —le insinuó esperanzado—. ¿Acaso esta nueva Livi quiere ver partidos de tíos de dos metros sudorosos botando una pelota?

—No. No me entusiasma demasiado —contestó distraída.

—¿Entonces? ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Eh? No, por nada, por nada —sacudió la mano—.

Mañana a las cinco vienen a reparar los rodillos de hornadas de las máquinas.

—Lo sé —contestó él—. El jefe de planta está informado. ¿Necesitas que me quede por algo?

—No. Está controlado —disimuló muy bien.

—¿Entonces?

—No, nada.

—Qué rara estás, rubia...

Los nervios de Liv se reflejaron en su sonrisa, pero cambió rápido de tema.

Ama podría mentirle o no, y lo de la poesía podría ser solo coincidencia o no, pero lo que sí estaba era decidida a llegar al fondo de ese asunto.

Continuó hablando con él solo a niveles laborales, de negocios y de transacciones y la mañana la pasaron repasando los flecos pendientes de los contratos con los americanos.

En ningún momento perdió de vista su idea de que al día siguiente se presentaría en esa habitación de hotel solo para acabar con todo el teatro y el misterio.

Le urgía descubrir a su anónimo.

CAPÍTULO 6

Durante el resto del día no sucedió nada demasiado memorable, así que aprovechó las horas nocturnas para continuar leyendo aquella novela que tan divertida le parecía, y a la vez muy romántica, con Caballo estirado sobre la cama y la cabeza sobre sus piernas.

Liv le había dado permiso para que el perro durmiera con ella. Total, si Zac no iba a presentarse, ¿para qué prohibirle al animal que se estuviera en su sitio? A ella no le importaba y así no se sentía tan sola.

Le hubiera gustado decirle a su compañero de piso, al inquilino de la buhardilla, las buenas nuevas sobre la expansión de *smiling* al viejo continente. Pero, ¿para qué? Su comunicación últimamente brillaba por su ausencia y no creía que tuviese demasiado interés en su trabajo, ya que desde hacía mucho tiempo él había olvidado el hábito de preguntarle qué tal todo, cuando gracias a que Liv trabajaba, él podía escribir su, al parecer, próximo nobel.

La cuestión es que el martes, su día D, llegó de manera fulminante. Liv se levantó con un nudo de nervios en el estómago que hacía siglos que no sentía. Cuando entró en el vestidor, se aseguró de guardar la rosa, la tarjeta y la pluma en el bolso. Se la pensaba devolver a su desconocido misterioso y decirle que se había equivocado de persona, por mucho que le pesara.

De algún modo, aquella estilográfica y ella habían conectado, y aunque no la había utilizado aún, sentía que ya era parte de ella y le

tenía cariño. Era lo primero y lo último que sus ojos veían al día desde entonces.

¿Cómo desprenderse de algo tan hermoso?

El día en el trabajo pasó volando, bajo una palpable euforia por los contratos con los americanos. Ahora, todos deberían ponerse las pilas. Porque el trabajo de expansión iba a ser árduo.

Sin embargo, Liv permanecía distraída en lo que haría y en qué le diría a esa persona cuando finalmente lo viera. De hecho, estaba loca por querer ir y presenciarse en esa habitación, pero su necesidad era apremiante.

Cuando el secreto fuera desvelado, la ansiedad y la curiosidad se saciarían, y así podría dejar de pensar en ello y todo acabaría como si nunca hubiese pasado.

El Mini Rover la llevaba con su clásico run rún hacia el hotel 1898.

Antes de llegar, se aseguró de mirar por el espejo del retrovisor para echarse un último vistazo y repetirse como en un mantram:

—Livi, en cuanto le digas a ese señor que no quieres nada, le das su regalo y te largas —se dijo a sí misma mirándose a los ojos con firmeza—. No aceptarás nada más de él.

Dicho esto, dejó el coche aparcado dos calles antes del lujoso hotel colonial en las Ramblas, y decidió hacer lo que le quedaba del trayecto a pie.

Entrar en ese hotel era respirar señorío, cultura e historia de la ciudad, como si el pasado y el presente fueran de la mano, fundiéndose como el chocolate negro y blanco en una perfecta sinfonía.

Era una joya ubicada en el antiguo palacio del Marqués de Comillas, que fue antiguo edificio de la Compañía General de Tabacos de Filipinas, construido en el 81 por el arquitecto catalán Mestres.

Sí. Fuera quien fuese su anónimo, era un señor. Un noble, seguramente. Con un gusto exquisito y una clara inclinación por los diseños de las nuevas tendencias.

Alguien mayor, podría ser.

Pero, ¿quién era él? ¿Cómo? ¿Por qué?

Tantas preguntas bombardeaban su mente...

Liv saludó al botones y se fue directa al ascensor. No quería registrarse en ninguna base de datos, quería hacer como si nunca hubiese estado allí, no dejar huella, como el paso de un triste fantasma que ni siquiera las cámaras registrarían.

Agarró con fuerza su Louis Vuitton, donde guardaba sus lujosos obsequios, y se metió en el elevador.

La esperaba en la habitación 169. La última. Seguramente, la mejor.

Aunque, ni siquiera la expectativa de que aquella habitación sería la mejor, la iba a preparar para lo que vio.

Cada paso que Liv hacía hacia esa puerta le encogían más el estómago. No sabía si se trataba de miedo o de excitación, pero se tratara de lo que se tratase, tenía los nervios a flor de piel y le sudaban las palmas de las manos.

Miró su reloj, y no golpeó suavemente con los nudillos hasta que las manillas no marcaron la hora en punto.

Las siete y media.

Había llegado el momento.

El hombre que abrió la puerta no fue ni mucho menos lo que ella esperaba.

Bueno, en realidad, cumplió con sus peores expectativas y las ideas más ocurrentes de Tere y Fina, que habían asegurado que podría ser un viejo salido. Ellas, después del encuentro, esperarían sedientas de información jugosa por una sola llamada a tres. Una en la que ella les explicaría que su admirador era un tipo más bajito que ella, vestido con camisa blanca y chaleco negro, y con su pelo rizado engominado hacia atrás. Le recordaba al fiel escudero de Águila Roja.

Una decepción. ¿Qué se le iba a hacer?

—Por favor —él le hizo una reverencia muy educadamente y sonrió con simpatía—. Pase.

—No tengo intención de quedarme —aseguró con la espalda muy recta, sin cruzar el marco de la puerta—. Que sepa, por si acaso tiene usted otras intenciones —dijo humedeciéndose los labios nerviosa— que mis amigos están avisados para que llamen a la policía por si no aparezco en menos de una hora.

—Oh, bueno —contestó sonriente—. Yo no tengo intención de hacerle nada.

—Ah... Bien. Mejor —concedió levantando la barbilla—, porque no quiero malos entendidos. No sé quién es usted ni sé lo que le llevó a regalarme una pluma tan cara pero —hurgó dentro de su Louis Vuitton con premura—... Se la devuelvo. No me interesa.

El hombre la observó anonadado y negó repetidamente hasta levantar las manos para que se tranquilizara.

—No, no, señorita. No es conmigo con quien tiene que hablar sobre esto. Mi señor la está esperando dentro y seguro que le agradará oír lo que tenga usted que decir de su propia boca.

Liv se quedó congelada al escuchar esas palabras.

—¿Qué quiere decir con su «señor»? ¿No es usted el autor de esta nota? —tomó la tarjeta entre sus dedos y se la mostró.

—No.

—¿Y quién es usted?

—Su mayordomo. Alberto —se presentó—. Para servirle, señorita. Madre de Dios. El hombre misterioso tenía mayordomo.

La cosa se ponía interesante. Aunque, bien mirado, no era de extrañar. Un hombre que se gastaba ese dineral en una pluma era alguien de clase muy alta. Alguien a quien le sobraba el dinero.

—¿Y dónde está él, Alberto?

—Él la está esperando en el salón. Por favor, la ha invitado a entrar —abrió su brazo derecho en una clara invitación y se apartó religiosamente—. Deje que guarde su chaqueta y su bolso —pidió solícito.

—No —se negó ella—. No hace falta, gracias —agradeció aún perdida por la sorpresa—. Prefiero llevarlos yo misma.

No me quedaré mucho rato.

—Como desee —concedió él precediéndola—. Antes de que usted entre, déjeme decirle que el Señor no se mostrará.

—¿Perdón?

—Esto es solo una primera toma de contacto.

—Primera y última —aseveró.

Alberto sonrió como si se disculpase.

—Va a proponerle algo que usted decidirá si acepta o no. Así que no le busque, porque no le encontrará.

—¿Y qué sentido tiene esto? ¿Cómo es posible que no le vaya a ver? He venido a personarme ante él para cortar este juego de raíz. No quiero problemas.

—Y será su decisión, si lo hace. Pero él la ha citado aquí

—explicó Alberto con una dicción deliciosa—, para que hablen y decidan cuál será la naturaleza de su relación. En caso de que la haya —aclaró para no molestarla.

—Yo le diré cuál será la naturaleza de mi relación —dijo

Liv entre dientes—. Nula. Será nula. Está bien —accedió—.

Acabemos con esto. ¿Dónde está?

Liv no permitió que sus ojos analistas se impregnaran de todo el lujo que la rodeaba. Estaba demasiado nerviosa para ello.

Alberto abrió unas puertas nobles y correderas de madera de color blanco, con los pomos de plata, y tras ellas apareció un salón cuyo suelo era de madera wengué, tan brillante que se reflejaba su propio rostro en él.

Había dos sofás color whisky ubicados de tal forma que formaban una ele, con cojines marrones oscuros y a rayas blancas y beige sobre su cuerpo. Estos reposaban encima de una alfombra a juego, con los mismos colores. La mesilla del centro era de cristal, con la estructura de madera oscura.

La pared de enfrente estaba dividida en dos colores. El marrón claro y el negro. Y sobre la parte negra lucían tres cuadros con fotografías en tonos grises que parecían ser las palmeras de Palm Springs.

Las cortinas a rayas, semi corridas, ocultaban parcialmente unas maravillosas vistas de Barcelona. El hotel, su lobbng, los pasillos y las habitaciones eran toda una declaración de buen gusto.

Y quien fuera que la esperaba, tampoco estaba ahí, en ese salón.

Aquel era el refugio de alguien culto y poderoso. El asilo de un hombre que, probablemente, lo tenía todo, aunque no hacía gala de ello. Ese tipo de personas con tantos medios preferían fingir que en realidad no los tenían.

—Por favor, Alberto. Déjanos solos. Y de repente, se hizo la voz.

La increíble voz satinada de su hombre misterioso la estremeció de pies a cabeza. La sensación, oscura y con olor a pecado, la atravesó por completo, desestabilizándola como una fuerte bandada de viento.

Era una voz profunda y grave, de barítono. No lo sabía explicar pero daba la sensación que ese sonido pudiera albergar cada espacio vacío de esa suite colonial, hasta el punto de que llenara también parte del vacío interno de Liv.

La piel se le erizó y sintió un cosquilleo en la nuca y también, para su sorpresa, en el vientre. Tenía un leve tono ronco que sorprendentemente la excitó.

Esa voz no podía pertenecer a alguien poco agraciado.

Era la voz del héroe atormentado de una película de piratas o del malo del que todas se enamorarían al final. Potente y cautivadora

como la de *El Fantasma de la Ópera*.

Liv se dio la vuelta para seguir el origen de esa inquietante y oscura melodía y tuvo miedo de que Alberto la dejara a solas con el señor anónimo.

—La espero afuera, señorita —le dijo Alberto para tranquilizarla—. Se podrá ir cuando desee —añadió—. Recuerde.

No podrán verse.

—Lo he entendido —asintió ella, no muy convencida.

Liv no dijo nada más cuando las puertas correderas se cerraron.

Tragó saliva para humedecer su garganta seca, y estudió la habitación de la suite, que estaba entreabierta y a oscuras.

Él estaba ahí. Escondido entre las sombras.

—Puede sentarse, señorita Olivia.

Su voz retumbó de nuevo en su interior, y reverberó en el centro de su pecho. ¿Alguien podía tocarla así sin hacerlo en realidad?

—Ya he oído que tiene a sus amigos con los teléfonos preparados por si hay que llamar a la policía —asumió en tono levemente jocoso—. Debe entender que no voy a hacerle nada malo. No soy peligroso.

Livi no sonrió, pues ya se imaginaba que ese hombre sabía su nombre y que oía todo lo que acontecía a su alrededor. El poder controlaba muchas más cosas de las que era capaz de imaginar.

—No sé si eres peligroso o no. Pero, seas quien seas, me has regalado una pluma de mil seiscientos euros —señaló queriendo entrar en la habitación con arrojo—. Creo que deberías dejar los formalismos y tutearme —intentó mirar en el interior de la habitación.

—No te acerques más. Alberto ya te ha informado sobre las condiciones de esta visita —le recordó obedeciéndola inmediatamente.

Ella se detuvo. Su orden inflexible atenazó los músculos de sus piernas.

—No me gusta hablar sin mirar a los ojos.

—Tú y yo no necesitamos vernos. Créeme, será mejor así.

—¿Por qué no? Es absurdo.

—Porque vernos supondría complicaciones que ni tú ni yo estamos dispuestos a asumir. Siéntate y permíteme que te lo explique.

—No comprendo nada —musitó Liv—. Es absurdo.

Una persona no hace este tipo de regalos si no quiere que lo reconozcan —se sentó en el sofá, mirando al frente. Solo escuchaba su voz, nada más—. Y de todas maneras, si no te quieres mostrar, me da igual —se encogió de hombros y su americana negra con pequeñas hombreras siguió el movimiento ascendente—. Estoy aquí para pedirte que esta debe de ser la primera y última rosa que reciba. En realidad, no me gustan estos juegos. Ni puedo continuarlos. No estoy interesada en iniciar ninguna aventura.

—¿Y por qué has venido? Podrías haber ignorado mi petición.

—Para asegurarme de que todo quedará claro entre nosotros. Estoy casada —alzó la mano nerviosa y jugó con su alianza como un escudo contra la tentación.

La sentencia tuvo el efecto deseado. Su admirador detuvo su charla y cualquier otro argumento se eliminó de la conversación como un elemento fallido en una ecuación.

—Y dicho esto... —continuó Olivia con mucha resolución.

—Yo también estoy comprometido.

—Perfecto, entonces. No hay más que hablar —suspiró como si la hubiesen liberado de una pesada losa y metió la mano en su bolso para sacar uno a uno los regalos que le hizo: rosa, tarjeta y pluma.

Las iba a dejar sobre la mesa de cristal cuando él la dejó paralizada.

—¿Estás segura de acabar con esto antes de que empiece?

—Segurísima.

—¿Y desprenderte de una oportunidad para alcanzar aquello que se te ha escapado de las manos?

Otro silencio, y esta vez más largo que el anterior. Livi iba a dejar la pluma, cuando eso último acaparó toda su atención.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes bien.

—No. Explícate.

—Durante más de un año, te he estado viendo todos los viernes. Observando cómo comías con tus amigas en El Nacional. La primera vez que te vi, sentí una fascinación inaudita por ti. Parecías feliz —la mano de Liv permanecía suspendida en el aire, con la caja entre los dedos—, y dabas la impresión de sentirte satisfecha con tu vida.

Entonces, no lo estaba, pensó Olivia con amargura. Pero sabía fingir bien. Si hace un año aún sonreía era porque tenía la esperanza de que Zac se diera cuenta de cómo se estaba comportando y de lo que tenía que cambiar para arreglar las cosas entre ellos. Su matrimonio se iba a pique, pero ella aún luchaba por los dos. Para aquel entonces, empezaba a ser vencida por la tristeza, aunque se amarraba a esa confianza como a un clavo ardiendo.

A Liv le hacía falta poco para ilusionarse.

—Me enamoré locamente de tu sonrisa y del brillo de tus ojos —prosiguió con una sinceridad abrumadora—. Tú no te dabas cuenta, pero iluminabas a aquellos que te rodeaban y te admiraban, como yo, envidiosos y deseosos de que una sirena como tú les ofreciera parte de la vida que atesoraba. Sin embargo, con el tiempo, fui testigo de cómo tu luz se apagaba y de cómo a menudo llorabas ocultando ligeramente el rostro con tus amigas, preocupada porque no querías que nadie te viera en ese estado. Escondiendo tu cara a los demás. Pero yo te veía, Olivia. Siempre te he visto.

Ella se removió incómoda, demasiado afectada por esa confesión.

—Y observaba cómo semana a semana perdías peso, y dejabas de maquillarte, y tus ojos claros se tornaban calinos, perdidos en los brazos del quebranto. Aún así, continuabas pareciéndome hermosa y única. Siempre me lo has parecido.

Liv dejó la pluma sobre la mesa con la lentitud que caracterizaban los músculos tensos y crispados.

Que un hombre desconocido se fijara en lo que ella necesitaba y en cómo estaba más de lo que lo hacía Zac, ¿en qué posición dejaba eso a su futuro ex esposo?

—Llegué a la conclusión de que solo algo terrible podía hacer que una mujer perdiese la ilusión de ese modo.

—¿El qué? —preguntó con voz rota, sorbiendo por la nariz. ¿Cuándo había empezado a llorar?

—El desamor.

Liv se dejó caer en el sofá, pues las rodillas ya no la sostenían. Era subyugante escuchar la verdad de una voz ajena tan poderosa.

—Y pensé que el tío que te tuviera, no te merecía si te hacía llorar de ese modo.

Liv calló, y al hacerlo otorgó. Como el dicho.

Sí, su matrimonio la hacía desgraciada. No era ningún secreto.

—Deseé ser yo quien te devolviera las ganas de vivir. Y soñé con que me dieras la oportunidad de demostrarte lo hermosa y valiosa que eres, al menos, para mí.

—Tú no me conoces —contestó dirigiendo la mirada acuosa y compungida a la puerta blanca entreabierta—. No sabes nada de mí.

—Soy un observador. Y la contemplación me da las herramientas necesarias para conocer a las personas.

—Y si conoces tan bien a las personas, ¿cómo crees que se sentiría tu mujer si...?

—No estoy casado.

—Has dicho que estabas comprometido.

—Lo estoy. Tengo un compromiso que me obliga a dejar Barcelona de aquí a dos semanas. Me iré a vivir a Canadá por asuntos de negocios.

Entonces, si él se iba a ir, ¿lo que le quería proponer solo iba a tener una duración de catorce días? No comprendía nada.

A pesar de todo, Liv seguía sin moverse del sofá. Sola en el salón, con la única compañía de esa voz, su cuerpo no respondía a ninguno de sus mandatos. «Vete», le decía. Pero él no obedecía.

—Olivia, ¿si te hago una pregunta serás completamente sincera en tu respuesta?

—¿Qué pregunta?

—¿Eres feliz?

Ella dejó caer la cabeza, rendida a la evidencia. Se encontraba cara a cara con su vergüenza, con su realidad.

No, joder. No era feliz.

Era una mujer fracasada en su vida sentimental, cuando el amor había sido su epicentro, la base de su existencia. No comprendía por qué le había salido mal cuando ella había hecho todo lo posible por que su relación siguiera adelante, para que su marido pudiera confiar y contar con ella. Había accedido a permanecer en la inadvertencia por ayudarle a cumplir sus objetivos. Por pensar en él.

Y con ello, con su pasividad, había enterrado su felicidad, y se había convertido en alguien que no quería ser. No quería ser sumisa, ni tampoco una mujer desgraciada.

Siempre quiso huir de ello, de la repetición de los patrones, de la tristeza y la opacidad que veía en los ojos conformistas de los hombres y mujeres que aún seguían juntos a pesar de que se les hubiera acabado el amor. Pocos se amaban de verdad, pero seguían el uno al lado del otro.

Puede que ella no pudiera recuperar eso con Zac, por eso había tomado la decisión de dejarlo en cuanto él acabara su maldito manuscrito y tuviera un trabajo normal con el que poder mantenerse. No lo dejaría con una mano delante y otra detrás.

Pero, ¿cuándo lo acabaría?

Y mientras tanto, ¿ella qué tenía que hacer? ¿Seguir cayendo en la depresión y supeditar su vida a la de él? ¿Dejar de sonreír?

—¿Y quién es feliz? Supongo que no se puede tener todo...

—No me has contestado.

Liv exhaló. La estaba presionando, pero su contundencia era tal que se vio obligada a contestar.

—Lo intento —contestó—. Intento ser feliz con la vida que tengo. ¿Y tú eres feliz? —sonrió sin ganas—. No me lo digas. Lo tienes todo, papi —bromeó observando el lujo que le rodeaba.

—No lo tengo todo. No te tengo a ti —sentenció—. Si tú accedes a mi petición seré completamente feliz. Y tú también ganarás con ello.

—Estás demasiado seguro.

—Olivia, lo que te quiero proponer no tiene por qué romper tu vida si no lo quieres. Sé que ese es tu temor. Pero nadie, a excepción de Alberto, tú y yo sabremos lo que sucede en esta suite colonial del 1898.

—Lo sabrá mi conciencia.

—Puede que a tu conciencia le vaya bien tener estos conocimientos. ¿No estás harta de acarrear con todo? ¿No te gustaría que otro hiciera todo el trabajo por ti? ¿Que te cuidaran como te mereces? Son solo dos semanas. Después, me iré y desapareceré de tu vida para siempre. Nadie sabrá nunca nada.

—¿Y qué demonios me quieres proponer? —espetó perdiendo la paciencia.

—Quiero que te dejes llevar y que dejes de pensar en ese hombre que tan poco te da.

—No te permito que hables de él —le cortó con severidad—. No tienes derecho. Zac es...

—¿Se llama Zac? ¿Ese es su nombre?

—Sí. Y no estás autorizado para juzgarle.

—No voy a hacerlo. Él aquí no tiene ni tendrá ningún papel. Entre estas cuatro paredes solo existiremos tú y yo.

—Dios.. —susurró cerrando los ojos con fuerza y cubriéndose el rostro con las manos—. ¡¿Qué demonios estoy haciendo aquí?! No sé quién eres, no puedo hacer esto... Estar aquí está mal...

—No lo hagas —le ordenó—. No te juzgues. Ahora mismo estás adelantando acontecimientos. Solo somos un hombre y una mujer conversando.

—No puedo evitarlo.

—Yo no voy a juzgarte. Solo me interesas tú. Ni siquiera se trata de mí. Esto se trata solo de ti, de tus deseos, y de los que yo quiero cumplir. No entrará nada más en juego. Ambos saciaremos nuestra curiosidad de una manera secreta y clandestina. Y cuando el tiempo haya pasado, yo me iré, y tú podrás continuar con tu vida. Solo importará el aquí y el ahora. Nada más. ¿Te interesaría saber cómo veo la naturaleza de nuestra relación?

Liv tiró de las solapas de su americana negra y se echó la melena rubia hacia atrás. Mejor saber qué tenía pensado hacer ese tipo con ella en sus fantasías más oscuras.

—Te escucho.

Alberto les interrumpió para servirle un Dry Martini con limón a Liv, sin mirarla. Hizo su trabajo diligentemente y desapareció por donde había venido.

Liv fijó sus ojos en la elegante y ancha copa transparente. Los hielos crepitaban, el limón olía de maravilla y las pompas del gas estallaban en su superficie.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Livi anonadada mirando la bebida. Era su bebida favorita.

—Ya te he dicho que soy muy observador. Algunos viernes, después de comer, os sentabais en la barra de los cócteles. Tú siempre te pedías un Dry.

—Sí —musitó ella un poco incómoda. Solo se lo pedía con sus chicas, en ningún otro lugar. Él sabía muchas cosas sobre su

persona. En cambio ella no sabía nada de él. Jugaba en desventaja.

—Alberto nos ha interrumpido.

—Sí. Ibas a explicarme cuál iba a ser la naturaleza de nuestra supuesta relación —tomó la copa entre las manos.

—Bien. A estas alturas no voy a engañarte. Ya te he dicho que estoy enamorado de ti. Pero no creo en las relaciones longevas. Por mi trabajo, ante todo.

—¿En qué trabajas?

—Eso no es trascendente. Solo te diré que no me deja asentarme en una ciudad durante más de un año y medio. Por eso creo solo en estas dos semanas.

—Y cuéntame, ¿qué propones tú en estos catorce días? Tengo mucha curiosidad por descubrirlo —tomó un sorbo largo y desinteresado para aclararse la garganta.

—Estas son las instrucciones: cada día te esperaré en esta habitación, a las siete y media. Siempre a la misma hora. Golpearás a la puerta dos veces.

—¿Cómo un santo y seña? —preguntó indiferente.

—Sí. Alberto te abrirá la puerta y sin mediar palabra, te entregará un pañuelo negro de seda con el que cubrirá tu visión en su totalidad.

Las piernas de Liv temblaban sin cesar, producto de los nervios y de aquel tono sobrecogedor.

—Entrarás al salón donde te esperará un ambiente como el de hoy. Pero esta vez, yo estaré aguardando para hacerme cargo de ti. Pasaremos juntos dos horas.

—Ya... ¿exactas? —inquirió burlona—. Tendremos que ponernos las alarmas.

—Hablo muy en serio, Olivia —la interrumpió serio—.

Mi oferta es firme. No estoy bromeando cuando digo que quiero estar contigo y ocuparme de ti.

—Y lo he entendido —hizo una mueca—. Durante dos semanas y dos horas diarias.

—Sí. Por supuesto, podrás quedarte a dormir cuando lo desees. Aunque me temo que eso complicaría la situación.

—¿Tú crees? —inquirió sarcástica.

—Sí. No nos interesa que esta relación exceda los límites de lo que pretendo que sea.

—¿Qué es...? —quiso adivinar.

—Solo placer. Quiero darte el placer de sentirte amada y única. Ese placer que ya no tienes.

Liv observó la copa de Dry Martini con atención.

Placer. Hacía tanto tiempo que no la tocaban, tanto que no se sentía hermosa ni querida, que tuvo que esforzarse por no romper a llorar y quebrarse como una vasija vieja y desgastada por el polvo y el tiempo.

—El hecho de que tú sepas quién soy podría complicar nuestra relación —expuso el hombre misterioso—. Tienes tanto o más interés que yo en que esto no se convierta en algo que no quieres, por eso serás cauta y precavida. El que no nos veamos nos pone a los dos en una situación cómoda donde no arriesgamos nada. Porque es fácil enamorarse de la persona que ves... Pero es complicado hacerlo de alguien con el que no cruzas tu mirada ni una sola vez. Es la manera de no establecer vínculos. De convertir esto en algo impersonal. Yo no seré nadie.

—¿Crees que tocar no crea nudos entre las personas?

No comprendía aquello. Conocía a personas que amaban más a su masajista que a su propio marido, porque al menos ellos las tocaban con atención. Y solo era una relación profesional.

¿Acaso no era esa proposición un sucedáneo? ¿No era lo mismo?

—Son vínculos y anhelos distintos —contestó sin preámbulos—. Tú nunca sabrás quién soy, Olivia.

—¿Y tú sí?

—Sí. Yo tengo que verte para poder tocarte como necesitas.

—¿No eres demasiado... listo? —sugirió alzando una ceja rubia.

—Esto te beneficia más a ti que a mí. Soy yo el que está loco por ti y el que no te pide nada más que dos semanas de tu compañía. Soy yo el que me haré daño. No se trata de hacerme feliz a mí, sino de hacerte feliz a ti. De tus necesidades. No quiero que me quieras —decretó—. Mi único deseo es complacerte sin más pretensiones que la de hacerte sentir bien y completa. Lo que pase entre nosotros en la suite colonial del

1989, en la suite 169 se quedará para siempre.

—Entiendo.

—Para que te sientas más segura, Alberto te facilitará un contrato que firmaremos las dos partes. En caso de que viole los términos señalados de confidencialidad, te indemnizaré. Y si tú en algún momento te quitas la cinta de los ojos, o explicas lo que vives a mi lado, tú me indemnizarás a mí. Tendremos que confiar el uno en el otro —concedió.

—¿Confiar? Somos dos desconocidos. Yo no sé quién eres.

—Me llamo Sair.

—Oh, sí. Ahora ya me puedo fiar de ti. Ya lo sé todo sobre ti.

—No tienes que saber nada, en realidad.

—Puedes engañarme. Tal vez no te llames Sair.

—Puede ser. Pero mi nombre no tiene ninguna importancia. Además, no gano nada en engañar a la persona que quiero complacer, ¿no crees? Esto es un ofrecimiento altruista.

—Uy, sí —puso los ojos en blanco—. Muy desinteresado por tu parte. Ofrecerle a una mujer un affaire esporádico. No ganas nada, ¿eh?

—No te voy a mentir, Olivia —aseguró sin ningún pudor, utilizando una voz más ronca—. Estoy deseando que digas que sí y te pongas

en mis manos. Siento tanta emoción ante esa posibilidad que llevo un año ilusionado con esto. Pero no he tenido el valor de hacerlo hasta ahora, cuando vi que cada día te convertías poco a poco en una sombra de ti misma.

Me asustó pensar que no volvería a verte brillar —su voz se tiñó de agonía—. Porque para mí era duro contemplarte en la distancia sin poder tenerte, pero más duro era ver cómo te apagabas y te desvanecías.

Ella se quedó cortada y pensativa. Sin pretenderlo, acababa de decirle una de las frases más hermosas que le habían dirigido jamás.

—Es una locura —susurró ella.

—No tienes por qué decidir nada ahora. Esta es mi proposición. Me alegra haber llamado tu atención y despertado tu interés lo suficiente como para que hayas venido.

—Lo he hecho para devolverte la estilográfica.

—¿Te ha gustado la pluma, Olivia?

—Es preciosa, gracias. Pero no puedo aceptarlo. Como tampoco puedo aceptar tu propuesta —se levantó decidida, negando contrariada y se alisó la falda con gestos armónicos y seguros. Dedicó un último vistazo a la puerta de la habitación y después añadió—: ¿En qué persona me convertiría si accediera a hacer algo así?

—Puede que en una que busca su propia felicidad.

—No —negó rotunda—. Mi situación es insostenible en mi propia casa, pero... Creo que no estaría bien comportarme de ese modo.

—Tu matrimonio es una farsa. Tu marido te ha fallado.

Tu relación está completamente rota.

—Sí. Sí a todo —aseguró alzando la barbilla temblorosa—. Son tres verdades universales que me convierten en una fracasada. Pero, que él me haya decepcionado no quiere decir que yo también le decepcione. Seríamos los dos iguales. Y por ahora tengo la

conciencia muy tranquila porque he peleado por lo nuestro hasta el final y he dado lo mejor de mí.

El silencio ensordecedor y repleto de lecciones se instauró en la habitación en la que se ocultaba Sair.

—Se lo has dado a alguien que no lo merecía. Deberías verter tu luz en alguien que la valore y la mime.

—Pues eso que me pierdo —se encogió de hombros.

—Como deseas, Olivia —accedió finalmente—. No habrá más rosas ni más regalos.

—Me alegra saberlo —dijo descansada.

—Pero yo seguiré aquí —aseveró sin dilación ni demora—. No voy a rendirme. Esperaré a que un día abras esa puerta con la venda negra en los ojos y te dejes llevar. Esperaré a que los prejuicios y la corrección dejen de pesarte, y aceptes algo bueno en estos años de oscuridad. Mi oferta sigue en pie durante estas dos semanas. Ven cuando quieras.

—No voy a venir —Se colocó el bolso en el hombro y echó el pelo hacia atrás.

—Llévate la pluma —le pidió—. Los regalos no se rechazan.

—No —reiteró ella dirigiéndose hacia la puerta—. Pero los que a cambio de ellos piden tardes de cama, sí —declaró abriendo las correderas de par en par—. No se me compra.

—Olivia.

Ella se detuvo y miró hacia la puerta que mostraba el interior en penumbra.

—¿Qué?

—Gracias por venir. No me has decepcionado en absoluto.

Ella no sonrió ni dijo nada más, se reservó una respuesta punzante en la punta de la lengua. Saludó a Alberto con un gesto severo de su cabeza, y salió de la seductora suite del pecado.

No había caído.

Era algo de lo que podía enorgullecerse.

CAPÍTULO 7

Cuando llegó a casa, tenía muchas ganas de ver a Zac.

Antes de eso, para despejarse, estuvo dando vueltas con el coche por Barcelona, y después, más tranquila y sin querer pensar de nuevo en aquella entrevista tan personal, emprendió el camino de vuelta a su hogar.

Posiblemente, no le contaría lo sucedido a Zac, pero sí se sentaría para hablar con él y decirle lo que había decidido.

Quería el divorcio. No aguantaba ni un minuto más al lado de alguien que tan poco interés vertía en ella. La reunión con Sair había despertado algo en ella.

Valor y amor propio.

Dejó el Mini Rover en el jardín, al lado del Jeep Wrangler antiguo de Zac y cerró la puerta de un portazo.

Se apoyó en la carrocería y cerró los ojos para concentrarse y llenarse de valor antes de encarar a su marido. Ni siquiera estaba nerviosa. Cuando una decisión tan trascendental estaba tomada, no habían reparos en ejecutarla. Sencillamente, el cuerpo se lo pedía y su corazón también.

Escuchó ladrar a Caballo, que rodeó el jardín hasta abalanzarse sobre Livi y llenarla de babas y besos. Ella se echó a reír y se abrazaron como dos personas, tan alto como era el animal.

—Hola, corazón mío —le acarició el lomo y lo besó en la cara—. ¿Cómo has estado hoy? —Observó que Caballo no tenía el collar

de salir a la calle. Ergo, para variar, Zac se había olvidado de sacarlo. No lo sacaba nunca.

Él solo pedía una vuelta larga a la calle para gastar esa energía tan poderosa que sacudía su interior. ¿Tanto le costaba a Zac quitarse las zapatillas de estar por casa y calzarse unas bambas? ¡Como si tenía que sacarlo en zapatillas! ¡¿Tenía que esperarla a ella para hacerlo todo?!

El vaso de su paciencia colmaba con una rabia desenfrenada.

—Ven, cariño —Caballo se bajó de sus hombros y caminó a su lado—. Vamos a regañar a papi, por vago y capullo.

El perro no la entendía, no comprendía el significado de esas palabras, pero así se desahogaba. A Liv le dolían muchas cosas de Zac, pero de las que más, era la poca atención que prodigaba a su perro. Lo quería, por supuesto. Lo quería mucho. Pero la calidad de vida del animal no dependía solo de su amor. Tenía que hacer sus necesidades, correr, lanzarle la pelota, llevarlo al veterinario y darle de comer. Y cada una de esas tareas las hacía ella.

Zac no.

Malhumorada, se desprendió de los zapatos de aguja y ascendió las escaleras descalza hasta el rellano donde daba la buhardilla en la que él trabajaba. Pero se detuvo al escuchar unas palabras de su esposo que llegaban a sus oídos a pesar de que Zac mantuviera la puerta cerrada:

—No, cariño... por favor, no llores... tranquilízate.

Vamos a estar bien... ¿Dónde está él ahora?... Entiendo. Lo nuestro necesita un poco más de tiempo, Janira... No pierdas la paciencia. Sí, sí... Sé que es duro. Para mí también lo es, créeme...

El corazón de Liv se olvidó de varios latidos. Palideció y no osó a mover ni un solo músculo, ni siquiera se atrevió a respirar, por miedo a que cualquier ruido pudiera interrumpir la charla de ese hombre con quien fuera esa mujer.

Caballo se sentó a su lado, como el leal y bondadoso perro que era y empezó a lamer distraído su pata delantera.

Liv se agarró al pasamanos de madera como si le fuera la vida en ello y se armó de valor para continuar escuchando a hurtadillas, aunque las heridas infligidas por tal acto fueran tan profundas y descarnadas.

El tono de Zac parecía desesperado y asustado, como si temiera perder algo muy importante para él.

—Son solo unos días más... ¿Crees que me gusta engañar a Liv? ¿Por qué hablaba de ella con otra mujer? Maldito.

—Tampoco es plato de buen gusto, créeme. Pero ella aún no lo puede saber. Todo necesita su tiempo. Tienes que confiar en mí, ¿de acuerdo? Sí, Janira... Yo también.

«Hijo de la gran puta», pensó Liv seriamente injuriada por aquella conversación telefónica.

La vida era muy irónica. Ella, que era la parte más agraviada de la relación y la que más había entregado, acababa de cerrar las puertas a alguien, un completo desconocido que la tenía más en cuenta que su esposo y que la hacía morir de curiosidad. Lo había rechazado abiertamente por respeto al hombre que aún era su marido, aunque se fuera a divorciar en las semanas próximas. Y en cambio Zac, que había vivido durante años de su generosidad y de su esfuerzo, la estaba engañando con otra mujer.

Ese tono cariñoso no dejaba lugar a ninguna duda. Aunque hacía demasiado tiempo que Zac ya no le hablaba así, no olvidaba aquel tono meloso que la enamoró, y que ahora dirigía a otra.

Era un mazazo. Una bofetada de proporciones descomunales para el poco aguante de su corazón.

Optó por darse la vuelta y bajar las escaleras en silencio, como un zombi; como si el tiempo no pudiera registrar aquella acción y aquel descubrimiento; como si descaminar lo caminado anulara de un plumazo lo revelado.

Lo mucho que le dolió saberlo le hizo ver que todavía seguía queriéndolo, aunque su vida con él fuera una decepción tras otra, aunque ya no pudieran estar juntos.

Y no lo estarían no porque su amor por él se acabase, sino porque su dejamiento para con ella había sido tan cruel y descarado que exterminó sus ganas de seguir intentándolo, de seguir luchando por un amor que era solo unilateral.

Cuando se sentó en el sofá del salón, ni siquiera le dijo a Caballo que se bajara de ahí. Lo había acostumbrado a que él se colocara en su propio cojín, a sus pies. Pero suponía que Zac, en su ausencia, le permitía lo que él quisiera, hasta mal acostumbrarlo.

¿Y qué importaba si su perro se subía a la chaise longue? Acababa de descubrir que Zac tenía una relación, como mínimo, telefónica, con otra que no era ella.

Dios, había más preocupación y más azúcar en esa conversación, que en cualquiera de las veces que habían hablado ellos durante los últimos dos años.

¿De verdad era tan desgraciada?

Liv apoyó la cara en las manos y meditó un instante sobre lo que hacer. ¿Esperaría a otorgarle el beneficio de la duda?

La puerta de la buhardilla se abrió y Liv tragó la bola de pesar y desesperación que atoraba su garganta. Sí.

Se debían eso.

Iba a darle la oportunidad de que se explicara y de que le dijera la verdad. En ese preciso momento, si Zac la ayudaba con su declaración, si él se sinceraba, ella le expondría sin trabas ni secretos lo que le había sucedido con su hombre misterioso.

Se dirían ambos las verdades a la cara. Y de esa discusión, se resolvería su relación, si había o no esperanza para ellos, o si, como ella suponía, debían finalizar aquel matrimonio.

—¿Liv? ¿Estás ahí? —preguntó Zac.

Ella detuvo su congoja y cerró los ojos para armarse de valor, aunque le doliera hasta un nivel insoportable.

—Estoy aquí abajo —contestó controlando el temblor de su voz.

Zac descendió las escaleras y caminó hacia el salón. Se detuvo detrás del sofá en el que ella estaba sentada con Caballo a su lado.

—He visto el coche aparcado en el porche, pero no te he oído llegar —anunció.

Liv lo miró por encima del hombro, sin decir nada más, hablando únicamente con sus ojos dolidos. Él se había pasado la mano por el abundante pelo negro, y tenía los ojos un poco rojos del ordenador. Y con todo y con eso, le seguía pareciendo un hombre muy guapo y atractivo. Exactamente su tipo. De hecho, nunca había dejado de serlo. Pero, si Zac la conociera, si estuviera en sintonía con ella, sabría que estaba a punto de romperse delante de él.

Y en cambio, él ni se inmutó. Su parsimonia y disimulo eran espeluznantes.

Zac le sonrió con dulzura, le colocó las manos sobre los hombros y le dio un beso en su rubísima coronilla.

—Has llegado tarde —susurró sobre su pelo—. ¿Demasiado trabajo, princesa?

«Princesa», Antes adoraba esa palabra. En ese momento la odiaba.

—Sí —asintió ella quedándose hueca por dentro ante ese gesto. ¿Cómo era capaz él de fingir de esa manera?

Le masajeó la nuca y los omóplatos pero Liv se sentía incapaz de relajarse con él. Su comportamiento sorprendía como inesperados latigazos a su inteligencia y su intuición femenina.

—¿Estabas hablando con alguien? —preguntó disimulando su aflicción—. Me ha parecido oír que conversabas...

—Sí —Zac detuvo la presión de los dedos sobre sus hombros.

—¿Ah, sí? ¿Con quién? —incidió mirando al frente, esperando una declaración valiente de su esposo.

—Con un compañero de El Periódico. Mateo. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él...

Mentiroso. Mentiroso. ¡Mentira!, rugió Liv por dentro.

Ella conocía a Mateo. Vino a su boda. Y hasta donde ella conocía la semántica de Janira nada tenía que ver con Mateo.

Su alma y los sentimientos que aún sentía por él se vieron congelados por una ola de frío nórdico que paralizó por unos segundos hasta sus pulmones. Se vio incapaz de respirar, y un pinchazo potente y fugaz atravesó el centro de su pecho.

Como una puñalada dada por la espalda.

Acababa de mentirle a la cara.

—Vaya... ¿Y qué se cuenta Mateo?

—Nada demasiado relevante. Hay cambios en las plantillas y es posible que lo asciendan a redactor jefe. Y si él asciende, cuando acabe la novela y me apetezca volver al periodismo, ya tengo cargo garantizado —le guiñó un ojo con orgullo.

¿Cómo en todos esos años no había reparado en que Zac era un mentiroso a ultranza? ¿Cómo se había dejado enamorar por tal embaucador? ¿Por qué se inventaba esa conversación tan falsa?

Ni siquiera sentía rabia. Solo vacío, y un claro desprecio hacia sí misma por haber sido tan ciega y tan tonta por confiar en él.

Al parecer, el amor volvía estúpidas a las personas. Y ella no se consideraba un portento, pero sí era inteligente y muy perceptiva. Aunque, Zac, nunca mejor dicho, había hecho el papel de su vida cuando la conoció.

—Ah, ya veo —murmuró Liv con los ojos idos—.

¿Cuánto te queda para acabar la novela?

Él le retiró el pelo rubio de la espalda y lo dejó a un lado para exponer su garganta.

—¿En serio te importa, Livi? —murmuró sonriendo como un pirata coqueto y acercando sus labios a su cuello—.

Has dejado muy claro que estás harta de ella.

Liv no quiso tomar el guante. No iba a hablar ni a discutir con Zac más de lo necesario en esos días hasta que acabase su historia. Y después, ella se encargaría de finalizar la de ambos.

Cuando sintió la boca de Zac sobre su piel, ni siquiera se retiró, indiferente cómo se sentía. Pero al segundo beso, apartó la cabeza y le sonrió con una disculpa.

guró.

—Solo tengo muchas ganas de ver cómo la acabas —ase-

Él le dedicó una de esas miradas intensas y de ónix marca de la casa. Aunque a Liv ya no la afectaban.

—Semanas, Livi. Me falta el epílogo y después repasaré el manuscrito —contestó orgulloso.

—Qué bien —se levantó del sofá y le sonrió disimulando su desazón—. Entonces, procuraré no estorbarte mucho estos días. Pero cuando la acabes, Zac —lo miró de frente, sin máscaras. Con una mirada obvia en sus ojos gatunos—, hablaremos. Tenemos una conversación pendiente.

Él la volvió a mirar con curiosidad y después alzó la comisura de sus labios perfectamente estilizados y soberbios y añadió:

—Sí, lo sé —aseguró él—. Te lo agradezco. Aunque tú nunca me estorbas, Livi. Puedes hacerme una visita a la buhardilla cuando quieras —afirmó con voz afectuosa—. No te cobraré visita —le guiñó un ojo y se echó a reír, seguro de que daba por sentada a su pareja, como el que creía que tenía a su mujer hiciese lo que hiciera, fuera bueno o no.

La acidez le subió hasta la boca. Livi sabía que no lo decía de verdad. No se iba a tomar en serio a un hombre que acababa de mentirle mirándola a los ojos con tanta desfachatez.

—No será hoy —aclaró interpretando su rol de mujer agotada—. Tengo una migraña que no me deja mantener los ojos abiertos por más tiempo. Me va a estallar la cabeza.

—¿Necesitas algo? —preguntó preocupado.

¡Y parecía sincero y todo, el sinvergüenza!

—No. Tengo ibuprofenos arriba —contestó mirando a

Caballo que lloraba como si hubiese comprendido a la perfección que ese día no iba a ir a correr por la montaña—. Le daré una vuelta corta por la calle, y después me meteré en la cama.

Tienes comida en la nevera —le explicó recogiendo los zapatos de tacón del suelo—. Calientatela en el microondas.

—¿Tú no vas a cenar?

Ella volvió a negar con la cabeza.

—No. El dolor de cabeza me revuelve el estómago, Zac.

Me voy a acostar, a ver si puedo dormirme rápido. Mañana será otro día.

—Entonces, ve y acuéstate ya —le sugirió solícito cogiendo a Caballo por el collar—. Yo me llevo al bestia a la calle.

Tú descansa, cariño.

El perro se alegró al oír la palabra mágica «calle», y empezó a ladrar y a hacerle una fiesta a Zac.

—Pero sácalo de verdad —le pidió como un último favor—. Me voy a dormir —musitó dándose media vuelta y llevándose la mano a la frente.

—Eh —Zac, repentinamente, la cogió por la muñeca y la acercó a él de un tirón.

—¿Qué quieres? —preguntó sin mirarlo.

—Buenas noches, princesa —le contestó. Le dio un beso tan largo en los labios como Liv le permitió. Que no fue nada.

—Zac, me duele la cabeza —repitió apartándolo—. Buenas noches.

—Descansa —susurró él cortado por su reacción.

Y así sin más, ella emprendió el camino hasta su habitación donde hizo justo lo que dijo que iba a hacer.

Ponerse el pijama, tomarse dos pastillas para el dolor de cabeza y cubrirse con la manta para protegerse de un mundo que no entendía y que se desmoronaba a su alrededor víctima del peso de las mentiras.

Al día siguiente, en el trabajo, Liv aceptó la propuesta de Amador de ir a desayunar juntos. Necesitaba una distracción inmediata para no recordar palabra por palabra la conversación telefónica de Zac con esa mujer.

No quería pensar en el agujero negro en el que estaba inmersa su relación.

Su rubio compañero se mostraba solícito y dispuesto a cambiarle de humor y a hacerla reír con todo tipo de tonterías vanidosas, que ella no se tomaba a pecho.

Amador era un seductor bromista con ella y nunca sabía cuándo hablaba en serio o cuando lo hacía solo para pasárselo bien y echarse unas risas. Ese día la invitó a tomarse unas copas después del trabajo, oferta que ella declinó.

Como fuera, su dolor de cabeza no disminuyó, y la presión en las sienes aumentaba con el paso de las horas.

Aquella tarde, después de trabajar, le pidió a su amiga

Tere que fuera con ella a correr. Teresa era runner desde hacía años y se apuntaba a todas las cursas habidas y por haber, su favorita, por supuesto, era la cursa de Bomberos. Ahí fue donde conoció a su actual y más joven marido.

Liv no sabía si contar o no a sus amigas lo sucedido con

Sair. No había firmado ningún contrato, así que suponía que podía hablar de ello todavía.

Necesitaba hablar con alguien sobre sus sospechas sobre

Zac, sobre su conflicto personal, y estaba convencida de que

Tere, con una mente más liberal en ese sentido, podría darle un buen consejo.

Una que la acabase de decidir.

Por eso, mientras recorrían el largo camino de corredores en la sierra de Collserola, desde Vallcarca hasta Pedralbes, y dejando unas vistas magnificentes ubicadas en una vertiente que dejaba un panorama de Barcelona memorable, Livi, ni corta ni perezosa, le explicó todo a Tere.

Su morena amiga de ojos verdes y enormes se hacía cruces de lo que escuchaba.

—Es muy injusto —susurraba dando rítmicas zancadas.

Las coletas de ambas se movían como colas de caballo de un lado al otro de sus cabezas. Vestían con shorts cortos y sudaderas de mangas largas Nike.

Caballo corría feliz y fielmente al lado de Liv, a su ritmo, ni más rápido ni más lento.

—¿Qué te parece injusto? —preguntó Liv tomando aire por la nariz y sacándolo por la boca.

—Me parece injusto que el muermo y desagradecido de Zac, que chupa de ti mes tras mes, sea el que tenga la libertad y el morro de tener una aventura, y tú le hayas dicho que no, por principios, a ese admirador tuyo de la pluma. Si hay alguien que merece ser liberada de la olla a presión que se ha convertido tu hogar, esa eres tú, y no él —argumentó muy enfadada. Yo estaría despechada y con ansias de sangre.

—Tú eres una destripadora.

—Lo soy —afirmó orgullosa—. Que se lo digan a mi anterior novio. Ese friki solo me quería para que viéramos juntos

Juego de Tronos y jugáramos al Warcraft.

—Tú también eres friki. A ti te gustan esas cosas, ¿no?

—Claro, cariño. Pero resulta que soy una mujer. Pido otros alicientes, también —la miró de soslayo sonriente—. Por eso le mandé a freír espárragos a La Comunidad del Anillo.

Livi se echó a reír, aunque eso no menguó su desazón.

—Dime qué piensas. Desahógate —le pidió Tere preocupada—. Aquí no hay nadie más. Solo tú y yo. Deja de fingir que estás bien.

El atardecer asomaba en el horizonte y cubría con un manto la ciudad, como si ocultara con ello sus secretos.

Liv resopló sin saber por dónde empezar.

—Pienso en tantas cosas...

—Dispara. ¿Qué es lo primero que se te pasa por la cabeza?

—El día de mi boda con Zac —afirma con la voz teñida por la decepción.

—¿Y después?

—Me quiero hacer una idea de cómo es Janira. ¿Por qué ella ha logrado las atenciones de Zac, y yo, que soy su mujer

—se llevó la mano al pecho— no he podido mantenerle interesado? ¿Acaso ya no le gusto?

—No digas tonterías. Tú pones cachondo a cualquiera, rubia. Mira, no hay ni un corredor que no se dé la vuelta para darte un repaso.

—Ellos no me interesan. Pero Zac...

—Livi, joder, no ha sido culpa tuya. Deja de culparte. Él se ha acomodado, ¿no lo entiendes? Te ha dado por sentada.

Ha creído que tu amor por él era demasiado magnánimo e inocente como para permitirle todo. Que pueda ser un mantenido, que se compre un perro y lo cuides tú, que le hagas la comida, que pueda tener una amante...

—No debía ser así.

—Hay tantas cosas que no son como debieran —exclamó conformista—. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Darnos contra la pared de cabeza?

—Es una idea.

—No, cielo. Mira, tienes que empezar a quitártelo de la cabeza, Livi, pero no a golpes. Estas semanas que has decidido

voluntariamente tensar la cuerda de esta agonía y esta mentira, serán las peores de tu vida y te dejarán hecha polvo como no cambies el chip. Hazme caso. No puedes alargar lo que ya ha llegado a su fin. Y más, con una traición tan flagrante de por medio.

—¿Y qué propones?

—Tú no quieres estar en tu casa, ¿verdad?

—No quiero verle la cara a Zac —afirmó sin rodeos—.

Verla me provoca unas ganas irrefrenables de pisarle la cabeza.

—Entonces, distráete —sonrió con malignidad—. Si yo estuviera en tu lugar, sabiendo que vas a dejarlo por culpa de su incompetencia y de su infidelidad, no me lo pensaría dos veces.

—¿El qué? ¿Qué no te pensarías dos veces?

—No dejaría la oportunidad de conocer a ese hombre que tanto interés puso en ti. Lo tienes ahí, esperándote todas las santas tardes durante dos semanas en ese precioso hotel, dispuesto a pensar solo en tu placer. Dispuesto a tratarte como a una Reina. Mira, es que lo pienso, y me pongo cachonda.

—Eres una salida. Tienes la mente calenturienta.

—No se trata de eso. ¿A quién vas a decepcionar? —las dos saltaron un charco a la vez—. No hay nadie a quien no quieras decepcionar, ya. ¿A Zac? ¿Después de todo? No. Él no se merece que sacrifiques esa oportunidad en su nombre.

—Yo no soy así.

—¡Claro que no! ¡Ninguna de nosotras somos así! Nacemos y crecemos con la idea de un amor idílico y eterno. A mí me llevó a los brazos de un friki que creía que era mi media naranja, y a ti te llevó a los brazos del hombre que te ha roto el corazón. Pero si la cagan ya no hay reglas, ¿no lo ves? Cuando nos decepcionan, cuando nos rompen por dentro, es el momento de pensar en nosotras mismas. ¿Quién nos puede juzgar después de aguantar carros y carretas? ¿Y por qué nos iban a juzgar por ello? Lo dimos todo, hicimos todo lo que teníamos que hacer en nombre del amor, y la cagamos como

ignorantes condenadas. Nosotras decidimos cómo queremos nuestra segunda oportunidad. Y si no nos llega, nos la buscamos.

—No es tan fácil.

—¡Ja! —la señaló Tere entrecerrando sus ojos claros—.

¡Me vas a decir tú a mí que no has pensado ni una sola vez en presentarte en la 169! Eres una mujer. Lees novelas románticas como la gran mayoría, y nos encanta fantasear sobre esos hombres aguerridos y cabezones que colman de placeres ocultos a sus parejas. Y soñamos que una de esas historias nos suceda, y que esos hombres posean a nuestros maridos por una noche o por toda una vida si lo prefieres, porque el amor real, es crudo y muy caro y no como en los libros.

—Por eso nos encantan las novelas.

—Sí. Pero Livi —Tere la agarró por el brazo y la detuvo.

—¡Fus! —le ordenó Liv a Caballo. Este paró el trote y se sentó a su lado—. ¿Qué? —le preguntó a su amiga.

—A ti te está pasando.

—¿A mí? ¿El qué?

—La novela romántica. La historia de amor. El misterio, la sensualidad... Eso mismo te está pasando a ti, y le estás dando la espalda por no ofender a la promesa que le hiciste a un hombre que ha roto todas las que te hizo.

Ella no quería quitarle la razón. Tere y su franqueza siempre daban en la diana.

No iba a mentirse a sí misma. Por supuesto que pensaba en Sair y en su propuesta. Pensaba en ello desde que recibió aquel regalo tan acertado y una tarjeta tan elocuente y sincera. Por supuesto que la hacía fantasear sobre cómo sería él con ella, y sobre lo que podría vivir a su lado. Pero si fantaseaba era por el desencanto que invadía a su matrimonio del que ya solo quedaban pedazos inconexos. Ya ni recordaba cuánto se habían amado, o si alguna vez ese amor fue real o forzado.

¿Y si no fue amor de verdad? ¿Y si ahora se estaba perdiendo la oportunidad de vivir una gloriosa historia de amor y de sombras, tan tormentosa como única y enriquecedora?

—Liv.

—¿Qué? —susurró sumida en sus fantasías y en sus dudas, que no eran pocas.

—Tienes en tus manos la posibilidad de hacer realidad la fantasía de muchas. Y esto no es una jodida novela de amor.

Es un historia real, que habla de una mujer desencantada de su marido, y de un hombre que está dispuesto a mover cielo y tierra por ella, que se ha puesto a tus pies y a tu disposición, joder. No nos cierres la puerta.

—¿Cerraros la puerta?

—¡Sí! —afirmó entusiasmada—. Las lectoras empedernidas como nosotras buscamos un aliciente en los libros. Pero a ti se te acaba de presentar justo cuando tu vida está derrumbándose. No dejes que las ruinas te engullan, ¡asoma la cabeza y sal del agujero! Vive esa aventura sin reprimirte —se encogió de hombros y le pellizcó un pecho en tono juguetón—. Lo único que te une a Zac ahora es una maldita firma de divorcio. Cuando la rubriques, todo se acabará. No tenéis niños, ni nada que os obligue a pensar en nada más allá de vosotros mismos y de vuestra propia felicidad.

—O sea, ¿tú elegirías vivir la propuesta de Sair? —le preguntó para asegurarse de lo que le quería decir. Puede que necesitara que alguien la convenciera y la animara a dar el salto. Siempre había sido buena y correcta, una mujer esforzada en ser la esposa ideal. ¿Y de qué le había servido? De una mierda.

—¡¿Yo?! —puso los ojos en blanco—. ¡Anda, coño! ¡A ciegas! Vamos, lo haría sin dudar si mi marido no me tuviera plenamente satisfecha y feliz. Nos casamos con un ideal y es responsabilidad de ellos mantenerlo vivo. Sino, como vas a hacer tú con Zac, o como yo hice con mi ex, estamos en nuestro derecho de devolverlo. El «para siempre» es solo para Disney. La vida es otra.

—Me da tanto miedo...

—Liv, no es nada malo. Le has entregado mucho a tu marido, lo has hecho lo mejor que has podido. Has renunciado a tanto por él... —le recordó compasiva, alzándole la barbilla con cariño—. Mírate, Livi. Me daría mucha rabia que te perdieras esto. Lo tuyo con Zac ya se ha acabado. No dejes que el buen recuerdo que tienes de lo que una vez fue lo vuestro te impida aceptar esta aventura. No te permitas perdértelo. ¿Y si al hacerlo, dejaras pasar el tren del verdadero amor de tu vida?

—¿Y si al hacerlo, me siento peor de lo que ya lo hago?

—¿Peor de cómo estás? ¿Sola, sin cariño y menos usada que un DIU? —repitió en tono cínico—. ¿Por qué?

—Por mis remordimientos y mi conciencia. Por eso.

Sobre papel, Zac sigue siendo mi marido, aunque no lo sea de ningún otro modo.

—Mira, como sea, como Sair te dijo, lo que pase en esa suite solo será asunto tuyo y de él. Zac ya no tiene derecho a exigirte nada, ni fidelidad ni respeto. Absolutamente nada. Y no me vengas con que os casasteis ante Dios, porque ante Dios se hacen muchas cosas indecentes. Mi marido tiene una cruz de oro al cuello —le informó señalándose la clavícula—, regalo de su abuelo, y ese Cristo ha tenido que ver mis tetas y lo que no son mis tetas tantas veces como para que se le salten los ojos y los clavos.

—¡Tere! —Liv se echó la mano al estómago y empezó a reírse a carcajada limpia. Esta vez de verdad, tal y como necesitaba.

—¿Qué? —preguntó con tono inocente—. Puede que tú lleves tanto tiempo sin sexo que hasta te haya crecido el himen, pero yo soy muy activa, ¿sabes?

—Eres lo que no hay, en serio. Venga, vamos —la animó a que corrieran de nuevo.

—Si yo tuviera tu cuerpo y tu cara, sería una auténtica guarrona.

Prosiguió corriendo a su lado.

—Ya lo eres.

Tere se quedó ojiplática y después lo reconoció abiertamente.

—Sí, tienes razón. Como sea, Livi, prométeme que lo considerarás. Te mereces esa aventura.

Liv calló, y por primera vez la puerta de la posibilidad se abrió ante sí como un abanico de liberación.

Si esperaba a divorciarse con Zac, perdería la oportunidad de vivir la experiencia con Sair. Y, para su desgracia, Zac no merecía más de lo que ella ya le había dado.

Tomaría una decisión esa misma noche, en la soledad de su cama, abrazada a la almohada. Lloraría por última vez por su matrimonio, por lo que pudo haber sido y no fue, y caminaría al frente para no volver la mirada atrás nunca más.

Lo consideraría.

CAPÍTULO 8

Aquella noche lloró como una niña a la que se le rompían los sueños.

Derramó una lágrima por cada recuerdo hermoso con Zac, y muchas más por los que no crearon en aquellos últimos tres años, desde que él empezó a escribir.

Se reprobó por no haberse dado cuenta de que su marido tenía un secreto llamado Janira. Era una mujer. ¿Cómo no advirtió que la falta de interés de Zac se debía a eso, a que encontraba esas atenciones y desahogos en otro cuerpo que no era el de ella?

Él mintió primero. Él la dejó ir primero. Él la abandonó primero.

Y aunque eso no la consolaba y no la hacía sentir mejor, la venganza sí la envalentonaba. Le había tomado el pelo de manera descarada.

Tuvo remordimientos por la familia de Zac, porque la querían muchísimo aunque apenas la veían. Pero con el tiempo ellos la comprenderían. O puede que no, porque los padres son de los hijos y al revés, y tal vez no les sentara demasiado bien que su nuera pidiera el divorcio a su hijo perfecto.

Por primera vez, miraría al destino de cara, sola, y asumiría las consecuencias de sus actos. Estaba dispuesta.

No se perdería la oportunidad de desaprovechar la ocasión que le brindaba Sair. Aquella era su propia novela de amor pecaminosa.

Tenía que vivirla, se arrepintiera después o no.

La semilla de la curiosidad germinaba con fuerza en su interior, y sus brotes se arraigaban en el centro de su vientre y también en su cabeza.

Ya no había vuelta atrás.

Zac sería agua pasada.

Sair, en un corto lapso de tiempo, sería su presente.

Un presente efímero, por cierto.

Y luego se iría. Ni ella ni él tendrían que dar explicaciones.

Después de todo, Liv ya no debía nada a nadie.

Al día siguiente, cuando Liv se plantó frente a la puerta 169 del hotel colonial, a las siete y media, su congoja no había disminuido, pero sí estaba más segura de lo que hacía.

Liv vestía como la directora que era. Conjunto chaqueta y pantalón de color negro, tacones de Prada y una blusa blanca y elegante.

Su melena rubia lucía suelta y libre, como ella parcialmente se sentía.

Pero la libertad también acarreaba una ligera culpa, sobre todo cuando se estaba tan supeditada a las reglas y a las normas, y cuando una todavía creía que las promesas en una iglesia jamás debían romperse.

Ya no importaba quién había roto primero su palabra. No servían de nada ni los lamentos ni los reproches.

Por eso, temblorosa como un cervatillo, intentó impregnarse de un valor que sentía a medias, levantó su pequeña barbilla y alzó el puño para golpear la puerta que escondía deseos y anhelos inconfesables, aunque el precio a pagar por ello fuese demasiado caro.

Toc toc.

Dos veces, esa era su contraseña. Dos golpes secos y decididos, a un muro que debía derribar para encontrarse a sí misma.

Pasó sus dedos y su manicura por los largos mechones cobrizos de su pelo y los bandeó a un lado. Cuando le entraban los nervios tocaba su melena con exceso.

Escuchó los educados pasos de Alberto dirigirse hacia la puerta como si anduviera en cámara lenta, como si ese momento en su vida se ralentizara. Decían que había gente que cuando estaba a punto de morir, veía su vida pasar en fotogramas. A Liv le sucedió algo parecido, porque, aunque no iba a morir, una parte de sí misma se enterraría para siempre bajo el clásico parque de esa suite.

No vería al hombre que la tocaría y que quería devolverle la sonrisa. No sabría nada más de él excepto cómo se escuchaba su voz, cuál era el tacto de sus labios y cómo tocaban sus manos.

—Buenas tardes, señorita Olivia —la saludó el afable Alberto haciendo una pequeña reverencia.

No se sorprendió al verla. Suponía que Sair estaba convencido de que ella iría tarde o temprano y habría informado a Alberto de que estuviera preparado.

Olivia no contestó. Inhaló profundamente y dio un paso al frente como una persona a quien el yugo de la justicia caería inclemente sobre ella.

—Le ruego que me preste su bolso y su chaqueta, señorita

—pidió con el gesto amable—. Los dejaré en el armario del vestidor —informó solícito.

—Gracias.

Alberto abrió el cajón de la cómoda que había en la entrada y extrajo una carpeta negra con pinza plateada que sujetaba unos folios blancos.

—El señor pide que antes de entrar revise sus análisis y compruebe si son de su agrado. Quiere que se sienta segura y confirme que está sano.

Liv no tuvo el tino de sonreír. No se imaginaba que Sair iba a ser tan displicente y eficaz. Obviamente, su nombre y apellidos estaban

tachados del informe, pero parecía estar todo en regla. Así que firmó su contrato de confidencialidad.

—¿Está todo bien? —preguntó Alberto mirando al frente.

Ella afirmó nerviosa. No sabía donde meterse.

—Y una vez visto esto, reclama que firme su contrato — pasó las páginas y le mostró el convenio—. Tiene la entrada prohibida si no firma su parte.

Olivia lo recordaba. Sair le había mencionado que nada de lo que sucediera en esa habitación podría salir de ahí. Si cualquiera de los dos rompía su palabra, la indemnización sería de proporciones escatológicas. Demasiados ceros había ahí como multa.

Liv realizó un grado de grafología en la universidad y se matriculó con notas buenísimas. De hecho, a la hora de elegir al personal en su empresa pedía a la chica de recursos humanos y que hacía las entrevistas personales, que les pidiera una firma anticipada. Olivia la analizaba y la estudiaba. Y en base a lo que al final encontraba en ella, junto con el éxito de su entrevista personal, decidía si contratarlos o no.

Se le daba muy bien analizar a las personas según su firma. Y por eso, usó sus conocimientos para averiguar detalles personales sobre su anónimo.

Sair nunca hablaría de sí mismo voluntariamente, pero del mismo modo que la había investigado a ella y observado durante un año, ella podría conocer intimidades de sí mismo solo por el garabato que había dejado como su sello en el papel, así que, leyó rápidamente las condiciones que le imponía, entre otras:

Nunca mantendrían relaciones sin protección.

En ese tiempo, no se acostarían con nadie más.

Cuando estuviera con él no debía llevar la alianza.

En esas dos horas de sesiones, ella debía obedecer en todo momento las sugerencias de su pareja.

Quedaban terminantemente prohibidos juegos de fustas, látigos ni el uso de ningún objeto que infligiera dolor.

Liv estaba más que de acuerdo con esa cláusula.

No soportaba el dolor físico, y no le gustaban las marcas ni las torturas sexuales. Y tampoco quería llevar una alianza que le recordase que a ojos de Dios era una mujer casada.

Sus encuentros no podían excederse más de dos horas. Cuando acabara la sesión se despedirían formalmente hasta el día siguiente.

No se facilitarían los números de teléfono.

Ella estaba obligada a aceptar los regalos que él le hiciera.

Después de leer el resto de cláusulas y con las que coincidía, se fijó por fin en la rubrica de Sair que constaba en la parte interesada.

Había firmado en pluma. Era una firma de formas marcadas y sutiles, con una legibilidad impecable. De trazo continuo. Eso reflejaba agilidad mental y mucha facilidad para relacionarse con los demás. Su firma era muy parecida a la letra de la tarjeta que le envió, una letra clara y concisa, propia de un hombre doctrinario; eso indicaba que no modificaba el estilo, señal de que era conservador, que le gustaba seguir las reglas y acababa todo lo que empezaba. Era un hombre inteligente y posiblemente un líder, y ejercía su poder gracias a sus dotes intelectuales nunca al abuso de su rango.

Su escritura ascendente y continua indicaba que era organizado, tenía metas sociales elevadas y planteaba sus proyectos sobre futuro. No era intuitivo, pero sí muy mental y valoraba mucho la equidad. Además, tenía fuertes raíces en su pasado, y todo lo que hacía era en congruencia con todo lo que le habían enseñado.

Estaba ante un hombre íntegro que, sin duda, cumpliría su palabra. Dos semanas de placer, y después, cada uno seguiría su camino.

Alberto le ofreció la pluma para firmar. Estaba en una caja, y Liv advirtió que era la que le había regalado él, la Omix.

—El señor Sair dice que esta pluma es suya. Cuando firme, quiere que la guarde en su bolso y se la lleve.

—Increíble. Qué insistente —murmuró Liv contrariada. Lo de que estaba obligada a aceptar sus regalos era de verdad.

Dejó su firma sobre el papel, y ante la mirada atenta de Alberto guardó la estilográfica dentro de su bolso, que Alberto había escondido en el armario perchero. Después, le entregó las hojas firmadas para que él las introdujera en un sobre blanco que dejó sobre la delicada cómoda alta.

—Éste es para usted —le indicó el mayordomo—. Cuando salga, puede llevárselo.

—Sí. Gracias.

Alberto sonrió, abrió el segundo cajón y sacó de él una caja cuadrada negra de unos veinte centímetros de largo y de ancho. En el frontal había serigrafiado las letras HERMÉS

PARIS.

—Haga los honores, señorita —pidió Alberto muy remilgado.

Olivia abrió la caja con dedos inseguros y se encontró, acomodado entre una superficie mullida y blanca, un delicado pañuelo de seda negro.

Lo acarició con admiración y su tacto le agradó. Parecía frágil y quebradizo, pero era muy resistente.

—Bien. Dese la vuelta.

Liv lo hizo. Le dio la espalda, y notó cómo Alberto, más bajito que ella, luchaba por ponerse de puntillas y atarle el pañuelo a los ojos.

—¿Le aprieta? —preguntó atribulado.

—Así está bien —confirmó tocando la tela por encima de los párpados.

—¿No ve nada?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

Alberto exhaló más tranquilo y condujo a Liv hasta la puerta corredera que daría al salón en el que esperaba su señor.

Ella escuchó las puertas deslizarse con suavidad por las bisagras y notó el espacio ante ella.

Liv no necesitó más órdenes. Dio un paso hacia delante y se internó en el salón. Alberto, tras ella cerró las puertas de nuevo para darles la intimidad que necesitaban.

Estaba hecho.

Una hermosa melodía invadió el habitáculo, no demasiado alta pero sí lo justo como para que tuviera peso.

Liv se relamió los labios, y movió la cabeza a un lado y al otro, como si pudiera ver, buscándolo a través de una inaccesible y tupida tela.

—Me complace saber que has querido venir.

La reacción de su cuerpo autónomo la sorprendió. Fue escuchar la voz de Sair y los pezones se le erizaron tras el sostén blanco.

Pareció que Sair se arrodillaba ante ella, y no se equivocaba, porque al instante notó sus cálidos dedos rodeándole el tobillo.

—Zapatos fuera —le pidió.

Se los sacó con exquisito cuidado y después, tomando el derecho entre sus manos, besó su dorso.

—¿Tienes miedo, *sundara*?

Percibió su presencia tras ella, y como su aliento fresco rozaba el lóbulo de su oreja. Tanto misterio la estimulaba.

—¿Sundara? Ese no es mi nombre —aclaró extrañada, aunque le encantaba cómo sonaba.

Lo escuchó sonreír. Liv nunca pensó que las sonrisas emitieran sonido, pero las suyas sí lo hacían. Era como si entreabriera la boca para dejar escapar el aire. Muy curioso.

—Sé que ese no es tu nombre. Pero es un piropo.

—¿Qué significa? —se sentía vulnerable con sus diez centímetros menos de tacón.

—Significa preciosa en Bengalí.

—¿En Bengalí? ¿Eres Indio? —dijo estupefacta. Tenía un acento español perfecto. Nada le hacía presagiar que fuera extranjero.

—No haremos preguntas de ese tipo, ¿recuerdas?

Claro. Lo ponía en su contrato.

—Cierto. Disculpa.

—¿Te importaría si lo fuera?

¿Le importaría? No. Su origen le traía sin cuidado.

—No. —Y no mentía—. Y a tu anterior pregunta, también no. No te temo. —No le temía. De algún modo, verse allí, sola y atrevida también la colmó de una valiente inconsciencia.

—Olivia —susurró él acariciándole los brazos por encima de la blusa.

Sus manos ardían, y ese detalle la calentó a ella, necesitada de candor.

—No puedes quitarte la venda de los ojos, pase lo que pase.

—Sí.

—Has aceptado mis reglas, y estás en mi territorio —le recordó rozando con su nariz el lateral de su garganta—. Si te pones en mis manos, tendrás que confiar en mí, aunque ahora no te sientas muy predispuesta a ello.

Dios. Qué diferentes se sentían esas caricias a cualquiera de las que había recibido... Pero Sair se volvía a equivocar con ella. Sí estaba predispuesta. Una vez había cruzado el umbral, ya no miraría atrás. ¿Para qué? Lo hecho, hecho estaba, y ya había tomado su decisión.

Quería eso. Aunque no supiera bien lo que era. Pero se le antojaba aquella experiencia y dado que se había tirado a la piscina, lo haría sin manguitos y sin flotador.

De cabeza.

—Sé lo que he firmado —contestó ella.

—¿Entonces? ¿Aceptas que aquí soy yo el que manda?

«Madre mía», pensó nerviosa.

—Sí. Lo acepto.

Él ronroneó de gusto al olerle el pelo. Liv hubiera dado lo que fuese por verle la cara en ese instante.

Sair era más alto que ella. Y estaba convencida de que con esa voz se trataba de un hombre corpulento.

—Solo por esta vez —le dijo rodeándole la cintura con las manos —, dejaré que me toques —le dio la vuelta suavemente hasta que lo encaró—. Hazlo. Sacia tu curiosidad.

I want what i can't have I wanna make you mine I don't care what it takes I'm fearless with my heart I'll take it any place

I don't care if it breaks

Él observó hechizado cómo Liv alzaba sus manos para tomarlo del rostro.

Ella pasó los dedos por sus mejillas, concentrada en grabar su cara en sus yemas.

Tenía una estructura ósea masculina. Mandíbula ancha y rasgos fuertes propios de personas con gran fortaleza y liderazgo, como su firma.

No sabía si era castaño, moreno, rubio o pelirrojo. Ni tampoco sabría el color de sus ojos. Lo que sí sabía era que no era calvo. Tenía el pelo echado hacia atrás y sin entradas.

Estaba afeitado, sus mejillas no raspaban.

Pasó sus pulgares por cejas y ojos. Sus cejas abundantes estaban muy pegadas a los ojos. Seguro que tendría una mirada espectacular e intensa, propia de esas características.

Era un rostro muy simétrico.

Y a continuación los hizo descender hasta la boca. Sair tenía unos labios suaves y mullidos. Una boca grande.

No era adivina, no sabía si se trataba de un hombre de piel clara u oscura. Pero, ¿importaba? Estar allí, en ese momento, con ese desconocido era entregarse al misterio y a la sorpresa. Pero además, era dejarse llevar y estar preparada para recibir todo tipo de sensaciones. No importaba la persona, solo la experiencia.

—¿Este eres tú? —preguntó Liv sin poder comprobarlo.

—Este soy yo —contestó Sair a un centímetro de su boca—. ¿Te gusta lo que tocas?

—Parece que sí —replicó comedida.

—Me alegro, Olivia.

Olía a hierbabuena. Y a una colonia que nunca antes había oído pero le parecía intoxicante en el buen sentido de la palabra. Le encantaría olerla siempre.

—¿Qué perfume llevas, Sair? —le preguntó Liv dejando caer las manos de su cara.

—Número uno. De Clive Christian —contestó pasando los dedos por su delicada clavícula—. ¿Te gusta cómo huelo?

El tono ya era erótico e íntimo de por sí.

La música seguía sonando y él empezaba a mecerla por la cintura, como si bailaran como una pareja de enamorados.

—Hueles bien —contestó ella.

—Perfecto —musitó conforme, acercándola a su erección—. Pues ahora vamos a comprobar si te gusta cómo te toco yo a ti. Recuerda que esto —pasó sus grandes manos por su coxis y las dejó allí, hasta presionar su pubis contra el de él—, es todo para ti.

Call me crazy, maybe i'm insanely Out of my mind but it'll never phase me

If I have to, I'm not afraid to Save my heart for you

Moviéndose al ritmo de la música, Liv escuchaba la canción y la traducía en su cabeza.

Trataba de un hombre que decía que quería lo que no podía tener, pero que lo arriesgaría todo y reservaría su corazón por la mujer que amaba. Vamos, lo que ella y cualquier romántica querría para sí.

—Solo estamos tú y yo. Solos tú y yo —le decía él en voz baja.

Livi, embrujada por su corpulencia y sus movimientos tan armónicos, se fue relajando poco a poco entre sus brazos, hasta quedar acoplados como si estuvieran hechos el uno para el otro.

—Yo calmaré tu angustia, Olivia —le aseguró—. Ponte en mis manos.

Con lentitud le sacó la camisa de la cinturilla de los pantalones y desabrochó su cinturón de piel.

—Llevo tanto tiempo deseando esto —murmuró más para sí mismo que para ella—. Que la primera vez necesito que dure.

Ella no sabía si quería que pasara ya o que se eternizara. Estar en brazos de un hombre desconocido, que la mecía y la tocaba con tanto tiento, era reconfortante. Hacía demasiado tiempo que su piel no recibía caricias de ese tipo.

—Y eres tan exquisita —uno a uno desabrochó los botones de su blusa, y la hizo descender por sus hombros, hasta que producto del peso cayó sobre el parqué.

Olivia sabía que él la admiraba y revisaba la mercancía. Y entonces, sin más, se quedó sin aire cuando Sair le desabrochó el sostén por la parte delantera, y lo retiró de su piel para exponer sus pechos.

No eran grandes ni pequeños. Más bien normales y pálidos. Tenía la piel blanquecina y los pezones pequeños y rosados.

Livi podía imaginarse a su desconocido, y pensar en el rostro que más le placiera. Pero no era capaz, tan centrada como estaba en él aún sin verlo.

Sair le bajó los pantalones, aprovechando el camino de descenso para palpar sus muslos, tersos y duros por el deporte.

—¿Vas a correr?

—¿En qué sentido lo preguntas? ¿En el de si voy a huir de aquí corriendo o en si corro a menudo?

Sair volvió a sonreír.

—En lo segundo.

—Sí. Corro todos los días.

—Se nota —pasó el dedo corazón por su cuádriceps desnudo y después, como por descuido, lo deslizó por entre sus piernas.

Livi dio un respingo de anticipación que no tuvo tiempo a disfrutar porque él le bajó las braguitas negras de golpe.

Ella se quedó sin aire, sorprendida por tanta vehemencia.

—Conmigo no quiero que te avergüences de tu cuerpo.

Te quiero desnuda. Siempre. Cuando entres en nuestro salón, permitirás que te quite la ropa como hoy, y dejarás que me encargue de todo. Aquí no tienes que cuidar de nadie. Soy yo quien cuida de ti.

Ella tragó saliva y se esforzó en asentir.

—Eres tan, tan bonita como te imaginaba —reconoció.

—No digas eso... —Olivia enrojeció por completo.

—¿Cuánto tiempo hace que no te tocan? —se volvió a pegar a su cuerpo y la abrazó, pasándole las manos con masajes circulares por la espalda y las nalgas, que tenía heladas—. Estás temblando, Olivia —besó su sien y continuó bailando con ella, para volver a sedarla con sus movimientos.

Ella se mantuvo callada. Tenía ganas de llorar, de apoyarse en él y permitir que la consolara como él quisiera, pero que alguien borrara la terrible angustia que oprimía su garganta y su pecho.

No tenía remordimientos. No lloraba por eso. Lloraba porque se compadecía de sí misma, porque era como un animalillo que buscara desesperadamente las caricias del más solícito. Y Sair estaba ahí para cuidar de ella y ayudarla a pasar el mal trago.

—¿Quién te ha dejado tan abandonada? —gruñó lamentándose, recogiénola con delicadeza—. Ven aquí.

Sintió sus brazos fuertes y duros como piedras alrededor de sus piernas. La levantó y la llevó como a una princesa al centro del salón, o a la habitación. Donde fuera. Liv no veía nada.

Sair se sentó en el sofá y la colocó sobre sus piernas, pasándole las manos por todo el cuerpo.

Su llanto era catártico. Ni siquiera ella sabía porque lloraba tanto, porque podía ser por muchos motivos diferentes, o por ninguno en particular.

—Olivia —Sair pegó su boca a su mejilla y la habló en voz baja, como a una bebé que necesitaba seguridad—. Déjate ir conmigo. Lloro si lo necesitas. Entre nosotros no hay vergüenzas.

—No quiero llorar —protestó ella enfadada.

—¿Y qué quieres? Solo por hoy, porque es la primera vez, permitiré que seas tú la que lleve la situación.

—No —dijo ella de golpe—. No quiero más responsabilidades — los pulgares de Sair limpiaron las lágrimas de sus párpados y sus pestañas.

—Entonces, dime qué necesitas.

—Necesito... Necesito... Estoy aquí para refugiarme de la mierda de vida que tengo afuera —explicó con sinceridad—.

Para escapar de mi corazón roto —murmuró sollozando—.

Necesito que borres mi oscuridad.

Necesitaba la luz que había desaparecido de sus ojos para volver a ver con claridad.

—¿Ese es tu deseo?

—No sé lo que necesito, Sair. No sé lo que hago aquí — confesó perdida.

—Yo sé lo que necesitas, sundara. ¿Estás preparada para aceptar lo que te puedo dar?

—Hazlo ya, sea lo que sea —espetó sujetándose a sus hombros, decidida a reclamar lo que había venido a buscar.

Los labios de Sair cubrieron los suyos como un relámpago que caía sobre el mar para electrizarlo. Su mar interior se despertó bravo, como si un beso fuera todo lo que necesitara para crear mareas y tsunamis que cambiaran la vida a su alrededor.

La lengua de ese hombre entró en su boca para fustigar la suya, y saquearla. La dejó temblando, anhelando mucho más y se apartó de golpe.

Liv se sintió abandonada cuando él dejó de besarla. Los segundos que estuvo saboreando a Sair en su paladar los utilizó para valorar la fuerza de su emoción y de su excitación. Aquello era peligroso. Sair sabía a peligro y a desafío.

Y era lo que Olivia buscaba, por eso se lanzó a por su boca a tientas.

Hasta que Sair fue en busca de ella de nuevo. Mientras la besaba, la tomó por la cintura y la sentó a horcajadas sobre sus caderas.

Olivia friccionó su lengua contra la de él. Le hormigueaban los labios por la succión intensa a la que se exponían.

Echaba de menos los besos de tornillo, llenos de pasión y necesidad. ¿Cuándo dejó de recibirlos y de darlos?

—Está bien, Olivia —le dijo él con tono precipitado—.

Solo por esta vez se harán las cosas así. Solo por esta vez.

Mientras Liv continuaba besándolo, escuchó a Sair bajarse la cremallera y desabotonarse el pantalón. Bajo sus nalgas desnudas

sentía unos muslos duros y masculinos, como los de un potro. Sair era un hombre muy fuerte.

—Me necesitas —le explicó abriéndole más los muslos—.

Joder...

Los dedos de Sair se posaron sobre su vagina abierta, y descubrió por el modo en el que se deslizaban adelante y hacia atrás que estaba húmeda.

Excitada.

Sair tenía unos dedos grandes, pero la tocaba con mucho cuidado. Mientras jugaba con su clítoris entre sus dedos, escuchó el sonido de un papel de plástico romperse, y después, el ruido del látex adhiriéndose a la piel. Olía a melón.

—He comprado preservativos lubricados —explicó él tomándola por las caderas y moviéndola para que se deslizara sobre su erección arriba y abajo, embadurnándola sin penetrarla.

Liv clavó sus dedos en sus hombros cuando, sorprendida, notó el tacto de su pene protegido entre sus labios más íntimos.

Estaba tan mojada y tan hinchada que el condón no iba a hacer su trabajo.

¿Cómo era posible que tuviera una respuesta tan abierta y tan indecente con un hombre que no conocía? ¿Por qué era capaz de reaccionar así a sus caricias?

—Estás hinchada —le dijo mordiéndole la boca y apresando su clítoris abultado entre el índice y el pulgar. Lo frotó y eso arrancó un gemido silencioso de la boca de Liv—. Siempre he querido saber si eras clitoriana —confesó emocionado.

—¿Qué si soy de dónde? —preguntó mordiéndose el labio inferior y enrojeciéndolo con intensidad.

Las preguntas se desvanecieron de un plumazo cuando la cabeza roma y grande del pene de Sair se colocó en posición justo en su entrada.

—Después será más lento, lo prometo —le explicó Sair colocando el cuerpo de Olivia en el ángulo que deseaba—. Pero ahora, estoy a punto de correrme solo de mirarte. Déjame meterme dentro de ti —pidió.

Liv dejó caer el cuello hacia atrás cuando sintió el poderoso miembro de Sair entrando poco a poco en su interior.

¿Cuánto tiempo hacía que no la tocaban? Demasiado.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que hizo el amor con su marido por última vez? Más de un año. Demasiado.

Por eso Liv estaba tan estrecha, y por eso sintió con una intensidad que ralló el dolor, el grueso pene de Sair entrando en su vagina y deslizándose por su útero con dificultades.

Sair se detuvo a medio camino y cogió aire para tranquilizarse.

—No quiero hacerte daño. Estás muy mojada, pero también estás muy cerrada —murmuró preocupado.

Olivia se medio incorporó y eso facilitó que se deslizara unos centímetros más adentro. Sair tocó su brote de placer haciendo círculos hasta enrojecerlo e inflamarlo más de lo que ya estaba, pero comprobó que Liv permitía mejor la penetración si él continuaba estimulándola.

La poderosa vara de ese hombre parecía que la partía en dos, pero consideró que merecía ese dolor, por eso no se negó cuando él le abrió más las piernas, levantó sus caderas y la penetró hasta el fondo, hasta que sus testículos sonaron contra su carne.

Livi gritó de la impresión. Parecía que la punta de su sexo le había atravesado el ombligo.

—Olivia —gimió Sair.

Y en ese momento, ella se perdió.

¿Quién había pronunciado su nombre con tanta desesperación alguna vez?

Se perdió de tal manera que estaba entregada a las potentes acometidas sin descanso de ese desconocido que parecía conocer

su cuerpo a la perfección.

Su posesión física fue completa, total. Y aunque le dolía, hubo un momento en el que cruzó la línea del dolor para pasar al placer más absoluto.

Sair no dejó de acariciarla entre las piernas, mientras la poseía, con ella a horcajadas sobre él, animándola a que engullera más y más de su sexo.

Y Liv se abrió.

La sangre se le agolpó en la vagina y cada embestida empezó a ser más placentera que la anterior, hasta que, perdida en aquella potente y extraña lujuria simbiótica, el cosquilleo del orgasmo nació en la base de su columna, acarició su entrepierna y explotó en su interior como un volcán dormido, que entraba en erupción porque, sencillamente, después del larguísimo letargo había llegado su momento.

Cuando Liv cayó desplomada sobre el marmoleo cuerpo de Sair, abrió los ojos, sabiendo que no vería nada, solo oscuridad.

Pero esta vez, no se sentía sola.

Alguien más la acompañaba y le susurraba palabras tranquilizadoras al oído, diciéndole lo maravillosa que era.

CAPÍTULO 9

No necesitaba sexo.

No era el sexo lo que la tuvo pensando en Sair todo el día siguiente, sino lo que pasó después. Ese hombre atento la tranquilizó como nadie había hecho en mucho tiempo.

La tuvo abrazada, con él muy enterrado en su interior, hasta que llegó el momento de irse. Le habló de liberarse de la culpa y le dijo algo que la renovó y la ayudó a pensar en su affaire como algo positivo.

—Las personas deben de cometer muchos errores para conocerse. La vida es eso, sundara. Tropezar una y otra vez con las piedras que hayan en el camino y después levantarse. Piénsalo. Nunca sabrás qué te perdiste o cuál fue tu verdadero error si no te atreves a cometerlos y te conformas y acomodas con una vida que no te gusta. Los prejuicios son para los cobardes.

Haz en todo momento lo que te apetezca, sin importarte lo que digan los demás. Solo así sabrás lo que quieres de verdad y lo que nunca debes volver a hacer. Así descubrirás lo que te gusta y lo que no.

La cubrió de caricias y besos tiernos que provocaban que se le saltaran las lágrimas de nuevo. Estaba tan sensible por lo ocurrido a todos los niveles.

La tarde con él fue memorable, no lo iba a negar. No hubo ni rastro de la incomodidad que pensó que tendría con él, excepto la quemazón que le dejó de recuerdo entre las piernas.

Fue intenso y hasta místico. Sair y Livi parecían haber sido creados para mantener relaciones sexuales. Encajaban bien. Al principio costaba, pero luego... Luego todo fluía.

Lo que no fluía ni a empujones era su relación con Zac.

Después de su encuentro con Sair, Liv pensó que no podría mirar a Zac a los ojos. Pero no le hizo falta mirarlo. Zac no salió de la buhardilla esa noche.

Su marido tenía el cartel de prohibido molestar colgando del pomo de la puerta, pero Liv la abrió y asomó la cabeza en su interior.

—Ya estoy en casa, Zac.

—Muy bien, Livi —contestó alzando la mano pero sin perder de vista la pantalla de su iMac.

—¿Has cenado ya?

—Sí, he picado un poco de aquí y de allí.

Esperó a que Zac le preguntara algo más como: «¿Qué tal el día? ¿Necesitas que te prepare la cena?». Pero no.

Ni harto de vino iba a interesarse por ella o a tenerle algún tipo de consideración.

Liv tampoco le preguntó si había sacado al perro pues ya sabía la respuesta. Así que sin mediar más palabras, se llevó a

Caballo a la calle. Ni tampoco le extrañó que Zac no le preguntase por qué había tardado tanto en llegar. Era como si no le importara nada de lo que hiciera.

¿Sería igual con Janira? ¿Y qué le importaba a ella? En breve dejarían de ser marido y mujer, así que no le incumbía.

Se duchó. Y después de cenar y de meterse en la cama, le sorprendió que no le costase en absoluto conciliar el sueño. La llantera en brazos de Sair había sido sanadora, y parecía que se hubiera sacado un gran peso de encima.

Al día siguiente, en su oficina, admirando el valle y el río que pincelaban el horizonte, meditaba en por qué no sentía ni una pizca

de aversión hacia sí misma y hacia lo que había hecho. ¿Por qué no se sentía mal por lo que continuaría haciendo hasta que Sair se fuera? ¿La convertía eso en una libertina o en una golfa?

Puede que la falta de escrúpulos y de interés de Zac por ella fuera contagiosa.

Pensativa, Liv escribía la palabra *sundara* en su libreta de notas, distraída en el recuerdo de las manos y de la voz de su apasionado desconocido. Esa voz la tocaba, y lo cierto era que activaba algo en su interior. Algo muy contradictorio pues la ponía en alerta y al mismo tiempo le hacía sentirse muy segura.

Contrastes. Todo en él eran contrastes. Y Liv se vio impelida todo el día a pensar en él, en las sensaciones que despertaba en ella y en el remanso de paz en el que se convirtió después, cuando consumó el acto y la llenó de comprensión y ternura. Podría volverse adicta a ese tipo de atenciones, y más aún cuando hacía tanto tiempo que no las recibía.

Buscó en internet la palabra *Sair*, y solo aparecían similitudes de *Jairo* y *Jair*, que era un nombre hebreo que significaba iluminado por Dios.

¿Iluminado? Pues tenía sentido, porque *Sair* le había dicho que quería devolverle la sonrisa y la luz que le habían arrebatado. Puede que él tuviera mucha luz para dar...

Después, buscó en google el nombre de esa colonia tan espectacular que le dijo *Sair* que llevaba. Número uno de *Clive Christian*.

Y los dedos se le congelaron sobre el teclado cuando vio en la pantalla de su enorme *iMac* que se trataba de un perfume extravagante y sofisticado, tal y como él parecía que era. Llevaba todo tipo de ingredientes a cual máspreciado, y una base de sándalo, vetiver, un corazón de rosa, jazmín, *ylang ylang*, aceite de cardamomo, lirio del valle y la orquídea *Vanilla Planifolia*. Muchas de esas flores e ingredientes eran muy difíciles de producir, por eso la producción de ese perfume era limitado y su precio muy costoso, nada más y nada menos que dos mil ciento cincuenta euros la onza.

Aunque no había visto la botella y no veía nada en esa suite, Liv apreció la bella manufactura de la botella de cristal de plomo con un diamante de cero con treinta y tres quilates en su cuello.

Casi nada.

¿Quién demonios era Sair? ¿Qué era? ¿Un jeque? ¿Un millonario inglés? ¿Un Zar ruso? ¿Un Grey español?

Y entonces, la interrumpió Amador, colando el brazo con una caja de donuts de chocolate, y Liv, que era una gorda de alma, tuvo que prestarle toda su atención.

—Oye, rubia.

—Dime.

—Traigo zumos, café y alimentos. Hace un sol afuera espectacular.

—Sí, me he dado cuenta.

—¿Entonces? ¿Te vienes a desayunar a las mesas de piedra? Mañana viajo a Sudamérica para abrir mercado. ¿Un desayunito de despedida? —preguntó tentador.

—Tienes donuts —se levantó. Tomó sus gafas de sol y agarró su chaqueta—. Me voy contigo adonde tú quieras.

El exterior de las oficinas estaba rodeado por una pradera verde que a su vez colindaba con uno de los laterales del río Llobregat. Su padre mandó traer hacía más de una década las típicas mesas de montaña, más propia de merenderos, y los trabajadores lo agradecían porque para muchos de ellos, y más cuando el día acompañaba, su descanso era como una salida al campo. Después regresaban al trabajo con las pilas recargadas y más ganas de dar lo mejor de sí mismos.

Los rayos del sol bailaban a través de la melena de Olivia que rivalizaba con la luminosidad del astro. Sus gafas Carrera, de pasta negra, grandes y ovaladas, cubrían parte de sus mejillas y sus delicadas facciones.

Después de zamparse el primer donut, alzó el rostro al cielo para broncearse un poco la piel. Ella no se ponía morena de buenas a primeras. Primero se tostaba. Por eso no podía abusar y alargar su exposición solar.

Frente a ella, Amador sonreía embelesado por los gestos seductores e involuntarios de Olivia, consciente de que ella desconocía lo tentadora que podía llegar a ser.

—Dime qué es —le pidió Amador solícito.

Ella bajó la cabeza de repente, se deslizó la montura de las gafas por encima del puente de la nariz y clavó sus ojos en los suyos, sin comprender.

—¿Qué es? ¿El qué? —preguntó sin comprender.

Amador torció la cabeza a un lado y la observó analíticamente.

—Dime qué es lo que hace que estés diferente desde unos días atrás hasta hoy. Hasta este preciso momento. Me mata la curiosidad —sus ojos azules claros brillaron con interés, y sus labios se alzaron dibujando una sonrisa intrigada.

Liv no supo qué contestarle. No hablaría jamás a nadie sobre Sair y ella. Su aventura de dos semanas siempre quedaría escondida bajo llave, cerrada a cal y a canto, y accesible solo para su memoria, para ese momento débil en el que los recuerdos le pidieran un poco de felicidad.

Liv echó los hombros hacia atrás y disimuló lo mejor que pudo.

—¿En serio estoy diferente?

—Sí —asintió confiado—. Es como si de repente te hubieras sacado un gran peso de encima. Como si te hubieran relajado de golpe.

«Sí. Si relajado me han relajado, te lo aseguro», pensó incómoda.

—¿Por fin Zac ha dado con la tecla contigo? —el tono con el que hizo la pregunta reflejaba una ansiedad que no quería esconder.

Y Liv, que no era tonta, lo notó inmediatamente.

—Ama, vamos a dejar de hablar de mi marido, ¿quieres?

Es incómodo.

—Pues sí. A mí tampoco me apetece hablar de él. Alguien debería darle un sartenazo en la cabeza. Es un capullo.

—Ama... —le reprendió sin demasiada dureza.

—Sí. Ya me callo —dijo estirando los brazos como si se despezara. Sus pectorales se marcaron bajo la camisa.

A Liv le pareció un gato enorme que pretendía disimular antes de dar un zarpazo de órdago.

Sair tenía una complexión muy parecida a Ama. Eran fuertes y anchos de espalda, y tenían pelo liso y frondoso. Pero

Ama no hablaba como Sair, ni su voz era la mitad de penetrante que la de su hombre misterioso. No podía ser él... ¿a que no?

—Te he comprado una cosita —anunció él sin más.

—¿A mí? —Liv arrugó la frente, perdida ante tal noticia—. ¿Por qué?

—Porque me apetecía —contestó cogiendo su chaqueta y metiendo la mano en el bolsillo—. Te lo compré en Estados

Unidos, pero estos dos días ha estado oculto en la guantera del Audi. Lo olvidé —se disculpó.

—Un día se te va a caer la cabeza y no te vas a dar ni cuenta.

—Esperemos que no. Es solo un detalle —explicó sin más dilación.

—¿Pero por qué? —insistió Liv. Ella no quería malos entendidos. Quería que los hombres dejaran de hacerle regalos.

—Porque eres mi amiga, y porque fue tu cumpleaños y me pilló de viaje y no pude regalarte nada. Además, tú me regalaste una sudadera de los Bulls cuando estuviste en Chicago.

—Fue una tontería. Además, me la pediste cien mil veces

—se rió.

—Vale que sí. En fin, que aproveché mi visita de negocios para comprarte esto —Ama le acercó una caja de Thomas

Sabo—. Es para ti.

—Pero Ama... —expuso ella sorprendida—. No tenías por qué, de verdad...

—Sí tenía por qué. Quería hacerlo. Está hecha para ti expresamente —especificó.

Detalles que a Liv le sobraban, porque hablaba de un interés y una consideración especial hacia ella.

Lo que había en el interior de la caja era una pulsera completa del diseñador con todo tipo de charms. Uno de ellos reflejaba su edad, veintiocho años, el otro un trébol, un corazón rojo, un donut, unas llaves, un libro, un bulldog francés, un mini Rover, un caramelo como los smiling, una mano de fátima y una zapatilla sneaker.

—Lo de la mano de Fátima es por tu madre. Los del Sur son muy creyentes, y tú tienes sangre Cordobesa así que pensé que te iría bien contra el mal de ojo... A ver si te libras de todo lo malo —le guiñó un ojo dejando claro con ello que se refería a Zac.

Liv no sabía ni qué decir.

La pulsera era preciosa, llena de brillo y de color, muy juvenil, justo como a ella le gustaban. Pero Amador no tenía que ser la persona que le regalase ese tipo de presentes. Y si era solo un regalo de amigo, era un regalo de amigo muy caro. No le gustaba que invirtiesen tanto en ella.

—Ama... —la admiró sin sacarla de la caja—. Dios mío... Es muy bonita.

—¿Sí? —dijo feliz—. ¿Te gusta?

—Por supuesto que me gusta. ¿Cómo no iba a gustarme?

Pero, yo... No puedo aceptar algo a...

—Como acabes la frase, Liv —la cortó muy serio tomando la pulsera con sus dedos—. Te juro que abandono la empresa, vendo la fórmula de los caramelos a la competencia y te dejo en la estacada.

—¡No serías capaz! —protestó ella asombrada.

—Entonces, no me digas que no puedes aceptar el regalo de un amigo —sus ojos azules inmovilizaron los de ella, de un tono más verdoso—. Te mereces que te hagan regalos y que te mimen. Y tú eres mi amiga. Y me apetece, caramba. No tengo que darte explicaciones. Pásame tu muñeca, anda —le ordenó.

Livi dudó entre si aceptar o no el regalo de Ama, pero le supo muy mal rechazarlo porque era un amigo de la familia y porque también era un buen amigo suyo. No de uña y carne, pero sí de los que a diario le alegraban el día.

Aunque últimamente Amador parecía estar interesado en ella de otra manera más íntima, Olivia se encargaría de marcar las distancias en el momento en el que él se propasara de verdad.

Mientras tanto, acercó su muñeca a las manos de Ama y permitió que él colocara el hermoso brazalete repleto de abalorios.

—¿Ves, rubia? Te queda perfecto —sonrió orgulloso—.

Tengo un ojo para las medidas... —se felicitó—. Soy un máquina.

Liv osciló los párpados y acarició cada uno de los abalorios, centrada en los detalles de cada figura.

—Estás tarado.

—Pero te queda genial —afirmó mirándola de reojo con gesto sonriente.

—Gracias.

Livi no solo le estaba agradeciendo la pulsera. En ese momento le estaba dando las gracias por cuidar de ella a su manera, por hacerla sonreír, por los desayunos, y por ser tan buen compañero de trabajo.

A veces, Liv aún se sorprendía esperando una llamada de Zac durante el día. Una en la que él preguntaba qué tal, aunque no entendiera una mierda del negocio de los caramelos de triptófano.

Ella le contestaría que muy liada como siempre, y le diría lo que ha comido y, si su relación fuera como al principio, acabarían la

conversación diciéndose lo mucho que se echaban de menos el uno al otro y las ganas que tenían de verse para arrancarse la ropa.

Pero había un momento en la vida en que todo lo bueno se acababa, y a veces, no encontrabas una razón coherente para ello.

Pero el fin estaba ya escrito. Como había sucedido con su matrimonio.

Ambos eran muy jóvenes, tenían toda la vida por delante para recuperarse de la decepción.

Aunque Liv lo dudaba porque la decepción vivida con Zac había sido muy dura, y todavía lo era. Hasta que no se separaran ni uno ni otro podrían sanar a solas.

Zac no tendría problema porque puede que cicatrizara sus heridas con Janira.

Pero ella... Ella solo disponía de esos días de aventura y experiencia junto a Sair. Y esperaba que él le ayudara a recuperar la autoestima perdida, o de lo contrario, cuando Zac se fuera, no sabría qué mierda hacer con su vida, porque no era lo mismo sentirse sola aún viviendo acompañada, que vivir sola de verdad.

Y a decir verdad, sabía que lo peor era lo primero, pero lo más difícil de asimilar era lo segundo.

No obstante no podía pensar en nada de eso en ese instante porque toda su atención se centraba en la puerta 169 que ahora tenía delante.

Los nervios se agolparon en su estómago.

Un golpeo. Dos golpeos.

Contraseña correcta, y la puerta se abrió de nuevo para mostrarle un universo de sensaciones que no sabía que añoraba tanto.

—Señorita Olivia —Alberto la saludó como siempre y la dejó entrar.

Liv ya sabía cual era el procedimiento.

—¿Cómo se encuentra hoy? —le preguntó el mayordomo mientras tomaba su bolso y su chaqueta entre las manos para guardarlo en el armario perchero de la entrada.

—Hola, Alberto. Muy bien gracias —inhaló profundamente y detectó en el aire aquel perfume, aquella esencia especial de Sair, que solo los más exclusivos serían capaces de llevar.

Número uno. Fue increíble porque con solo oler la fragancia, sus pezones y su entrepierna se activaron.

—Me alegro —contestó Alberto.

Sin más, le pidió que se diera la vuelta para cubrirle los ojos, con lo que Liv obedeció sin rechistar.

A ella seguía pareciéndole increíble lo que estaba haciendo, aunque su cuerpo reaccionaba deseoso de volver a encontrarse con Sair.

Sería el segundo encuentro con ese hombre cuyo rostro no vería jamás, pero cuyas manos reconocería para siempre.

Las puertas correderas se abrieron y Liv entró en el salón, invadido de nuevo por la música. Sair era un hombre sensual y muy musical.

Esta vez era el *Stay with me* de Sam Smith el que iba a ambientar los primeros minutos de su encuentro.

Liv se sacó los zapatos de los pies de una patada para agilizar el trabajo.

—Hola, sundara.

Percibió su acercamiento y cómo él se quedaba a solo unos milímetros de distancia de su cuerpo. Ella se pasó la lengua por el labio inferior y carraspeó. Era ese timbre de voz, que como la música de las sirenas, provocaba que todo vibrase en su interior.

—Hola, Sair.

—Vaya... ¿Tienes prisa?

—No. Pero me duelen los tacones una barbaridad —dijo con ocurrencia.

—¿Necesitas un masaje?

—Necesito tantas cosas —murmuró cuadrada frente a él como un militar.

—Y yo te las daré todas. He estado pensando en ti todo el día —murmuró en voz baja sin tocarla todavía.

Ella no le contestaría lo mismo, porque no quería parecer una mujer tan desesperada.

—¿Has pensado tú en mí? —le preguntó colocándole sin más la manaza por dentro de la falda hasta abarcarle la nalga derecha.

—A ratos —contestó mordiéndose el labio cuando sintió cómo sus dedos se colaban por su entrepierna.

Él hizo ese ruido característico de su risa.

—Entonces, es que debo esforzarme más —retiró la mano y la dejó huérfana de caricias.

Ay, joder. Si se esforzaba más la destruiría para siempre.

Liv se encogió de hombros y esperó a que él volviera a tocarla y a decirle alguna tontería. Pero el silencio se espesó y acabó incomodándola.

—¿Sair?

—Sí.

—No sabía si te habías ido... —No. Seguía ahí, pero sentía sus ojos sobre su persona, como si se embebiera de ella o como si su intensidad se debiera a algo que le desagradaba.

—No, sundara. Sigo aquí. ¿recuerdas que ayer te dije que por ser el primer día las cosas se harían a tu manera?

—Sí.

—Pues bien. Hoy es el segundo.

¿Y eso qué quería decir? Lo descubrió enseguida.

Sair la besó con un hambre violento y rapaz. La cogió de la cabeza y la inmovilizó alzándola de puntillas para colarle la lengua en su interior, al tiempo que sus rápidas y ágiles manos le quitaron la

blusa negra y ajustada que llevaba, y la falda del mismo corte y color. Le arrancó las medias, no anduvo con delicadezas de ningún tipo.

No obstante Liv no sintió ningún miedo de lo que le hacía.

Cuando le arrebató el sostén de encaje plateado solo la dejó con el tanga del mismo conjunto. Liv se quedó con eso, el pelo suelto y únicamente el brazalete que le había regalado

Amador y que lucía en la muñeca derecha.

Sair respiraba como un animal salvaje pero tomó su muñeca con delicadeza y la sostuvo levantada, como un caballero que pidiera un baile a una dama o por el contrario, como un animal hambriento dispuesto a morderle los dedos.

Pasó la punta de los dedos por la pulsera y le preguntó:

—¿Qué es esto?

—¿Eh?

—La pulsera —giró su muñeca para admirarla.

A Liv le extrañó el tono de desagrado y desafío que había empleado Sair.

—Es un regalo.

—¿De quién?

—De un compañero del trabajo —el frío de Sair la bañó por entera.

—¿Un compañero de trabajo? ¿Qué tipo de compañero?

—Mi subdirector de marketing. Él...

—¿Qué tipo de compañero te regala una pulsera completa de Thomas Sabo? Debe costar unos quinientos euros.

—Yo también me he sorprendido.

—Pero la has aceptado.

—Sí, bueno. Él es mi amigo, y amigo de la familia de hace mucho tiempo...

—Olivia.

—¿Qué? —dio un respingo.

—En las condiciones de nuestro acuerdo te dije que ninguno de los dos veríamos a nadie más durante nuestro interludio.

—¡Yo no tengo nada con Amador!

—¿Amador? —repitió—. ¿Se llama así?

—Sí.

—¿Aceptas regalos caros de Amador y no aceptaste mi pluma? —incidió manteniendo el control en todo momento.

—¡No es lo mismo! —protestó sintiéndose indefensa—.

Las consecuencias entre aceptar un obsequio u otro son distintas para mí.

—Si aceptas un regalo así —sacudió la pulsera— estás incentivando a un hombre para que te haga más. Y estás incumpliendo nuestro trato. ¿Quieres que lo rompa?

—¡¿Qué?! ¡No!

—Perfecto. Porque mientras estés conmigo, no quiero a ningún hombre rondándote, sundara —Sair tiró de su muñeca y la pegó a su cuerpo—. No quiero nada de otro en tu piel,

¿me oyes?

—S-sí —aseguró ella tartamudeando.

—Bien. Quítatela.

¿En serio era tan territorial? Le sorprendía que un hombre tan culto y de clase tan alta tuviera un instinto primitivo y celoso.

—¿Tanto te molesta?

—Olivia, a ver si me entiendes —susurró mordiéndole el labio inferior—. Mientras te folle, no quiero nada de otro hombre entre nosotros. Ni alianzas, ni pulseras. Me gusta la exclusividad.

Ella cogió aire ante la crudeza de sus palabras, pero no se disgustó. Le dio rabia que pensara que ella alentaba a Amador a que se comportara así, cuando hacía justamente lo contrario.

Pero, ¿qué sabía Sair de su vida? Nada en absoluto. Además, habían acordado precisamente eso. Su relación se trataba solo de

recuperar viejas sensaciones y entregarse al placer. No tenía que contarle nada más.

—Como quieras, Sair. Pero no me la voy a quitar.

—¿Qué?

—No veo —se corrigió ella—. La pulsera tiene muchos abalorios y no sé cuál es el cierre, y dado que solo tenemos dos horas, lo mejor será que me la quites tú si quieres —espetó.

Sair no tardó ni dos segundos en apartar a Thomas Sabo de su muñeca y seguidamente entrelazó los dedos de su mano y la guió por el salón.

—A partir de hoy, te pones en mis manos, Olivia —le recordó entrándola en la habitación—. Quiero que te dejes llevar y que no temas.

Cuando la dejó en la cama King y Liv sintió la suave tela a su espalda en su piel desnuda, toda la piel se le erizó.

Percibía las ganas de dominar de Sair, y también la decepción momentánea por haber visto esa pulsera en su muñeca.

Y Liv odiaba haberle decepcionado.

—Sair.

—Chist, Olivia.

Él se colocó encima de ella y la aprisionó contra el colchón, y fue entonces cuando Liv advirtió que su celoso desconocido estaba tan desnudo como ella. Lo había estado desde el principio. Su piel ardía y la calentaba.

Sair la tomó por las muñecas y pasó un pañuelo suave y sedoso a su alrededor, hasta atarle las manos en lo que era el cabezal de la cama. La estaba atando, inmovilizándola. Dejándola completamente indefensa.

Sus manos se desplazaron por cada recoveco de su cuerpo, como si fuera el amo y señor, haciendo que ella se retorciera de placer.

—Quiero que te sientas deseada y que veas cómo puedes llegar a enloquecer a un hombre.

Tras esas palabras, Sair le bajó el tanga y la dejó completamente desnuda. Su vello rubio y corto le encantaba, pero más le apetecía hurgar en lo que ocultaba.

La tomó de las rodillas y la abrió por completo a él. Como si no quisiera perder el tiempo dejó caer la cabeza entre sus piernas y abriéndola más con los pulgares, empezó a lamerla con intensidad y paciencia, sin dejar un milímetro de su tierna piel interior sin humedecer con su boca.

Liv se quedó sin aire al experimentar la maravillosa sensación de los dientes, los labios y la lengua poderosa de Sair entre sus pliegues.

Se mojaba a la velocidad de la luz, y su clítoris se hinchaba sin resuello. Cuando Sair empezó a fustigarlo y a succionarlo para inflamarlo más de lo que estaba, Livi se agarró a la tela de seda que le oprimía las muñecas porque temía salir volando de ahí.

Necesitaba correrse. Y Sair lo sabía, pero su objetivo era volverla loca como loco estaba él por ella, aunque Liv pensó que lo que necesitaba era castigarla.

—¡Sair!

Él no contestaba, centrado como estaba en saborearla y en meterle la lengua en el interior. Pero no le permitía la liberación. Le temblaban las piernas por la tensión, y no las podía cerrar porque Sair las mantenía así.

Y de repente, él se detuvo, pero no para irse y alejarse.

Sino, para hurgar en su interior pero esta vez con los dedos. Y mientras la penetraba y le metía dos de golpe, su lengua volvía a succionar y a lamer aquel botón de placer clitoriano.

Liv daba gracias de tener los ojos vendados porque los tenía en blanco y se estaba quedando sin aire por intentar controlar el orgasmo que se concentraba en su vagina y en el interior de su vientre, detrás del ombligo.

—Estás tan hinchada —murmuró Sair con gusto—. Eres tan receptiva, Olivia.

Sair curvó los dedos en su interior y frotó un punto en ella que la lanzó fuera de su cuerpo, volatilizada por el orgasmo que estallaba en su interior y fuera de ella.

Una sensación interminable que continuó alargándose cuando Sair apartó los dedos, la alzó de las caderas y la penetró de golpe. Estaba muy resbaladiza aunque le impresionó igual, por eso gritó impactada.

Pero Sair no se detuvo, la poseyó como un animal, sin darle tiempo a acostumbrarse. Salía y entraba hasta adentro, hasta que sus testículos golpeaban las nalgas y la ensanchaban más y más.

Él gimió y le introdujo los dedos en el pelo rubio para agarrarlo en dos puñados y seguir bombeando en su interior.

El grito de él cuando se corrió fue parejo al sollozo de ella cuando encadenó el segundo orgasmo con él en su interior.

La cama con Sair, con lazos, con cuerdas, con pañuelos o con lo que él quisiera, era increíble. Y si esa era su manera de marcarla y de decirle que estaba celoso, entonces, mañana se presentaría con dos pulseras más.

CAPÍTULO 10

Cuando Sair la desató por fin, faltaban veinte minutos para su toque de queda. Liv pensó que nunca jamás podría volver a cerrar las piernas o a caminar con normalidad.

La intensidad y la vehemencia de Sair con ella la habían dejado temblorosa, agotada y con una sensación agridulce en la boca que Liv todavía tenía que analizar.

Siempre pensó que hacer el amor debía de ser suave y dulce, no aquella demostración de masculinidad y fuerza sobre ella, pero no le desagradó. Saber que era capaz de desatar una tormenta como aquella en un hombre hizo que se sintiera poderosa como una diosa.

Sus cuerpos se habían pegado empalagosos por el sudor y ambos luchaban por recuperar la respiración con normalidad.

—¿Estás bien? —le preguntó Sair.

Liv asintió, sonrojada como nunca, con algunos mechones largos y dorados de su pelo en la cara, que Sair se encargó de retirar con delicadeza. La misma que no había mostrado para hacerle el amor.

No estaba ofendida por el trato recibido. Acababa de dejarse atar por él, para que la poseyera como un bestia, a placer, sin control alguno. No obstante sabía que si le hubiera ordenado parar, él lo habría hecho.

Los labios de su amante besaron el interior de sus muñecas con un cariño teñido de admiración que volvió a emocionar a Liv. Bajo el pañuelo de seda negra, sus ojos se empañaron de lágrimas que él

no vería, porque esa sensación agrisulce que nacía en su pecho y provocaba aquel regusto en su lengua, no era otro que pena. Pena por no poder ver a ese hombre que en tan poco tiempo le estaba ayudando a conocerse a sí misma, y tristeza por no haber experimentado nada así en manos de aquel de quien había estado tan enamorada.

—¿Sundara?

—Sí, Sair. Estoy bien.

—No lo estás. Lloras bajo el refugio de la seda. ¿Te he hecho daño? —su voz parecía compungida.

Liv negó con la cabeza y bajó los brazos con dificultad, los había tenido demasiado tiempo en la misma posición.

—Ha sido... intenso.

—Te has corrido cinco veces en una hora y media.

—Sí. Y eso acaba de sonar muy petulante por tu parte.

Él dejó ir el aire y se estiró a su lado, pasando la mano por su cuerpo, acariciándola y venerándola como si fueran las manos de un escultor y ella su preciada obra de arte. Le daba besos por todas partes. En el pecho, en los hombros, en el cuello, en la cara... Como si cada uno de ellos le demostraran que era preciada para él. Que estimulaba su parte animal, pero también su parte tierna y cariñosa.

—Pierdo el sentido del tiempo contigo. Superas las expectativas de mi imaginación.

Liv no pudo decir nada sobre las suyas, porque nunca había imaginado acostarse con otro que no fuera Zac, y todo eso le venía de nuevo.

Después de cinco minutos reposando, Sair la llevó al baño, donde él mismo la lavó en la ducha.

—Tendré cuidado de no mojar te el pelo —le aseguró él—. Deja que te limpie.

Liv asintió y se permitió abandonarse a ese trato exquisito. Lo hacía con una confianza sublime, tocándola como si de verdad fuera

de él.

Después, la cubrió con una toalla de un tacto suave y esponjoso y la secó poco a poco, para acabar rodeándola con ella y abrazarla contra él.

No había dudo de que Sair era alto y grande, porque Liv apoyaba la mejilla en su pecho estando los dos de pie.

—Tengo algo para ti —le anunció mientras estaban abrazados.

—¿Algo? —Liv levantó la cabeza como si así pudiera verlo, aunque no lo hacía—. ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque me apetece, Olivia. Y porque puedo regalarte lo que quiera mientras estemos juntos.

Sair se alejó de ella para recoger su ropa y vestirla como a una cría. A Liv le parecía extraño dejarse cuidar de esa manera, pero a su modo también lo agradecía. No tenía que pensar en nada. Otro lo hacía todo por ella, y eso era muy liberador, porque cambiaba su rutina diaria de los últimos tres años.

—Me he quedado la pluma, Sair —replicó ella—. Ya es mucho.

—Y también te has quedado el regalo de ese Amador —dijo aún enfadado—. No lo has rechazado. A él no le ha costado nada convencerte.

—Porque la intención no es la misma.

—Sí lo es —Sair pasó el pulgar por la boca de Olivia y añadió adusto—. Su intención es la misma de cualquier hombre que te vea.

—¿Y cuál es?

—Poseerte.

Olivia arqueó las cejas rubias y sonrió.

—No soy una posesión.

—No. No lo eres —aseguró él—. Aunque eres lo más precioso que nunca he tenido.

A Liv esas palabras le sonaron tan sinceras que no podía comprender como un hombre que podía tener lo que quisiera, lo más exquisito, dijera que ella era lo mejor.

—Eres muy halagador, Sair —concluyó con timidez.

—¿No sientes nada por Amador? —insistió—. ¿Alguna vez has tenido deseos de estar con él?

Liv se quedó de piedra.

—Nunca, jamás —aseguró vehemente—, he pensado en otro hombre que no fuera mi marido. Yo quiero... He querido a Zac mucho —se corrigió—, y si hago esto ahora es porque... No sé por qué —aclaró confundida.

—Perdona, no tienes por qué darme explicaciones.

—Pero sí las quiero dar. Va a ser la última vez que hable de él aquí —le advirtió—. No quiero que te hagas una idea equivocada conmigo, Sair. He sido siempre fiel a mi marido, pero nuestras circunstancias son delicadas en estos momentos y no hay nada que pueda recuperar de nuestra relación. He tomado esta decisión porque las condiciones me permiten liberarme sin ponerle cara a este affaire —intentaba convencerse a sí misma.

—Puede que no me veas, sundara —Sair la tomó del rostro para atraer su atención y alejarla del malhumor—. Pero me sientes.

—Sí. Pero ya sabes el dicho: «Ojos que no ven, corazón que no siente». Y no pienso hablar más del tema. Ni de Zac, ni de Amador, ni de nadie...

—Está bien, fiero —Sair le dio un beso en los labios y juntó su frente a la de ella—. Tienes razón. Discúlpame. Me encela que otros que no te llegan ni a la suela de los zapatos pretendan agasajarte y seducirte. Estos días eres solo mía.

—Sair. ¿No serás de Marruecos? —preguntó obtusa—.

Esa cultura es extremadamente machista y celosa.

—No. No soy moro —contestó divertido.

—Pues me sacas un peso de encima. Los celos son venenosos.

—Pero sí soy un hombre al que le gustan los derechos exclusivos. Y no me gusta que te ronden mientras estás conmigo.

—Amador es inofensivo, créeme. Y mi marido hace más de un año que no me toca.

—Lo he notado —mascujó mordiéndole la barbilla con suavidad.

—Y yo —aseveró sin complejos.

—Ten —le puso la pulsera Thomas Sabo en la palma de la mano y le recordó—. Póntela cuando quieras. Pero no la lles en mi presencia.

—Entendido.

—Y ahora ven, sundara —Sair la tomó de la mano y la guió de nuevo hasta el salón—. Te daré lo que tengo para ti.

Liv empezaba a orientarse exquisitamente bien con los ojos cerrados.

No ver agudizaba mucho más sus otros sentidos. Sabía donde estaban los sofás, la mesa de centro, el espacio que delimitaba la alfombra...

El olor, por ejemplo; la fragancia de Sair la embriagaba como el buen vino. El tacto; sus manos incitaban a su cuerpo a ser más accesible. El oído; las palabras murmuradas eran mucho más eróticas cuando no veías a su emisor. Y el gusto; el sabor de Sair era igual de exclusivo que él, y muy adictivo.

El hombre le puso en las manos una caja con un envoltorio satinado.

—No quiero que lo abras ahora —le pidió Sair cubriendo sus manos.

Claro que no. No iba a arriesgarse a verle.

—Cuando llegues a tu vehículo, lo abrirás. Y a partir de ahora, todos los días, lo único de otro hombre que lles en el cuerpo será esto.

Olivia asintió, aunque seguía violentándola recibir regalos. Conociendo a Sair como empezaba a conocerle, no sería un simple detalle hecho a mano.

Se despidieron con un beso en los labios, y cuando Olivia cruzó el umbral de las puertas correderas, el solícito Alberto procedió a quitarle la venda de los ojos y a facilitarle su bolso y su chaqueta, como siempre.

En el ascensor, Liv observaba entre el miedo y la fascinación aquel nuevo regalo.

Tenía pavor a abrirlo y darse cuenta de que fuera lo que fuese no podría aceptarlo.

Y así fue.

En el coche, Liv abrió el obsequio con manos temblorosas, y la estupefacción cubrió sus hermosas facciones. Muerta de curiosidad extrajo el frasco en forma piramidal de la firma

Baccarat, con piedras brillantes que parecían ser diamantes y fragmentos de oro de verdad. Madre de Dios. Era un perfume llamado Imperial Majesty, de Clive Christian. Como la colonia

Número Uno de Sair.

Olivia buscó información sobre ese perfume, y descubrió que era el más caro del mundo, del 1872, mandado hacer por la Reina Victoria.

Liv lo abrió con miedo a que su aroma se escapara, y se dejó llevar por sus connotaciones florales con una pizca de limón y vainilla.

En definitiva. Una fragancia deliciosa, que necesitaba un año en elaborarse y que costaba doce mil euros la onza. Se echó un par de gotas en la punta de los dedos y deslizó la esencia por la piel de la garganta. Olía tanto y tan bien que un par de gotas bastaban. Era como llevar un vestido invisible.

—Está loco —susurró convencida.

Olivia cerró los ojos asustada y guardó el frasco en el bolso, con miedo a mostrarlo, donde también escondía la pluma que se vio obligada a aceptar.

Si por algún casual alguien la asaltaba, sin comerlo ni beberlo se llevaría un botín de unos quince mil euros de golpe.

Necesitó varios minutos para recuperar el temple y emprender el camino a su casa.

No le enseñaría a nadie el regalo. Ni siquiera a Tere y a

Fina, que no dejaban de mandarle whatsapps para saber cómo estaba y averiguar si había decidido o no conocer a su anónimo.

Sí, lo había decidido y no se arrepentía en absoluto.

Se colocó la pulsera de Amador en la muñeca, y la alianza de casada en su dedo anular. Encendió la música y al ritmo de

Everybody likes to Party de Marc Korn y Clubraidors arrancó el Mini Rover.

Se acababa de ir del hotel, y estaba deseando regresar al día siguiente.

Al llegar a la entrada de su casa, por poco tira la moto del vecino de al lado, una Burgman negra metalizada, que siempre aparcaba en la calle y mal. Un día la haría caer al suelo y tendrían un problema.

Las puertas automáticas de su residencia se abrieron y Liv dejó el coche aparcado en el cobertor de madera al lado del Wrangler de Zac, como siempre. El pobre vehículo acabaría roto por no usarse. Como su matrimonio.

Zac no sabía cuidar las cosas.

Se atusó el pelo y el maquillaje y cogió la bolsa Calvin

Klein negra que utilizaba cuando iba al gimnasio. Se suponía que esos días llegaría tarde porque se había apuntado al DIR de la Diagonal, y si Zac la veía entrar mejor que la viera con ella, para poder interpretar el papel mejor.

A Zac le dio igual si ella llegaba tarde o no, tampoco se interesó demasiado en por qué se apuntaba a un gimnasio cuando ella salía a correr todas las tardes con Caballo.

Si alguien salía perdiendo por su nueva y momentánea rutina, ese era su Gran Danés. Pero Liv no sería tan cruel de no sacarlo luego. Le daría una vuelta enorme ahora mismo.

Caballo no corrió a saludarla como hacía siempre, y eso la extrañó. Con pasos presurosos, tomó las llaves de la puerta entre los dedos y subió los tres escalones de madera del porche exterior, adosado a la estructura de la casa. Observó las plantas de la entrada y pensó en regarlas esa misma noche.

—¿Ya estás aquí?

La voz de Zac hizo que diera la vuelta sobre sí misma.

La silueta de Zac era imponente recortada por la oscuridad de la noche que caía como un manto sobre su jardín, iluminado solo por las farolas del suelo.

Zac vestía con pantalón corto negro, un para vientos

Nike amarillo fosforescente y utilizaba un calzado Asics híbrido, de montaña y ciudad. Sus piernas, tan musculosas y grandes siempre le habían atraído. Le dolió pensar que no le dejaría por falta de atractivo, porque Zac le gustaría siempre.

Sino, porque había malgastado el amor que sentía por él.

Liv lo miró aturdida. Caballo estaba a su lado, con la lengua fuera, agotado de la carrera. ¿Lo había sacado? ¿Se habían ido a correr juntos?

No se lo podía creer. Llevaba dos años sin hacerlo y ahora de repente lo hacía.

—¿Zac? ¿Eres tú?

—Claro que soy yo —sonrió con dulzura, como si comprendiera que ella se extrañase al verlo.

—¿De verdad?

—Livi, ¿tanto te extraña?

—¿Me has visto la cara? —se señaló el rostro ojiplático—.

¿Qué mosca te ha picado para salir a correr con Caballo?

—Sabía que ibas a llegar tarde, y yo necesitaba salir a correr. La ansiedad por acabar el libro me está matando y tengo la necesidad de agotarme físicamente para escribir mejor, como

Haruki Murakami —argumentó sincero.

Caballo tiraba de la correa porque necesitaba saludar a su dueña, pero Zac aún lo sujetaba. ¿Haruki Murakami? Ah, sí.

Recordó que una vez le regaló un libro llamado ¿De qué hablo cuando hablo de correr?, que lo había escrito el mismo autor de Tokio Blues.

—Vaya —musitó incómoda—. Entonces, ¿es verdad que lo vas a acabar?

—Sí —aseguró encogiéndose de hombros con una sonrisa arrebatadora—. Increíble, ¿verdad?

La relación entre ellos no era como la de antes. Se había enfriado, no se hablaban como siempre lo habían hecho, y los dos eran muy conscientes de ello. Más Olivia que Zac.

Livi asintió con la cabeza e hizo un gesto de incredulidad.

—Y que lo digas. ¿Cuánto te queda?

—Probablemente unos días más y todo habrá acabado.

«Sí —pensó dolida—, todo habrá acabado».

Ambos intercambiaron un par de miradas recriminatorias, pero no se dijeron nada más. Zac soltó a Caballo que se lanzó a por Livi, manchándole la ropa de barro, aunque a ella no le importó.

—Te ha puesto perdida —Zac subió las escaleras y se acercó de golpe para azotarle las nalgas y los muslos, manchados de tierra—. Deja que te limpie.

—¿Qué? —Liv se dio la vuelta rápidamente y se apartó avergonzada.

Eso mismo le habían dicho esa tarde, pero en condiciones completamente diferentes.

Caballo no dejaba de meterle el hocico entre las piernas, y ella lo apartaba con la mano. Y después, el perro seguía olisqueándola como si ella fuera un hueso o un ente extraño, una de dos.

Dios. ¿Estaría oliendo a Sair?

—Caballo, no seas pesado —la regañó ella intentando abrir la puerta de la casa—. Quédate aquí. Sit —le ordenó—.

Eso es. No puedes entrar con esas patazas sucias —le rascó debajo de las orejas—. Ahora te limpio.

—¿Qué es esto?

Zac la tomó de la muñeca y la alzó para observar la pulsera con sus ojos negros y penetrantes, tan oscuros como sus largas pestañas.

—¿El qué?

—La pulsera, Olivia. ¿Es nueva? —preguntó con interés.

—¿Desde cuándo te fijas en lo que llevo? —espetó asombrada con un leve deje de irritación.

—Yo siempre me fijo en lo que llevas. Eres mi mujer —contestó instigador.

—Sí, bueno...

—¿Qué quiere decir eso?

—Nada, Zac. Entremos en casa.

Olivia no se lo podía creer. Ahora resultaba que Zac, que le había dado un aire para sacar a su perro por primera vez en siglos, también estaba pendiente de ella, de lo que se ponía y lo que no.

—No te la había visto jamás —insistió.

—Eso es porque me la han regalado hoy.

—¿Quién? ¿Tere y Fina?

—No, Zac —contestó bruscamente—. Ama.

—¿Amador te ha regalado esto hoy?

Liv abrió la puerta y entró con paso firme.

—Sí, Ama me lo ha regalado —argumentó sin más.

—¿Y se puede saber por qué ese tipo te hace estos regalos?

—inquirió con malhumor.

Zac nunca montaba números ni gritaba, pero su rostro se tornaba pétreo y tenso cuando se cabreaba, como en ese momento.

—Porque le ha dado la gana.

—¿Y a ti te ha dado la gana de aceptarlo?

Caballo notó la tensión en el ambiente y desobedeció a Liv.

—¡Caballo no! —le ordenó ella con el dedo.

—¿Por qué aceptas los regalos de ese pomposo?

—Amador no es pomposo. Es mi amigo —concedió sin mirarlo—. Caballo no te muevas. Voy a por un trapo.

—Un amigo no te hace regalos así, Livi —la fustigó con tono disgustado, siguiéndola por el salón—. Ese tío te está tirando los tejos y...

Liv se dio la vuelta furiosa y lo encaró sin acercarse a él.

—Ese tío, Zac, me ha hecho el regalo que mi marido no me hizo por mi cumpleaños.

—Hostia —palideció.

—¿Te acordabas, Zac? —le increpó con animosidad.

—¿Por qué no me lo recordaste? Sabes que soy olvidadizo...

—¿Acaso tengo que recordártelo? ¿En serio? ¿No ves que no es normal? Tengo que recordarte cuando es nuestro aniversario de bodas y cuando es mi cumpleaños porque para variar

—alzó los dedos para hacer un entrecomillado visual—, mi marido se ha olvidado de nuevo. Así que no te enrabies con

Ama por que él se acuerde y pueda hacerme estos regalos y tú no. ¡Enfádate mejor contigo mismo por ser tan descuidado conmigo!

—Joder —Zac dejó caer la cabeza y se puso las manos en la cintura—. Joder... Qué gilipollas soy. Liv, lo siento... Lo siento de

verdad. El trabajo me absorbe.

—¿Qué trabajo, Zac?! —lo acusó ella harta de esa tontería—. ¡No estás ganando ni un euro desde que escribes! ¡Es un maldito hobby! —explotó—. ¡Un hobby que lo ha destrozado todo!

Necesitaba mantener la calma. Si continuaba, le echaría en cara que había descubierto su historia con Janira, y al final ella tendría que reconocerle que había estado con otro hombre. Pero Zac no había acabado aún la novela, y no iba a hacerle eso. Lo descentraría, y aunque su dichoso libro le había hundido la vida, al menos, que lo acabara y que hiciera lo que quisiese con él.

A él le ofendieron esas acusaciones y apretó la mandíbula ofuscado.

—Da igual, Zac —alzó las manos como si no le importara—. No importa ya.

—Sí importa. Liv, joder... —la tomó por los antebrazos—. No te vayas. Espera. Mira, mañana te invitaré a cenar

—le sugirió afectado por su gravísimo error—. Lo solucionaré.

—¿Con qué dinero?

—¿Golpes bajos, Livi?

—No, Zac. No pretendo ofenderte, de verdad —reconoció abatida y arrepentida—. Vamos a dejar pasar esto. Céntrate en acabar el libro y después, con tu proyecto finalizado, regresa al Periódico. Necesitas trabajar.

—No confías en que mi novela tenga una salida, ¿verdad?

—dejó de sujetarla y sus manos cayeron muertas a cada lado de sus caderas.

—No lo sé, ya que no me la has dejado leer —lo acusó—.

Como sea, no es fácil escribir un libro. Yo sería incapaz —aseguró—. Pero escribir no es publicar ni ganar dinero. Por eso, cambia el chip cuando acabes el manuscrito. Tienes que espabilar y volver al mundo real —alzó la mano para acariciarle la mejilla como a un amigo muy querido—. ¿No te das cuenta?

Zac retiró la cara y asintió alejándose de ella.

—Sí. Sí me doy cuenta —afirmó no muy convencido.

Echó un último vistazo a la pulsera y se dirigió a las escaleras—.

Dale las gracias a Amador —pidió con sorna.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por comprarte la pulsera que supuestamente yo no puedo comprar —dijo a boca jarro.

Liv permaneció sola y en silencio en el salón. Aquella discusión ya no era tan diplomática ni cuidadosa como las anteriores. Esta vez, sí habían ido a hacer daño, aunque distaba mucho de lo que podrían llegar a decirse cuando se dijeran todas las verdades a la cara.

Liv se acuclilló en el suelo, y se dispuso a limpiar con atención las patas embarradas de Caballo.

El animal le lamió la cara y absorbió el gusto salado de sus lágrimas.

A Liv pocas le quedaban ya. Y eso era lo más triste de todo.

CAPÍTULO 11

El olvido y la desidia eran solo unas gotas de Majestic en su cuerpo desnudo.

Cada tarde, Liv se entregaba religiosamente a las atenciones y los placeres de la carne que Sair le ofrecía sin pedir nada más a cambio que su propio cuerpo.

Aunque, cuanto más pasaba con él, más sospechaba que ese «nada a cambio» no era real. Entre dos personas siempre se entregaba algo, y ese algo a uno le dolía más que al otro.

Liv ya no podía pasar una tarde más sin su desahogo personal, porque cuanto peor y más tensa estaba su historia con Zac, más intensos y desinhibidos eran sus encuentros con Sair, como si ese hombre pudiera hacerle olvidar la desgracia personal que vivía entre los muros de su casa.

En esas tardes de abandono y decadencia, eran las paredes de la suite colonial las que se convertían en su hogar. Liv se encontraba más acogida allí que en su propiedad. ¿No era irónico?

Sair le mostró un mundo de sensaciones que nunca imaginó que podría experimentar.

En la semana siguiente, no hubo nada que no probara y no tocara.

Como por ejemplo, la tarde en la que solo se centró en sus pechos y los torturó durante las dos horas que disponían.

Todo empezó cuando él le preguntó si estaba contenta con su cuerpo.

Liv permanecía plantada ante él, que se había sentado en el sofá para contemplarla a ella con sus ojos vendados, sus gotas de perfume en el cuerpo, el pelo rubio y suelto y el labio inferior hinchado de sus mordiscos nerviosos.

—No estoy acostumbrada a ir desnuda —confesó Olivia tímidamente.

—¿Acaso tu marido no ha disfrutado de tu cuerpo?

—Ya te he dicho que nuestra relación está muy muerta desde hace mucho tiempo.

—¿Cómo eran vuestras relaciones?

—No. No, por favor —la cortó ella negando con la cabeza—. Esas preguntas entran dentro del terreno personal, y si tú no estás dispuesto a hablarme sobre nada de lo tuyo, yo también me reservaré esa información para mí. Es lo justo.

—¿Lo justo?

Olivia escuchó como Sair se levantaba del sofá y caminaba hacia ella, completamente desnudo tal y como la había recibido. Lo sabía porque su verga, siempre a punto, le había rozado la entrepierna en el íntimo abrazo de bienvenida que le había dado.

—Lo justo sería que tu marido no pudiera quitarte las manos de encima.

—Sair. No hablemos de él —le propuso incómoda.

—Tienes razón. Disculpa. Es que...

Olivia se quedó sin respiración cuando sintió sus manos sobre sus pechos y los amasó como si estuviera trabajando pan.

—¿Es que qué?

—No lo puedo comprender. No puedo comprender como un hombre en una edad activa, pueda ignorarte, *sundara*.

Debería ser pecado —la acercó a él y la guió de nuevo en el sofá, para colocarla de pie entre las piernas—. Si fueras mi mujer no

habría un solo día que no te poseyera.

—La pasión se apaga con el tiempo.

—Si dejas que el fuego se consuma sí —aseguró Sair—.

Pero la pasión, como el amor, se debe trabajar día a día. Tienes que seducir a tu pareja, atraerla, obligarla a que deje lo que esté haciendo para centrarse en ti, porque no pueda quitarte los ojos de encima. Como yo no pude hacerlo desde que te vi.

—Es complicado —Liv no quería romper lanzas a favor de Zac, pero el matrimonio era un ejercicio diario, como decía su madre, y habían parejas muy poco deportistas.

—¿Quieres que te enseñe lo que no dejaría de hacerte todos los días si fueras mía?

—¿Qué? —susurró inclinando la cabeza hacia abajo como si pudiera mirarle a los ojos.

—Esto, guapísima.

Sair abrió la boca y engulló un pezón con ansia.

Lo lamió y lo fustigó con la lengua hasta que estuvo bien húmedo y duro. Después, hizo lo mismo con el otro pezón.

A ratos los mordía levemente, después los chupaba, mamándolos con tantas ganas que arrancaba gemidos de placer de la boca de Liv. Cuando vio que ella ya no se sostenía sobre las rodillas, la sentó a horcajadas y la colocó sobre su erección al tiempo que la penetraba sin pausa.

La movía al ritmo de sus embestidas duras y concisas, y al compás de sus succiones impenitentes. Era una locura. Una locura deliciosa que Liv sería incapaz de detener.

Hasta que, con el cuerpo de gelatina, Liv se corrió con él en su interior, y Sair hizo lo propio.

Habían llegado a una complicidad brutal en cuanto al sexo se refería. Seguían sin saber mucho el uno del otro, pero sus cuerpos se conocían a la perfección.

Liv agradecía no verlo porque en las posiciones que él la ponía, se moriría de la vergüenza si se miraran a los ojos.

Como el día en el que Sair le propuso hacer un sesenta y nueve cuando ella aún ni siquiera le había masturbado. Él prefería centrarse en su persona, en su placer. Como decía siempre, su deseo y su liberación eran secundarios. Todo aquello era para ella.

Pero Liv quiso más. Más de ese hombre que tanto la ayudaba a aceptarse a sí misma y a liberarse día tras día.

Así que, cuando Sair la llevó a la habitación y la tumbó desnuda sobre la cama, entre beso y beso más ardiente que el anterior, Liv lo agarró del pelo y le dijo:

—¿Cuándo me vas a dejar que sea yo la que te toque?

—Olivia —exhaló con sorpresa—. No quiero que te centres en mí.

Ella hundió aún más los dedos en su pelo y pegó su frente a la de él, como tantas veces hacía él con ella mientras la poseía.

—He aceptado estos encuentros contigo para mi beneficio y mi autodescubrimiento, como dices. Pero me gustaría tocarte. Eso también me daría placer.

Él se quedó pensativo encima de ella, emocionado por oír semejante propuesta. Así que buscó un modo de que Liv no solo le diera placer a él, sino que también lo recibiera.

—Mientras yo te como, tú me probarás a mí.

—Bien.

—Pero te aseguro que es posible que no dure nada. Me correría con solo mirarte, ya lo sabes.

Liv sonrió cuando Sair rodó por la cama para quedarse debajo, y la cogió en volandas para colocarla en posición.

Ella estaba a cuatro patas, con la boca cerca de su miembro erecto, y su vagina abierta a la altura perfecta de los labios de él.

Palpó con torpeza sus muslos duros hasta que encontró lo que buscaba. El pene de Sair apuntaba hacia arriba y estaba cubierto

por un condón. Liv, que era muy gráfica, se imaginó su estampa, y sonrió atrevida. Eso así nunca lo había hecho.

Le quitó el profiláctico y lo dejó desnudo de verdad.

Lo sujetó con las dos manos, y pasó la punta de la lengua por su prepucio. Sair siempre olía a limpio, porque se aseaba para ella, como ella lo hacía para él. Cuando vio que aquello le gustaba, se atrevió a abrir más la boca y a engullirlo con lentitud. No le cabría en la boca pero le daba igual.

—Tranquila. Poco a po... Jo-der.

Él gimió como hacía siempre que estaba a punto de correrse.

—Olivia... No voy a durar nada.

—Si no he empezado —protestó ella.

Él decidió hacer lo mismo con ella. Cuando Liv succionaba, él le colaba la lengua. Cuando Liv le tocaba los testículos con una mano, él la chupaba y al mismo tiempo metía un dedo en su interior; se turnaban para ver quién volvía más loco al otro.

Hasta que Sair la apartó y alargó el brazo para coger otro preservativo de encima de la cama. Siempre los dejaba a mano.

Se lo colocó, y sin mover a Liv, que seguía de espaldas a él y con la cabeza cerca de su entrepierna, la levantó lo necesario como para empalarla en esa posición.

—Olivia, maldita sea —gruñó muerto de gusto cuándo vio cómo desaparecía por completo en su interior. Le levantó un poco las nalgas para verlo mejor.

—Es tan profundo —susurró ella sujetándose sobre sus velludas rodillas.

—Muévete.

Sair la animó a que se bamboleara de un lado al otro y lo ordeñara, encajándose en ella hasta el final. Liv lo apretaba como un puño.

Y después de un baile íntimo y de movimientos creados para enloquecer, Sair se incorporó, unió su pecho a su espalda, se

sostuvo a sus tetas y explotó en su interior, mordiéndole el hombro, marcándola.

Ella nunca se consideró una seductora ni tampoco demasiado hábil en temas de alcoba. Hacía lo que sabía para dar placer, que no era mucho. Pero con Sair se estaba convirtiendo en una experta.

Conocía el momento idóneo para moverse y el que no; sabía cuándo él estaba al límite de su aguante, apunto de explotar, y jugaba con ello.

Sair presentó ante ella un universo de exóticas sensaciones. No había nada que él no quisiera probar, ni nada que no quisiera besar o morder. Liv aprendió a ser devorada y a ser comida en todos los aspectos.

Sus encuentros iban más allá del contacto físico. Al menos, para ella. Era como si se conocieran de otras vidas, como si necesitaran poseerse para recargarse las pilas y acabar el día bien.

Y Liv empezaba a asustarse porque, cuanto más se veían, más preguntas se agolpaban en su cabeza y más curiosidad tenía por saber de él.

Merecía conocer al hombre que le estaba cambiando la vida.

Por otra parte, había otro hombre con el que estaba terminando un ciclo que al principio pareció hermoso, y después se convirtió en algo vulgar y solitario.

Con Zac no se veía desde de la última discusión. Ella llegaba de trabajar, a veces sacaba a Caballo, otras comprobaba sorprendida que él ya lo había hecho. Pero Zac solo salía de su buhardilla para darle una vuelta al perro. Para nada más.

Ni un hola. Ni un adiós. Nada. Se comportaban como auténticos desconocidos, sabedores de que lo que les unía hacía tiempo que llevaba sellada la palabra «fin».

Pero aunque Liv lo supiera, eso no menguaba su malestar.

Ojalá las cosas con Zac hubieran sido de otro modo. Pero eran así, y tenía que aceptarlo.

Una tarde, antes de salir del trabajo, recibió la visita sorpresa de Fina. Hacía varios días que no hablaba con sus amigas, porque temía revelar lo que estaba haciendo con Sair. Pero habían informaciones que las verdaderas amigas conocían sin necesidad de decir nada.

Su amiga de pelo rubio y ojos bondadosos, la esperaba sentada en la cafetería de las oficinas de los caramelos Smiling.

Su vientre lozano y abultado estaba cubierto por una camiseta fucsia de premamá. Llevaba unas geox de bota alta con tachuelas doradas y unos tejanos, y en ese momento que Liv la atisbó, leía con interés la carta de meriendas y desayunos de la cafetería.

—Aconséjame algo que me engorde mucho. Es hora de perder esta silueta maravillosa que tengo —dijo Fina guiñándole un ojo.

Olivia se echó a reír, la abrazó cariñosamente y se sentó en la silla de al lado.

—La bollería de panadería de este lugar es maravillosa.

Pide cruasán, donuts o magdalenas.

—¿Le echáis triptófano de ese también a la comida que hacéis aquí? —preguntó inquisitiva.

—¡No! —negó atónita.

—Oye, no me extrañaría nada, eh. No os culparía. Tenéis una fórmula mágica parecida a la de la Coca Cola. Yo se lo echaría a todo. Incluso al lubricante que compro de sabor fresa. Aunque ahora, voy cachonda perdida por los estrógenos del embarazo y lubricante ya no me hace falta.

—Estás fatal.

—No —dijo dramática—. Lo que estoy es preñada.

Venga, dime la verdad. No he visto nunca un lugar de trabajo con tanta gente sonriente. ¿Os chutáis?

Liv se encogió de hombros.

—Puede que les droguemos una pizquita —juntó el índice y el pulgar y los abalorios de su pulsera Thomas Sabo tintinearón y relumbraron.

Fina abrió unos ojos como platos y gritó:

—¡¿En serio?!

—¡No, Fina! —se rió de ella—. ¿Por quién me has tomado?

—No, joder. ¿En serio llevas esa pulsera? ¿Cuándo te las has comprado? —la agarró de la mano para contemplarla con fascinación.

—¿Yo? No me la he comprado yo. Me la regaló Amador hace unos días.

—¿Amador? ¿Amador «el reguapo» te ha regalado esto?

No me lo puedo creer.

—Sí.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Por mi cumpleaños.

—No. Este no es un regalo de cumpleaños. Se ha esforzado en buscarte *charms* que vayan contigo. Te está diciendo que te conoce mucho, que le encantas como eres y que, obviamente, quiere conocerte mejor —arqueó las cejas castañas—. Te lo dije.

—No empieces, anda.

—No lo hago. Es muy obvio. En fin, sigamos con el tema de las drogas. ¿Drogas a tus trabajadores o no?

—Estás pirada. ¿Por qué insistes con eso?

—No sé, ¿puede que porque eres la directora y propietaria de los caramelos y chicles que últimamente todos compran y que tienen la esencia de la felicidad?

—Sencillamente, aquí todo el mundo trabaja a gusto —concluyó—. A ver, cuéntame tú, ¿qué haces por aquí? En tu estado no deberías conducir.

Olivia llamó al camarero levantando la mano, y pidió dos cafés y unas magdalenas Milka para las dos.

—Querida, mientras mi ombligo no roce el volante aún puedo conducir —aseguró—. Además, puede que Tere tenga la paciencia de un Santo, pero yo no.

Olivia tensó los hombros aunque luchó por parecer relajada.
nal.

—¿Paciencia por qué?

—El viernes pasado estuvimos comiendo en El Nacio-

—Sí. Yo estuve ahí.

—Y no recibiste ninguna rosa más.

—Ya. Lo noté —fingió.

—Y siempre que hablábamos de tu admirador nos cortabas sacando temas absurdos como el nuevo *Push Up* de Calvin o un culote súper *stretch* que habías visto en Victoria's

Secret. Que no es que a mí no me interesen —quiso aclarar—

. Me interesan y mucho. Porque necesitaré la ayuda de Dios y de las fajas para luchar contra la gravedad cuando escupa a los bebés... Y cualquier accesorio será bueno. Pero, Liv —la tomó de la mano—. ¿Sabes qué?

—No.

—Que no cuele.

—¿Ah, no? ¿Qué es lo que no cuele?

—Que finjas con nosotras. Olivia, somos tus amigas.

—¡Ya lo sé! —espetó con arrepentimiento.

—Mira, te brillan los ojos —los señaló—, llevas el pelo siempre suelto cuando días atrás siempre lo tenías recogido.

No luces ojeras y tu cara ya no está demacrada, así que, o a Zac lo ha poseído el Hombre del Año con pilas Duracell, o tú —suspiró

complacida— estás teniendo una aventura.

Liv buscó recriminaciones en los ojos de su mejor amiga, pero no las encontró. No podía contarles nada por mucho que lo desease, porque era una de las cláusulas de su contrato. Y tenía la sensación de que Sair atesoraba ojos y oídos en todas partes y de que al final podría enterarse de todo.

—Fina...

—Mira, jugaremos al juego del No —dio una palmada con emoción.

—No.

—Vas bien, campeona.

—Me niego. Tus juegos siempre tienen trampa.

—Pero si va a ser muy fácil, tonta. Por ejemplo: yo no estoy tan gorda que podría hacer el muerto en el mar y hacerme pasar por una boya. Y no tengo dos bebés destrozándome las entrañas.

—Pero eso... —la miró extrañada—. No es verdad. Estás gorda por tu embarazo de gemelos.

El camarero les trajo los cafés y las magdalenas y a Fina se le iluminaron los ojos con agradecimiento.

—¿Ves? Pues ahora que ya entiendes el juego, Livi —dio un mordisco al dulce—, juguemos.

—No quiero jugar a esto.

—De acuerdo —masticó la magdalena sin dejar de estudiar el semblante de su mejor amiga—. Pues si no quieres jugar a esto, al menos espero que escuches lo que tengo que decirte

—le recriminó más seria.

—¿Qué?

—¿Estás segura de lo que haces?

—Yo no hago nada que...

—Liv, no me cabrees —la advirtió con tono amenazador—. Soy tu mejor amiga, igual que Tere. Nos damos cuenta de todo. Así que, te

lo voy a preguntar otra vez: ¿estás segura de lo que haces?

Livi entreabrió los labios sin saber muy bien qué contestar. Obviamente, Fina hablaba de su aventura con Sair y de lo que estaba haciendo con Zac.

—Ya sé que Tere y yo te animamos para que siguieras adelante con tu admirador. Pero, esto se trata de ti. Las decisiones y las responsabilidades son solo tuyas. Igual que las consecuencias. De ahí la pregunta que te hago, amiga —apretó los dedos de sus manos con tacto conciliador—. ¿Estás segura?

Liv agachó la cabeza y después, con valentía, volvió a enfrentar a su amiga que todo lo veía y todo comprendía.

—Estoy segura. Ya lo he empezado. Y también lo voy a acabar —contestó convencida—. Mi aventura tiene fecha de caducidad.

—Entiendo. ¿Y te hace feliz?

—Fina —sonrió a desgana—... ¿si me hace feliz? —repitió incrédula—. No sé muy bien cómo me siento. Nuestro affaire tiene muchas condiciones que no comprenderías, pero solo te puedo decir que nunca antes me había sentido tan nerviosa y emocionada por encontrarme con nadie. Lo veo todos los días.

—Hay que joderse. Y nos enteramos una semana más tarde, ¡tócatelos! —espetó—. Escúchame, monada —la agarró de su chaquetilla azul oscura con botones marineros dorados y la acercó de un tirón—. El otro día mi marido me hizo el amor y ni apagó la televisión y ni me quitó la camiseta. El nivel de romanticismo en mi vida se ha limitado a un masaje nocturno de pies. Mi vida sexual es una mierda —Fina tenía unos cambios de humor escandalosos que le hacían parecer una psicópata—. Y tú eres mi única esperanza. Tere y yo vivimos nuestra aventura a través de ti. Es como una maldita novela, preciosa.

—El rostro de Fina se suavizó y empatizó con Liv, emocionándose con ella—. Pero espero que tengas las cosas muy claras, cielo. Ojalá que este sea todo lo que Zac no ha sido contigo. Pero no te hagas ilusiones, porque ese tipo no se va a quedar.

—Pero es que Fina, si tú supieras... Cada toque, cada beso, cada caricia... —dijo Liv soñadora, con la mirada perdida pasándose los dedos inconscientemente por los labios—. Es un chute de vida para mí.

—Me alegro por ti, de verdad. Es maravilloso —Fina aflojó el tono al comprobar que Liv no escuchaba sus recomendaciones—. Y sobre todo, me alegro porque te veo distinta. Los cambios en ti han sido muy positivos.

—Gracias.

—¿Le has dicho a Zac que quieres divorciarte de él?

—Aún no. En cuanto acabe la novela se lo diré. Parece que le queda poco de verdad.

—¿Le dirás que has estado con otro?

—No hará falta —aseveró—. Él no tiene por qué enterarse, no es necesario. En mi cabeza, Zac y yo ya nos hemos divorciado, por eso hago lo que hago. Es como si ya no sintiera ninguna conexión con él. Por otra parte, mi aventura con mi admirador no durará ni cinco días más. Ha tenido un comienzo y tendrá una fecha final. Mi admirador se irá, me divorciaré de Zac y yo... yo me... me quedaré sola.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

—Triste y al mismo tiempo renegada. Nuestro acuerdo deja claro que desaparecerá en menos de una semana.

—No me gusta esa cara.

—¿Eh?

—¿Liv? —preguntó Fina asombrada, acechándola e inclinándose hacia ella.

—¿Qué?

—¿Te estás enamorando de él? —con sus ojos castaños y estupefactos buscó los gatunos de ella—. Mírame a la cara, joder. Ay, Liv...

—No. Bueno, no lo sé... —se pasó la mano por los ojos—. Es todo muy rápido e intenso, y es posible que me confunda con mis sensaciones. No sé... No sé qué siento cuando estoy con él.

—Pues aclárate y no lo hagas más difícil —le aconsejó—.

Lo digo porque es fácil desentenderse de algo con lo que no has creado vínculos. Pero es muy doloroso desprenderse de algo que se desea y se quiere porque entre ellos hay lazos indestructibles que ni la distancia pueden romper. Tú ya has sufrido mucho con Zac —le recordó comprensiva—. No vayas a sufrir más de la cuenta por otro hombre. Mantén tu corazón a buen recaudo y señala el límite de la aventura con él. Que no vaya a más.

—No tengo intención de sufrir —afirmó con la boca pequeña.

—Nunca tenemos intención de sufrir gratuitamente. Hasta que nos encontramos llorando y sin saber por qué. Ten cuidado, Livi —le acarició la mejilla con el cariño y la dulzura de la amiga que mejor puede comprenderte y conocerte—... O volverás a pasarlo mal y a sufrir. No pierdas el control.

—No. Está controlado.

Pero no lo estaba.

Livi sintió por primera vez que algo cambiaba en su interior cuando Sair la abrazó después de desnudarla y la guió hasta el jacuzzi de agua caliente, donde se mezclaba el perfume de ese hombre único, y el olor a una bandeja de frutas naturales y chocolate fondue.

El primer año de estar con Zac, los primeros meses sobre todo, lo hacían como conejos y con unas ganas subyugantes.

Pero con Sair, su toque en esos días rozaba la adoración y también la desesperación, conscientes de que habían llegado ya al meridiano de su aventura y de que la manera de tocarse ya no era la misma: el tiempo arraigaba raíces y lazos emocionales en las personas. Pero el tiempo también expiraba.

Estaba acostada sobre su pecho, las burbujas calientes del jacuzzi ascendían al exterior y reventaban mezcladas con las pompas del

jabón de olor oriental que Sair había puesto. La primavera había llegado, y con ello el frío había desaparecido.

A sus pies, como único testigo de su interludio sensual, se encontraba Barcelona y sus luces de neón.

—Abre la boca —le ordenó Sair.

Ella obedeció con total confianza. Esa voz y ese cuerpo se habían convertido en un amarre en aquel puerto de mar convulso en el que su matrimonio derivó. Y con sus atenciones,

Sair no lo sabía, pero la estaba ayudando a quererse a sí misma y a valorarse. Porque su abandono había llegado hasta tal punto que pensó que si Zac no la amaba, nadie podría hacerlo.

Puede que estuviera equivocada.

El plátano con chocolate descendió, se introdujo en su boca y el delicioso contraste de sabores dulces y empalagosos le arrancaron un gemido de placer.

—Podría acostumbrarme a esto toda mi vida —dijo sin querer.

Sair sonrió y le besó el pelo húmedo para dejar sus labios ahí reposados.

—Deberían mimarte así siempre —contestó acariciándole el vientre con las manos—. Olivia —el modo que tuvo de pronunciar su nombre parecía a tanteo.

—Dime.

—¿Qué fue lo que pasó?

—¿A qué te refieres? —preguntó distraída aún con el sabor de la fruta con chocolate.

Sair alzó las manos hasta sus pechos y los amasó con su característica delicadeza.

—A ti y a tu marido. ¿Qué os pasó?

—¿Cómo dices?

—¿Cómo es posible que se olvidara de ti de este modo?

Liv tocó un par de pompas de la superficie del agua y las explotó. ¿Por qué Sair quería saberlo? Ella tenía muy claro lo que había sucedido en su matrimonio para que empezara su declive, pero era muy celosa de ello y de su vida con Zac puesto que no quería echarle a nadie encima. Además, eran detalles muy íntimos de su vida y allí, en aquella ilusión acordada de suites de lujo y perfumes millonarios, la humildad de Zac no tenía cabida, por respeto a él más que nada. Tampoco consideraba que estuviese bien hablar de su recién descubierta y más que probable infidelidad con Janira, ya que ella estaba haciendo lo mismo. Así que era igual de mala que él. Los dos eran parecidos, muy a su pesar.

—No me hables de Zac ahora, por favor. No está en nuestro acuerdo.

—Sí, lo sé.

Olivia no quiso decir nada más. Pero el ruego de Zac la hizo pensar. Si ella hablaba de Zac, ¿Sair hablaría de algo de su vida?

—Podría hablar de ello si tú me contases algo de ti, Sair.

—Entonces, romperíamos una de nuestras cláusulas.

—Eso parece —murmuró.

Liv notó como el pecho de Sair se expandía al coger aire.

Después, él tomó su mano empapada en agua y la acogió entre las suyas, comparando los diferentes tamaños.

—Podríamos hacer una excepción solo por hoy.

—¿Solo por hoy?

—Sí.

—Si tú eres sincera conmigo, yo lo seré después contigo.

—¿Hay trato? —Olivia le tomó la mano como lo harían dos personas cerrando negocios.

—Trato —accedió Sair—. Háblame tú primero.

Vaya. ¿Así de fácil? ¿Después de tanta intriga él quería hablar de sí mismo? ¿Qué había cambiado?

Olivia palpó con su mano libre sus rodillas por debajo del agua y las acarició haciendo círculos.

Quería saber mucho y al mismo tiempo no quería saber nada, porque eso conllevaba hacerse una idea y una imagen de él, y si lo hiciera realidad en su mente, en vez de solo ser las manos y la voz que la calmaban, tendría un retrato o un cuadro del que enamorarse.

Era un riesgo y no estaba convencida de que le interesase ir más allá.

Pero solo por ese día, tomaría esa curva.

—No es sencillo decir por qué tu matrimonio ha fracasado —explicó apoyando su cabeza en su hombro—. No hay un solo motivo, supongo.

—¿Pero si tuvieras que elegir uno, cuál elegirías?

—Creo que el peor error que cometió fue darme por sentada —explicó—. Asumió que siempre estaría con él, se portase bien o mal, fuese atento o no. Un año después de casarnos, dijo que estaba muy agobiado del trabajo y que tenía la necesidad de escribir un libro, así de golpe, ¿te lo puedes creer?

—No.

—Yo le dije que, si esa era su ilusión, que siguiera adelante. Zac tenía ahorros para estar tranquilo durante un año, así que tomó una excedencia y se tomó ese año sabático, bueno

—se corrigió— que en realidad no lo fue porque escribió mucho y buscó muchísima documentación —le defendió—.

Lo que no me imaginé era que ese año se convertirían en dos y después en tres, y que a día de hoy Zac no hubiera acabado su novela.

—¿Y qué pasó durante ese tiempo en el que Zac escribía?

—Nada. A eso voy. No pasó nada. Zac solo escribía como si le fuera la vida en ello, ¿comprendes?

—¿Qué hacías tú?

—Al principio me hacía feliz saber que él estaba cumpliendo su sueño, ¿sabes? —añadió con melancolía—. Y Zac entonces todavía era atento conmigo. Me preparaba la comida cuando llegaba del trabajo, me hablaba, me masajeara los pies y tenía detalles conmigo... Zac me mimaba —sentenció—.

Salíamos a cenar, paseábamos, corríamos juntos y de vez en cuando nos íbamos de fin de semana. Pero después de ese año sabático y de su decisión de no volver al Periódico, empezó a encerrarse en su oficina de casa todos los días. Solo salía para comer y para dormir. Era como un maldito Furby. Como un

Tamagochi: comía, dormía y escribía. Yo trabajaba durante el día, preparaba la comida, me encargaba de toda la casa, me ocupaba de Caballo...

—Espera un momento. ¿Tienes un caballo?

—No —se detuvo ella—. Caballo es el nombre de mi gran Danés... Es precioso. ¿Te gustan los perros?

—Tengo alergia a los de pelo corto y duro.

Otro motivo más por el que a su relación le quedaba no más de cinco días.

—Zac, sencillamente, se olvidó de mí y se centró solo en su manuscrito, que aún, vuelvo a repetir, no ha finalizado. Me ha dicho que ya va por el epílogo. Pero no me lo creo. Desde hace año y medio me ha repetido que le queda poco, y sigue ahí, tecleando como un paranoico.

—¿Habéis hablado de ello?

—No en profundidad, siempre que lo he intentado Zac ha esquivado el tema. Pero la tensión en mi casa se corta con un cuchillo, y no tardaré mucho en explotar y en echarle en cara todo lo que pienso.

—¿Qué te regaló para tu cumpleaños?

—¿Es una broma?

—No.

—Nada —espetó—. Lleva dos malditos años olvidándose de mi cumpleaños y mucho peor, de nuestro aniversario

—murmuró con lamento—. No lo comprendo, Sair. He sido tan atenta con él, le he dado todo lo que tenía... —tomó su copa de champán y le dio un sorbo—, y lo he querido tantísimo... que no soporto que su indiferencia nos haya llevado al punto en el que estamos. Me apetece darle una paliza.

—Supongo que no ha tenido que ser fácil verse relegada a un segundo plano por un ordenador.

—Ha sido como ir muriendo poco a poco.

—Hay hombres que no merecen a sus mujeres. Él no merece una mujer como tú, *sundara*.

—Saber eso ya no me consuela.

—Me imagino que no.

—En fin, mi historia es muy triste —susurró desahogada—. Cuéntame la tuya. ¿Quién te ha roto el corazón como para no querer arriesgarte a estar con una mujer con los cinco sentidos y establecer vínculos?

Sair no contestó inmediatamente. Mientras tanto, Olivia escuchaba cómo el champán paseaba por su garganta.

—Mi historia es más sencilla que eso.

—¿Ah sí?

—Sí. Estuve casado.

—¿Estuviste casado? ¿Cuánto tiempo?

—Cinco años.

—Ah —A Olivia no le gustó escucharlo. Pero no tenía poder sobre la vida de Sair y no tenía sentido enfadarse por cosas de su pasado—. ¿Qué pasó?

—Nada. Lo que suele pasar. Se aburrió de mí y de mis largas ausencias y decidió irse con otro hombre.

—¿Fuiste con ella como lo estás siendo conmigo? —Olivia se apoyó en sus rodillas para darse media vuelta y aún sin verlo,

encararlo—. Porque si es así, te juro que no lo entiendo.

—No. No fui así con ella. Mi negocio requiere que me ausente y que viaje mucho y no podía estar en casa todo lo que ella quería. Aún así, nunca le faltó de nada.

—¿Puedo preguntarte a qué te dedicas, Sair o eso es incumplir otra cláusula?

—Mi empresa es la líder en la fabricación de máquinas y equipos destinados al procesamiento de áridos, minería y cantería. Muchos países nos necesitan para excavar en sus tierras, pero para ello tenemos que viajar con nuestros especialistas y comprobar durante un tiempo la calidad del terreno para poder realizar las labores mineras y ver si mi material es el apropiado.

—¿A eso vas a Canadá?

—Sí. Tenemos un yacimiento nuevo de pozos de kimberlita.

—¿Qué es?

—Es un tipo de roca ígnea volcánica que muchas veces contiene diamantes. Vamos a excavarlas y a participar de la repartición de beneficios. Mis contratos incluyen también apropiarme de una parte del terreno, y quedarme con lo que encuentro.

—Madre mía... Me imaginaba que eras muy rico. Pero creo que no tanto como me temo que eres.

Sair no le dio importancia a ese comentario.

—¿Querías a tu mujer?

—Con todo mi corazón. Pensé que ella lo sabía y que mi fidelidad y mi adoración serían suficientes. Si trabajaba tanto era por los dos, porque quería que no le faltase de nada...

—Pero le faltabas tú —Olivia empatizó con ella de inmediato.

—Estaba en pleno desarrollo de mi negocio. Debí entenderlo. Tenía que trabajar mucho para conseguir mi objetivo y asegurarnos el futuro juntos que siempre habíamos soñado.

—Sí. Pero trabajar mucho, Sair, no significa decirle que la quieres solo por mail.

—Sí, supongo que sí. La cuestión es que me engañó con otro y nos divorciamos. Ahora, mi ex esposa insiste en que hablemos de nuevo. Ha visto que soy un hombre de éxito y que todo por lo que tanto luché y trabajé en nombre de los dos ha dado sus frutos. Y quiere disfrutarlo. Pero yo ya no se lo permito. Ya no es lo mismo.

—¿Tu ex mujer sigue en contacto contigo? —preguntó quisquillosa.

—Sí. Pero ya no le hago ningún caso. Cuando alguien me falla, me falla para siempre.

—Sí. A mí me sucede lo mismo —aseguró ella comprensiva—. Pero, ¿por qué estás aquí en Barcelona? No me dirás que las minas de aquí han despertado tu interés...

—Fue por tu culpa, Olivia.

Zasca. Ella entreabrió los labios, incrédula y afectada por sus palabras.

—Ese viernes que te vi por primera vez en El Nacional, había ido a visitar unas minas de carbón y lignito de las pocas activas que tenéis en vuestra tierra. Necesitaban una inyección económica para continuar excavando. Iba a decirles que no, pero cuando te vi llegar, con una cola mal hecha a un lado, aquellos tejanos ajustados, tu blusa de colores, las botas de tacón y una sonrisa de oreja a oreja por bandera dedicada a tus amigas, quise ser el objetivo de una de ellas. Quise que me sonrieras así —su voz estaba teñida de un anhelo secreto—. Fue un flechazo. ¿Sabes qué es lo que más me fascinó de ti?

—No. ¿Qué?

—Tu manera de vestir. Con el tiempo la fuiste cambiando poco a poco para que fuera a juego con tu depresión.

Pero la primera vez que te vi adoré tu porte, y tu estilo. Se te veía segura de ti misma, como una mujer que no tuviera necesidad de vestir minifalda ni taconazos para llamar la atención de otros. Llevabas esa blusa de colores que daba vida a tu cara, y tus botas

altas y con tacón... Y ese jean te hacía unas piernas y un culo tremendos. ¿Por qué ya no vestes así?

Olivia pensó en ello. Siempre decía que era porque su padre tenía unas normas sobre vestimenta, pero ahí, entre los brazos de Sair, comprendió algo en lo que no había reparado hasta ese momento. Vestía como una ejecutiva porque no necesitaba pensar en lo que tenía que ponerse, porque era lo fácil y porque no tenía a nadie a quien agradar. Después del trabajo

Zac ya no la pasaba a buscar para irse a tomar algo juntos, por eso no se ponía nada más casual. Y lo peor de todo, vestía siempre igual porque ya no se sentía guapa.

—¿Te gustaría que me vistiera así y que llegara a la suite con otra ropa?

—Quiero que te vistas así no por mí, sino por ti. Tienes una cara tan bonita que los colores grises y la ropa seria, aunque te hacen muy sexy, no te dan la alegría que necesitas y que llama tanto la atención.

—De acuerdo. Pensaré en ello.

—Desde entonces —continuó Sair—, desde ese día, has sido un imán para mí. Acepté invertir y financiar las excavaciones para pasar más tiempo aquí y poder verte de nuevo. Los chicos de La Tapería, que ya os tenían fichadas, me dijeron que íbais a comer todos los viernes a la misma hora a ese lugar.

Desde entonces, me apunté como un mirón a vuestras comidas. Y ya nunca he podido dejar de admirarte.

—¿Sabes que lo que dices parece un poco demente, verdad?

—Soy consciente —se rió.

—Ni siquiera sé qué decirte. ¿Por qué has tardado tanto en acercarte a mí?

—No sé si lo hubiese hecho alguna vez —anunció—. Mi esposa me hizo tanto daño que me juré no ser jamás ese hombre que rompía matrimonios. Y tú estabas casada —señaló—.

El fulgor de la piedra de tu anillo me cegaba cada maldita tarde

—le levantó la mano y besó la yema de sus dedos, como si fuera un placer sublime para él.

—¿Y entonces? ¿Por qué rompiste tu juramento?

—Porque estaba loco por ti, Olivia. Y porque te vi llorar deshecha, infeliz y sin luz. Ese fue el punto de inflexión. Me destrozó, *sundara* —reconoció atormentado—. Y me hice un nuevo juramento: que antes de irme tenía que hacer algo por ti, devolverte la risa y ese brillo en tu mirada que tanto me enloquecía. Estaba enamorado de ti y me negaba a dejarte así, a pesar de que sabía que, cuando me fuera, el deshecho sería yo.

—¿Por qué, Sair?

—Porque voy a dejar en esta suite mi corazón. Lo dejaré en estas paredes, en cada rincón en el que te he poseído. En cada gemido y cada risa. Pensé que quería a mi mujer, pero de ella nunca me enamoré. De ti sí. Y sé que este tipo de amor pasa solo una vez en la vida, por eso quiero crear recuerdos hermosos para atesorarlos siempre en mi memoria.

¿Y qué se suponía que tenía que hacer ella ante aquella declaración? ¿Qué tenía que decirle? ¿Acaso esperaba Sair que ella le correspondiera?

—No tienes que decir nada, *sundara* —Sair y ella estaban tan conectados que empezaban a leerse las actitudes, los gestos y la mente—. No quiero que me digas nada.

—Sair, yo...

—Lo sé. Lo sé —la acalló colocándole los dedos sobre los labios—. Ya te lo dije. Te dije lo que sentía por ti sin conocerte.

Y ahora que te conozco un poco más, mis sentimientos son más fuertes. Pero no quiero ponerte en ningún compromiso.

Te prometí que esta aventura sería solo para ti, para cubrir tus necesidades y para que comprobaras lo hermosa que eres y dejaras de esconderte. Nos quedan unos días juntos y quiero...

—se pasó la lengua por los labios—. Quiero llevarte a un sitio a cenar.

—¿Con los ojos vendados? No creo.

—No, con los ojos vendados no. Podrás llevarlos descubiertos. Pero nunca me verás.

—¿Y cómo se supone que cenaremos juntos y dónde?

—Cenaremos juntos porque yo tampoco te veré. ¿dónde?

Ya lo verás.

Ah. Qué emocionante. No entendía nada, pero era emocionante.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana por la noche. Así podremos hacer algo distinto. Y me gustaría vivir esa experiencia juntos.

—¿Salir? ¿En nuestro penúltimo día? No sé... —dijo insegura—. No quiero que nadie me vea por...

—¿Te fías de mí? Nadie nos verá juntos. Confía en mí.

—Lo hago, Sair —Aunque estuviera loca, confiaba en él.

—Entonces déjalo en mis manos.

—Está bien.

—Te encontrarás con Alberto a las nueve y media en el café Kafka, el de al lado del Hotel Picasso.

—Vale —asintió—. Lo conozco.

—Joder, Olivia... —gruñó con deseo, feliz de tenerla con él—. Y también quiero —Sair la atrajo a su cuerpo y le amasó las nalgas por debajo del agua.

—¿Qué quieres? —lo animó ella sentándose a horcajadas sobre su pelvis.

Liv le tocó la boca con los dedos y sonrió al comprobar que él también sonreía.

—Quiero que disfrutemos de estos últimos días, preciosa mía. Sin remordimientos ni pesares. Que no pensemos en nada más.

Sair selló la conversación con un beso que los dejó sin aliento, para después levantarla por las axilas y colocarla de espaldas a él, ayudándola a agarrarse al cuerpo del jacuzzi.

—Sostente ahí —le colocó las manos en posición, al igual que las piernas, bien abiertas para él—. ¿Estás lista?

Olivia afirmó con la cabeza y tuvo que morderse los labios de nuevo para no gritar ante la profunda y revitalizante estocada de Sair al penetrarla.

Estaba hecha para él. Encajaban perfectamente.

Sair llevó sus manos hacia delante y le abrió los labios de la vagina para que uno de los chorros a propulsión y masajeadores del mismo jacuzzi golpearan su clítoris mientras él la acometía sin detenerse.

Liv pensó que se desmayaría por tanto gusto cómo sentía.

Las embestidas de Sair le levantaban el trasero y la hacían sollozar, y cada vez eran más rápidas cuanto más cerca estaba su orgasmo.

Tanto que lo tocó con los dedos cuando explotaron juntos, a la vez y una gama de colores que nunca había visto bailaron detrás de sus ojos.

Era increíble. Sair lo era.

CAPÍTULO 12

Olivia era muy consciente de que a ojos de la promesa que hizo ante Dios, estaba cometiendo un gravísimo pecado. Pero contra ella también se habían cometido afrentas, y no pensó en lo que en realidad hacía hasta que un día, después de su encuentro con Sair, al llegar a su casa y subir directamente a la habitación a cambiarse, Zac la sorprendió apareciendo en el marco de la puerta con gesto preocupado.

—Livi.

Ella levantó la vista de golpe, pues se estaba descalzando los zapatos. Había dejado la bolsa de «deporte» en el suelo, al lado de sus pies, y Zac se fijó en ella con mucha atención.

—Menuda afición has cogido al gimnasio —murmuró con recelo—. No faltas ni un día.

—Sí. Es como una costumbre —contestó ella con acidez, intentando sonreír con diplomacia—. Tú no faltas a tu cita con la buhardilla y tu ordenador, y yo no falto al trabajo ni al gimnasio.

Dios, nunca había sido tan bruja ni había tenido tanta malicia, pero ya no sabía cómo lidiar con lo que sucedía o dejaba de suceder entre ellos.

Era como si cada momento que se vieran, menos se conocieran el uno al otro y todo lo que ya se habían dicho a la cara, más el despecho y la desconfianza hacían la brecha más profunda. Si uno de los dos caía por ese agujero, nunca más regresaría.

—Tu madre te ha estado llamando toda la tarde —le informó puntilloso—. ¿No llevas el teléfono encima nunca o qué?

—¿Mi madre? —Olivia sacó el iPhone de su bolso y confirmó lo que decía Zac. Sí. Su madre la había llamado tres veces—. Ah.

—Ah.

—Bien, pues la voy a llamar.

—No hace falta. Me ha dicho que te diga que mañana por la tarde vienen de visita. Que tú ya sabes que venían.

Lo que faltaba. Se había olvidado de que al día siguiente sus padres harían el viajecito trimestral para verles.

—Joder —Livi dejó caer la cabeza al darse cuenta de su error—. ¿Mañana? Pero yo...

—¿Qué, Liv? ¿Tienes gimnasio y no puedes atender a tus padres que hace meses que no ves? ¿Querías que les dijera eso?

Liv echó los hombros hacia atrás y se tensó ante aquel tono.

—Oye, relájate, ¿quieres? ¿Qué pasa? ¿Aún no has acabado el libro y no llegas al plazo de entrega? —frunció el ceño y se forzó en sonreír. Sabía que no había plazo de entrega porque, sencillamente, editar y convertir un libro en el best seller que él quería era imposible.

—¿Y qué mierda te dan en ese gimnasio que desde que vas estás tan sarcástica?

Liv se levantó y se forzó a hablar con naturalidad para cortar la tensión.

—Zac, en serio, no me pasa nada —caminó hasta él, ya sin zapatos, y tuvo que levantar la mirada para verle los ojos negros y turbulentos. Parecía disgustado—. Pues nada, mañana iré al gimnasio, y saldré antes de allí para dejar la cena preparada —lo miró de arriba abajo intentando bromear con él—. Tal vez deberías apuntarte tú también al Gym, que de tanto escribir te estará saliendo buche —le apretó el vientre duro como una piedra con el índice.

La mano de Zac salió disparada hasta sujetar su muñeca.

—¿Y tú cómo lo sabes, Liv, si hace tiempo que no me ves?

Ella se quedó callada, sin argumentos, avergonzada porque él la hizo sentirse así. Zac la acercó tirando de su muñeca, la misma que estaba agasajada por la pulsera de Amador. Este la miró con rabia e hizo un gesto de decepción, y después volvió a tirar de Livi, como si tuviera intención de morderle la boca.

Con tantas veces como se habían besado, y en aquel momento, Liv lo vio mal y equivocado y le preguntó asustada:

—¿Qué haces?

En la mandíbula de su marido palpitaba un músculo con mucha tensión producto de rechinar los dientes.

—Nada, Liv —contestó él soltándola de golpe—. Nada.

No hago nada.

Después de eso, Zac la dejó sola en la habitación con un regusto amargo en la boca y una extraña sensación de extravío personal que no había sentido con anterioridad.

Empezaban a distanciarse a una velocidad vertiginosa, y ya, sin ningún disimulo ni consideración.

En la vida de una mujer y, seguramente también en la vida de un hombre, habían momentos verdaderamente violentos con los que uno tenía que lidiar, y para ello se debe interpretar un papel que poco tiene que ver con la realidad. Esas circunstancias en las que uno se ve obligado a mentir por el bien de otros, había llegado en forma de visita de los padres de Liv.

Para Liv, faltar a su cita con Sair la afectó muchísimo. No tenía modo de avisarle ni de decirle que no le vería, y le daba miedo pensar que... No sabía lo que le daba miedo. Pero esa situación no le gustaba nada. Y no la tranquilizaba saber que al día siguiente se verían y cenarían juntos.

No era suficiente.

Por eso estuvo todo el día de los nervios.

Y cuando Carmen y Luis se presentaron en su casa con tantos deseos de verlos, se le cayó el alma al suelo, pero luchó por que no se le notara.

Ella no quería preocupar por nada del mundo a sus padres. Suficiente sabía ya su madre Carmen sobre que su matrimonio iba a la deriva como para comunicarle que se iba a divorciar definitivamente de Zac. Eso le rompería el corazón, y prefería que ella lo supiera cuando las cosas ya estuvieran medio hechas y Liv se conservara más entera.

Tener que mirar a su padre Luis y decirle que estaba bien y feliz, era un trago muy amargo y falso que tuvo que tragar con el máximo orgullo posible.

Luchó por actuar con toda la normalidad posible y fingir que tanto Zac como ella deseaban esa visita esperándolos con los brazos abiertos.

Pero el mundo se le cayó a los pies cuando comprobó el cariño con el que abrazaron y besaron a Zac. Se sintió miserable y mala.

Y él... Él tan amable como siempre. El yerno perfecto.

Ese día decidió no pisar la maldita buhardilla, qué casualidad.

Para sus padres sí tenía su mejor cara y sí podía dejar de lado su manuscrito. Pero para ella no.

Deseó pisarle la cabeza.

—Livi, ¿qué perfume usas ahora? Huele tan bien —reconoció su madre asombrada e inhalando el cuello de su hija—. ¿Se lo has regalado tú, Zac? —le preguntó Carmen con interés.

Zac negó vehementemente y sonrió al tiempo que le dijo:

—Yo no tengo dinero para hacerle ningún regalo a tu hija, Carmen.

Liv sonrió nerviosa y alejó a su madre de Zac. O se equivocaba mucho, o le parecía que Zac iba a darle guerra.

Tendría que controlarlo. Después, mintió a su madre diciéndole un nombre de una colonia que no existía.

Al fin y al cabo, su madre no iba a comprobar si era verdad o no.

Después de tomar un refrigerio en el jardín trasero, bajo el adorable porche de madera y rodeados del perfume del jazmín que Liv había plantado hacía un año y que ahora tanto había crecido, decidieron entrar al salón para cenar con tranquilidad.

Zac se bebió dos *gintonic*s de golpe. La bebida no le sentaba bien, le subía enseguida, pero Liv se mordió la lengua antes de detenerle abruptamente delante de sus padres.

—Caramba, chico, pues sí tienes sed.

Se sentaron alrededor de la mesa circular de madera maciza blanca y que Liv había decorado con mucho gusto, poniendo unas flores de varios colores que juntó en un cesto de mimbre. Su madre Carmen le había enseñado a hacerlos cuando era niña, y hacía mucho tiempo que no montaba un centro de mesa. Lo hizo para relajarse durante la tarde y focalizarse en su calma interna.

Carmen y Luis observaron complacidos lo que su hija y su marido les habían preparado. A su madre le encantaban los alcauciles y las cebollas rellenas, la alboronía y los alfajores caseros productos de Andalucía y su padre era un fan del vino catalán Dido 2011 así que Zac ese día había ido a comprar un par de botellas para su suegro.

Cuando quería, Zac era muy atento, sobre todo si se trataba de los padres de ella, a los que quería mucho.

—Está todo tan rico, cariño —la felicitó su madre después de comer los dos primeros platos.

—Son todas recetas de la yaya Antonia. Menos los alfajores que hay para el café, que están sacados de la libreta de recetas a mano que me diste —Olivia sonrió con amabilidad mientras recogía los platos.

Y Zac, más callado que de costumbre, no dejaba de rellenar las copas de vino con exquisita educación.

Olivia lo controlaba de reojo, porque la actitud de Zac era como la de un zorro a punto de dar una puñalada traperera que nunca llegaba. Y no le gustaba.

Caballo intentó acercarse a la mesa, caminando a ras de suelo como un militar. Apoyó la cabeza sobre las piernas de Zac y este le sonrió acariciándole el hocico.

—¿Qué pasa, grandullón? —le preguntó Zac—. ¿Tienes hambre?

—Caballo, a tu sitio cariño —le ordenó Liv con dulzura—. No molestes a papá.

—¿A papá? —dijo Luis riéndose—. ¡A ver cuando me traéis un nieto de verdad, campeón! —golpeó la ancha espalda de Zac.

Zac forzó una sonrisa e hizo una mueca condescendiente.

—Liv no tiene tiempo para esas cosas, Luis. Tu hija tiene que mantenerme.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho? —preguntó Luis creyendo haber oído mal.

—Y además, trabaja mucho y va al gimnasio —continuó

Zac cortante—. ¿Para qué voy a sacar al pajarito a pasear?

«Joder, que alguien me diga que de verdad no ha dicho eso», pensó Liv internamente.

Carmen echó un vistazo disimulado a su hija y dejó ir una risita nerviosa. Luis, en cambio, mudó su semblante a otro más sorprendido.

Zac bebió su copa de vino en tres tragos rápidos y abundantes. No estaba comiendo nada, solo bebía. Se estaba emborrachando a propósito.

—¿Zac se encuentra bien? —su madre Carmen se lo preguntó entre dientes, inclinándose hacia ella.

—S-sí —contestó Liv nerviosa—. No sabe beber, eso es todo.

Le dirigió una mirada perdonavidas a su todavía esposo, deseando que se congelara de golpe, pero no. No se congelaba.

—Eh, Zac, cielo —Carmen quería tranquilizar los ánimos—. ¿Cómo va —movió los dedos como si tocara el piano— tu libro?

Olivia resopló y volteó los ojos..

—Bien, Carmen.

—Zac aún no lo ha acabado —apuntilló Liv.

—Oh —Luis hizo un mohín de disconformidad—.

¿Cuántos van ya? ¿Tres años?

—Dejadle tranquilo —pidió Carmen poniéndose del lado de su yerno—. No todo el mundo puede escribir y seguro que...

Zac arrugó la servilleta en su puño y contestó:

—Ya lo he acabado. Esta noche de madrugada acabé el puto libro.

—¿Qué? —dijo Livi incrédulamente.

La distancia entre ellos se agrandó por la nulidad de palabras.

—Lo que oyes, querida —le espetó Zac con frialdad—.

Ya ves, amor, esta noche, en vez de ponerme a hacerte un bombo como quieren tus padres, he podido por fin acabar la historia —alzó la copa de vino tinto e hizo un brindis consigo mismo—. Bien por mí.

—Zac... ¿Por qué no me has dicho nada?

—Ya sabes, no quería fiestas ni pompones que me hicieran sentir todavía peor por mi ineptitud en acabar una novela en dos semanas como tú querías. Y pensé: «mejor así, así mi

Liv no se gasta más dinero en mí».

—¡Yo nunca he dicho eso!

—Puede que no con esas palabras. Pero has insinuado lo mismo.

—No me puedes acusar ahora de nada después de todo lo...

—Como sea, Liv. Se acabó.

Carmen y Luis se miraban entre el horror y el asombro.

—¿Sabes? Deberías dejar el vino... —le sugirió Liv alargando la mano para retirarle la copa.

—Dicen que para los escritores los libros son como hijos

—aseguró Carmen echándole un capote.

—Pues este ha salido muy caro —aseguró Zac cínicamente asegurando su copa entre sus dedos y alejándola de las garras de Liv—. Mucho me temo que se han perdido muchas cosas por el camino, ¿a que sí, cariñito?

—¿De verdad lo has acabado? —Liv no lo podía imaginar.

—Sí, Livi. ¿Qué bien, eh? Ahora por fin podrás tener conmigo esa conversación que teníamos pendiente.

—Zac, por favor, para ya. Ahora no —le rogó incómoda, vigilando que sus padres no se vieran involucrados en una nueva discusión de pareja.

—¿Ahora no? —Los ojos negros y abatidos de Zac se clavaron en los claros y desesperados de su esposa—. ¿Ahora no?

¿Por qué no?

—Zac. Maldita sea, delante de mis padres no.

—Carmen y Luis son de mi familia —sonrió sin ganas—. Son como mis padres, a los que no veo por cierto, porque viven en Australia. Así que mis suegros seguro que pueden estar delante para lo que quieras decirme.

—No hagas esto —le suplicó Olivia.

—¿Que no haga el qué? No pienso fingir más. ¿No estás cansada de eso, precisamente? ¿De que no haga nada? Pues ahora lo voy a hacer.

Ella cerró los ojos e inclinó la cabeza avergonzada.

—Carmen. Luis —Zac alzó su copa vacía—. Nuestro matrimonio es una auténtica mierda. Y ya es hora de que lo sepáis.

—¿Y de quién ha sido culpa? —susurró furiosa.

—Vuestra hija es como un hierro candente. No se la puede tocar ni puedes acercarte a ella —aseguró.

—¡Zac! —Liv se levantó de la mesa tan agitada que todo el cuerpo le temblaba—. ¡Basta ya!

—¡Sí! —gritó Zac en respuesta—. ¡Basta ya! —lanzó con fuerza la copa contra la pared al otro lado del salón, y esta estalló en pedacitos—.

—Te has vuelto loco —murmuró Liv indignada.

—Carmen —ordenó Luis con severidad—. Vámonos y dejémosles solos. Creo que tienen mucho de lo que hablar.

—¡No! —les prohibió Livi—. ¡Ni hablar! Vosotros no os vais a ningún lado. El que se larga es él. ¡Vete, Zac! —le gritó con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Vete y deja de joderme! ¡No tienes derecho a hacer esto delante de mis padres! ¡Hoy no!

—¡Tengo todo el derecho porque están en mi casa, con mi mujer!

—¡Esta no es tu casa! —las palabras hicieron eco en el salón—. ¡La pago yo desde hace dos años! ¡Todo lo pago yo!

¡Yo te mantengo! ¡Tú no has hecho nada en todo este tiempo!

¡Es mi casa! —remarcó indignada con las lágrimas cayendo por sus mejillas—. Y no seguiré siendo tu mujer. Así ya no.

Zac se quedó de piedra al oír esa aseveración. Hizo un mohín y su barbilla tembló afectada por la congoja.

En ese momento, Liv no se sintió mal por lo que se habían echado en cara, por eso añadió:

—Ve y duerme en casa de tu amigo ese que dices que tienes, de Mateo. O llama a alguna amiguita tuya cuyo nombre empiece por jota y pídele asilo para hoy.

—¿Cuyo nombre empiece por jota? —entrecerró los ojos desconfiado—. ¿A qué te refieres?

—Tú ya sabes a lo que me refiero. Seguro que te abre las puertas de su casa encantada —comentó refiriéndose a Janira y haciéndole ver que sabía su secreto—. Pero hoy no voy a dejar que duermas aquí.

Zac encajó el golpe bajo, pero el crochet le fue directo a la cara.

—¿Quieres que me vaya, Livi? ¿Eso quieres?

—Sí —afirmó sin temor—. ¡No puedo seguir así! Y no te voy a perdonar jamás el número que has montado delante de mis padres. Ellos se merecen respeto.

Zac le dirigió una mirada compungida a Luis, y ante todo a Carmen, que lloraba asustada por el destino de su matrimonio. Para ser sinceros, no era muy halagüeño.

Cuando reaccionó y vio que había llegado muy lejos, y se encontró desvalido y expuesto como estaba, Zac tuvo la dignidad de no quedarse ante ellos más tiempo del necesario. Tambaleándose se dirigió a la entrada de la casa, cogió su chaqueta de piel y abrió la puerta de la calle.

Caballo lo siguió pensando que lo iba a sacar y que se iría con él. Pero Zac lo detuvo y, echándole un último vistazo a Liv, soltó:

—No, amigo. Quédate en casa, que al menos la dueña a ti sí te deja que estés.

Y dichas esas palabras, cerró de un portazo y dejó a Liv con un panorama descorazonador.

Ella no lo aguantó más. Demasiada tensión acumulada.

Se dejó caer en la silla cuando escuchó el motor del jeep ronronear para sacarlo del porche y salir de su jardín.

Liv acabó cubriéndose el rostro con las manos, arrancó a llorar como si estuviera poseída, y ni siquiera el consuelo de sus padres la hizo sentirse mejor.

CAPÍTULO 13

Sus padres se quedaron a dormir con ella en la habitación de invitados, muy preocupados por su yerno y también por su hija.

Pero se fueron al mediodía, pues bien sabían que Zac y ella tenían asuntos muy serios que solucionar y las visitas solo les estorbaban. Necesitaban estar solos y arreglar sus problemas.

Durante la noche, estuvo preocupada por él. Zac no contestaba a los whatsapps, no le cogía el teléfono, no sabía donde estaba o donde habría dormido... Nada.

Liv entendía que no se comportaron bien ninguno de los dos, no solo ella. Estaban calientes de las anteriores discusiones, se empezaban a perder el respeto y con ello perdían totalmente el equilibrio, transformando la calma aparente en la que vivían, en un campo de batalla de puyas.

Pero todos tenían problemas, y se iban a trabajar con ellos a cuestas, como Liv.

Esa mañana tenía una migraña de caballo. Después de llamar cinco veces a Zac y ver que no se lo cogía y que los whatsapp aparecían leídos pero no había señal de vida por su parte se vino abajo de nuevo.

Su vida estaba a punto del colapso. El día anterior no pudo ver a Sair, Zac la lió en la cena con sus padres, y ella se encontraba fatal. Trabajaba con las gafas de sol puestas porque tenía los ojos hinchados y un aspecto pésimo.

Se las sacó para limpiarlas porque las lágrimas le empañaban los cristales, y en ese momento entró Cristina, su secretaria, con los informes que le había pedido hacía media hora. Cuando la mujer de pelo rizado caoba y regordeta metió la cabeza dentro de su oficina, la cazó de lleno, con las mejillas empapadas de lágrimas y la nariz roja.

—Perdón, señorita Olivia. No quería importunarla.

Olivia le restó importancia con uno de sus gestos y le pidió que entrase.

—No pasa nada, Cristina. ¿Me traes los informes que te pedí sobre el mercado de los caramelos en China?

Querían lanzar sus tentáculos con su marca en el mercado oriental y para ello, antes de lanzar cualquier campaña para atraer a sus compradores, debían hacer un estudio muy estricto de mercado para comprobar la viabilidad comercial de los *Smiling*.

—Sí, señorita. Tenga.

Olivia los tomó de su propia mano y asintió agradecida al tiempo que sorbía por la nariz.

—¿Se encuentra bien? —preguntó preocupada. Cristina había sido la secretaria de su padre Luis, y él se la dejó en herencia a Liv, porque nadie sabía mejor cómo llevar el orden de las reuniones y los archivos en esa empresa.

—Sí —se obligó a sonreír—. Es que me entra la alergia. Principios de primavera —se excusó falsamente.

—Ah, vaya. Tómese algún antiestamínico —le sugirió Cristina para disimular.

Pues ni ella, ni nadie que conociera a Liv, iba a creer que esa mujer tenía un ataque de alergia. No se trataba de eso.

Olivia estaba bajo el profundo efecto de un ataque de llanto en toda regla. Y aunque Cristina se preguntase qué lo habría originado, en el fondo, solo lo sabría Liv.

Ese día decidió salir antes de trabajar.

Era la jefa. La dueña. Y siempre dio un excelente ejemplo.

No había faltado ni un solo día y era la que más trabajaba, pero no estaba en condiciones de fingir que realizaba sus funciones cuando, en realidad, se sentía fatal y solo esperaba regresar a su casa para asegurarse de que Zac había vuelto.

Por eso, después de aguantar pacientemente el paso de la mañana, llegó a su hogar a las tres y media, esperanzada en reencontrarse con él.

Su corazón se pasó un latido cuando vio que bajo el parquin privado estaba el Jeep Wrangler de su marido.

Había vuelto.

Olivia aparcó el precioso Mini Rover, dejó el mando de las marchas en punto muerto, quitó el pie del embrague y apagó el motor.

Paralizada tras el volante y sujetándolo con fuerza, observó con detenimiento la puerta de entrada de su casa. Desde la lejanía parecía una casa maravillosa, de diseño, con su jardín y su piscinita pequeña; un hogar de enamorados.

Pero cuando uno cruzaba el umbral del porche y se internaba en la casa, descubría que allí solo quedaban restos; los vagos recuerdos del amor y la solidaridad que una vez se profesaron, y un rastro de pasión embotellada que se descorchaba de vez en cuando como el mejor vino.

Pero nada más.

Había llegado el momento de mirar cara a cara al que se suponía era su mejor amigo y el hombre con el que una vez quiso pasar el resto de su vida, para decirle que ya no era ese hombre y que posiblemente ella tampoco era ya esa mujer de la que se enamoró.

Y deberían ser conscientes de que siempre, al final de una etapa, solo persistían los buenos momentos, esos que con el paso del tiempo, nunca se olvidaban. Al menos, les quedaría eso. Tenían mucho más que otras personas.

Con esa esperanza, Liv tomó aire por la nariz y buscó el valor de su interior, de ese mismo lugar donde encontró la osadía de dar con Sair y aceptar su desafío. Pues bien, de ese mismo lugar, y con mucho dolor en su corazón, miraría a esos ojos de obsidiana que la enamoraron y le diría que su amor se había acabado.

Salió del coche con pasos decididos.

Ese día olvidó vestirse como una ejecutiva, siguiendo inconscientemente la sugerencia de Sair, y se vistió con una blusa a rayas monocromáticas con escote en V de Lacoste, unos leggins azul oscuros que dejaban lucir sus largas piernas esbeltas y torneadas, y unas botas altas de color camel. Hacía demasiado calor para una chaqueta. Dejó el bolso en su coche, y marchó con paso firme hacia la puerta de su casa.

Pero antes de que subiera los escalones, fue Zac quien, con la cara lavada pero el pelo despeinado, abrió la puerta de la casa y la cerró a sus espaldas.

Zac vestía como el día anterior. No se había cambiado.

Tenía la mandíbula oscurecida por los primeros pelos de su barba creciente. Le brillaban los ojos con algo que Liv no supo identificar. No sabía decir si era rabia o pena.

Él se puso las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón dockers negro y clavó su mirada en ella.

—Zac —Liv utilizó un tono conciliador. Estaba tan feliz de verle—. Menos mal que has regresado. Me has tenido muy preocupada toda la noche.

—Bueno, no será para tanto —convino igual de agresivo que la noche anterior—. Me dejaste muy claro que no querías verme.

—Me hiciste enfadar —reconoció arrepentida—. Nunca pensé que podrías montar un número delante de mis padres.

—Para que veas que nunca se conoce del todo a las personas.

—No —asumió la puya.

—Yo tampoco pensé que pudieras utilizar en mi contra los meses que he dedicado a mi novela.

—Para que veas que todos tenemos un límite, y que como tú dices, nunca se conoce del todo a las personas —repitió devolviéndosela. Pero no era esa la dirección que quería que tomara su conversación, así que bajó el tono y se quitó las gafas de sol para que él viera sus ojos implorantes—. Zac, tenemos que hablar.

—No quiero hablar, Liv —contestó seco.

—Pero tenemos que hacerlo —intentó acercarse a él subiendo los escalones para quedarse frente a frente.

—No quiero escuchar lo que sea que me quieres decir.

No quiero.

—¿Pero no ves que no tiene ningún sentido que continuemos así?

—Las cosas van a cambiar Liv —le aseguró—. Ya he acabado el manuscrito. Dame tiempo para moverlo.

—¡No! —gritó ella sin paciencia—. ¡No puedo darte más tiempo del que ya te he dado! ¿Es que no lo ves? ¿No ves que me he perdido en todos estos meses? ¿No ves que ya no somos lo que éramos?

Zac negó testarudo con la cabeza y su nuez se movió arriba y abajo para tragar la aflicción que revelaba y que Liv veía.

—Somos los mismos, Liv. La gente no cambia. Cambia aquello que le rodea.

—No, Zac —aseguró Liv sentándose en el escalón, abatida y harta de que él no la escuchara—. Sí cambiamos. Tú lo has hecho. Y yo también.

¿Tanto costaba mirarse a los ojos y decirse la verdad?

¿Tanto miedo había al cambio? Ellos hacía mucho que no se acostaban y que no eran una pareja con todo lo que esa palabra conllevaba. ¿Por qué debían seguir agarrándose el uno al otro?

¡Si se estaban siendo infieles! Liv no le echaría en cara lo de Janira, porque ella también estaba probando las mieles de

Sair, sin embargo, cuando dos personas buscaban en otras lo que no tenían en sus casas, era porque les faltaba algo. Esa falta de algo durante tantísimo tiempo era la que había provocado que Liv se desencantara de Zac y dejara de verlo como su hombre ideal, o como su media naranja.

No. Liv ya no creía en esas cosas, y lo justo era que Zac supiera cómo se sentía.

—No puedo seguir así. No estoy dispuesta.

—No digas nada de lo que después vayas a arrepentirte,

Livi —Zac se sentó a su lado, rozándose pierna con pierna y brazo con brazo.

—Lo he meditado mucho, Zac. Y aunque hay una lista de pros que me empujan a acabar con lo nuestro, la única y principal —Liv entrelazó los dedos de sus manos para darse fuerzas— es que ya no siento lo que antes sentía por ti.

Dolía tantísimo ver cómo la persona que había sido su pareja recibía un golpe como ese. Pero más dolía fingir que todo era como al principio.

—No digas eso —contestó Zac con voz ronca, afligido por sus palabras.

Los ojos de Liv volvieron a llenarse de lágrimas, y le costó retomar la conversación y coger aire para continuar. Pero tenía que dejar muy claro su parecer.

—Zac... —susurró apoyando la frente en sus manos—. No sé estar a tu lado. No sé vivir así contigo. Ha sido tantísimo tiempo viviendo sola...

—No has estado sola.

—¡Me has dejado sola!

—Pero... Yo estaba aquí contigo, mi amor —Zac alzó su mano temblorosa para tomar a su mujer de las mejillas, pero

Liv se retiró. Estaba claro que no quería contacto.

—No. Zac, por favor, ahora no me toques —rogó.

—Liv, no lo hagas, no digas eso. Ayer noche me cabreé mucho contigo por tu comportamiento de estos días. Pero te pido disculpas ahora. Lo siento. Siento haber arruinado la visita de tus padres.

—Ya no sirven tus disculpas, Zac. Lo de mis padres ha sido solo un detonador.

—Escucha —pidió desesperado girando todo el cuerpo hacia ella—. He meditado sobre todo este tiempo y sé que tienes toda la razón del mundo en echarme en cara mi comportamiento, pero Liv, ha valido la pena de verdad, si supieras que...

—Si supiera nada, Zac. No sé nada. No me has contado nada —expresó impulsivamente—. Me has tenido tres años en la inopia, ¿y ahora dices que ha merecido la pena? ¿De qué?

¡¿Merece la pena perder a tu mujer por la sensación de acabar un jodido libro?! —exclamó a boca jarro—. ¡Me has perdido!

¡Yo misma me he perdido! —se puso la mano sobre el corazón—. Esa versión de mí queriéndote a ti se ha extraviado entre los muros de tu buhardilla. ¿Por qué no te diste cuenta antes?

—le preguntó llorando entre hipidos.

El rostro de Zac sombrío y a la vez cubierto de dolor era todo un poema. Quería abrazar a Liv, era lo que más deseaba, pero Liv tenía una muralla a su alrededor, y si había puerta o no, él la desconocía. Se sentía impotente porque no sabía cómo llegar a su mujer. Antes sí encontraba siempre un modo de hacerla sonreír, ahora, solo sabía hacerla llorar.

—Liv, voy a irme un par de días a casa de mi compañero

Mateo. Cuando regrese a casa, volveremos a hablar y a intentar remediar nuestra situación.

Ella entrecerró los ojos. Encima tenía el morro de seguir mintiéndole a la cara cuando ella sabía que ese Mateo no era otro que Janira.

Que se fueran a la mierda él y sus mentiras.

—Zac, haz lo que quieras, pero mi decisión está tomada.

No hay nada que arreglar, porque no hay piezas rotas ni cachos que unir de nuevo. Lo que había antes aquí por ti —llevó su mano a su corazón—, ya no lo hay. Por eso —alzó la barbilla, luchando contra el dolor de saber que su vida ya no iba a ser la misma sin Zac. Podía ser mejor o podía ser peor, pero era algo que ella tenía que descubrir— te repito que quiero el divorcio. No voy a seguir viviendo así contigo, porque si esto se alarga al final no habrá ni un buen recuerdo del que cuidar. Acabaré odiándote por hacerme tan infeliz.

Era un golpe durísimo para un hombre escuchar que su esposa le decía que la hacía infeliz. Pero Zac no era tonto, por eso comprendió que en ese momento, y en caliente, no se podía hablar con Liv, así que decidió retirarse.

Zac asintió, sin alzar la bandera blanca. Se retiraba para alejarse y buscar una estrategia mejor para luchar. No se rendía.

—Ahora estamos nerviosos —explicó cubriendo sus manos con una de él, enorme y masculina.

—Sé muy bien lo que me digo. Esto no es fruto del estrés.

—Lo sé, cariño. Pero, dame un par de días. Pasado mañana volveremos a hablar y...

—No, Zac —Liv apartó las manos de nuevo.

—Olivia, te lo ruego... —Zac fue a abrazarla, pero su peleona Livi se lo quiso quitar de encima.

—¡Que no me toques ahora!

—Te ha dicho que no la toques.

En ese instante, mientras ambos peleaban por salirse con la suya, Amador se presentó en su casa. Había aparcado el Audi TT rojo en la acera, frente a la puerta.

Liv aprovechó la estupefacción de Zac para levantarse de las escaleras de la entrada y apoyarse en la viga adosada del porche.

¿Qué demonios hacía Amador allí?

—¿Ama? —Olivia miró de reojo a Zac, que se había levantado como ella, y tenía la pose de un felino a punto de atacar—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Él sabía donde vivía, pero nunca le había hecho ninguna visita. ¿Y tenía que ser hoy?

—¿Estás bien? —preguntó preocupado ignorando a

Zac—. He llegado hoy de mi viaje a Sudamérica y al ir a buscarte a tu oficina me he encontrado a Cristina y me ha explicado que te has ido llorando del trabajo. Te he llamado cinco veces y no has atendido al teléfono.

—Eso es porque lo tengo en silencio, y está en mi bolso, pero... pero estoy bien —explicó nerviosa. No le gustaba nada la energía que desprendían los dos hombres—. No tenías por qué tomarte la molestia de venir a verme.

—No es ninguna molestia. Tus padres me llamaron para pedirme que te vigilara y cuidara de ti.

—Mis padres no debieron hacer eso —dijo con la boca pequeña temiendo la reacción de su marido.

—Solo quería asegurarme de que no te pasa nada —explicó acercándose a ella. Después dirigió una mirada de soslayo llena de animadversión hacia Zac—. ¿Todo bien? ¿Qué te ha pasado?

—Amador —la voz de Zac retumbó con poderío en el jardín y también en el interior de Liv—. Acabas de interrumpir una discusión entre mi mujer y yo. Te doy un minuto para que te des media vuelta y salgas de mi casa. Aquí nadie te ha invitado.

—Hola, Zac —le dijo sin ninguna amabilidad—. Pero Liv está mal, y creo que la culpa es tuya, así que no me digas que me aleje de mi amiga.

—Mira, tío —Zac bajó los escalones y se colocó entre él y Liv marcando territorio como un animal—. No metas las narices donde no te llaman. Aléjate de ella, deja de irle detrás como un perro faldero y métete tus regalos caros por el culo.

Los dos eran igual de altos y corpulentos, y muy gallardos. Aunque físicamente distintos. Uno rubio y de ojos claros, el otro moreno y de mirada negra.

—Bueno, eso es porque yo puedo hacérselos. En cambio tú no tienes donde caerte muerto. ¿No te da vergüenza ser el mantenido de tu esposa?

Ama sonrió con frialdad y entonces sucedió algo inesperado. Las facciones de Zac se tornaron agresivas y duras como las de un exterminador.

—¡No! —gritó Liv queriendo ponerse de por medio para separarlos.

Pero ya era demasiado tarde.

Una lluvia de golpes y empujones les hizo rodar por el césped del jardín. Se estaban golpeando con tanta violencia, que no tardaron en magullarse la cara y provocarse hematomas.

—¡Caballo! —gritó Olivia.

En ese momento, el Gran Danés salió del jardín de la parte trasera de la casa, saltó un par de cipreses y se lanzó a por los dos hombres, a tirarles de los pantalones y de las mangas de las camisas que ambos llevaban.

Los ladridos y los gritos eran aterradores.

En cuanto vieron que ese animal se los iba a comer, los dos se separaron, respirando agitadamente y protegiéndose del perro.

—¡No os mováis o Caballo os morderá! ¡Y cuando muerde ya no suelta! —gritó Liv advirtiéndoles—. Caballo, precioso mío —silbó a su perro con suavidad y este se relamió la boca, que tenía pedazos de ropa de Zac y Ama. Les echó una última ojeada y se dio media vuelta para proteger a su dueña.

Ella era su dueña. Era a ella a quien obedecía. A nadie más.

—¿Sois idiotas? ¿Os habéis vuelto locos? —les recriminó

Olivia pálida por los nervios vividos—. ¿Cómo os atrevéis a pegaros así?

—Tu marido se merecía una paliza antes.

Zac le lanzó una mirada asesina pero no habló en su defensa.

Liv miró a uno y a otro, incrédula y decepcionada por la penosa visión que ambos ofrecían, y añadió con cansancio:

—Largaos los dos de mi casa.

—Olivia —Amador la miró arrepentido, con el labio partido y el pómulo hinchado. Buscaba su misericordia y que a él no lo echara de allí—. Lo siento. Este tío es un capullo. Ya te dije que no te merecía —abrió los brazos manchados de césped—. Y no me equivocaba. Solo estoy preocupado por ti.

Ella negó con la cabeza. Esperó a que Zac también dijera la suya, pero él eligió no hablar más de lo que ya lo había hecho. Se dirigió al Jeep con la ropa rota por Caballo, y salió de su casa con un soberano disgusto y derrapando con las ruedas traseras para, al salir, golpear el morro del Audi TT.

—¿Hijo de puta! —gritó Ama.

—Yo te pagaré la reparación.

—¡Eso me importa una mierda! —le dejó claro Ama—.

Solo me importas tú.

Ama intentó acercarse a ella para consolarla, pensando que era él quien había salido ganador de aquel intercambio ya que aún seguía ahí, pero Liv se encargó de cortarle las alas.

—Tú también, Ama. No vas a quedarte aquí después de lo que ha pasado. No soy tan cruel con Zac. Vete.

—Liv...

—No tenías derecho a decirle nada de eso. Nadie tiene derecho a hablarle así. Solo yo —Se lo dejó muy claro. No aceptaba que la replicara.

—Liv... Lo siento de verdad... —intentó excusarse.

—¡Te he dicho que no! —lo detuvo alzando la mano y la voz—. ¡Estoy cansada de esto! ¡No quiero oír más!

—Está bien, como quieras. Solo estaba preocupado por ti y tu bienestar.

—Pues estoy bien. Gracias —mintió con sarcasmo—.

Ahora vete.

Al ver que Olivia hablaba muy en serio, Ama optó por regresar a su Audi, encender el coche y salir de allí.

Liv se dejó caer en las escaleras del porche, y cuando se sentó, hundió el rostro entre sus rodillas. Solo aceptaba el consuelo y los lamidos de Caballo.

El único macho que de verdad sabía cómo tratarla.

Su ansiedad se disparó y comprendió que al único hombre que de verdad le apetecía ver para huir de la vesania de su vida, era al único que no querría quedarse a su lado.

Pero no importaba, porque al menos en Sair, una parte de su alma, sí encontraba solaz.

Y eso era mejor que nada.

CAPÍTULO 14

—Señorita Olivia, ¿se encuentra bien?

Alberto, el mayordomo de Sair la esperaba puntual en la puerta del café Kafka.

Liv hizo lo que pudo con su aspecto demacrado y agradeció que esa noche ninguno de los dos se pudieran ver.

A pesar de la base de maquillaje, del antiojeras, el rimmel, las sombras, el lápiz de ojos y el pintalabios; a pesar de su melena suelta con medio recogido y del superlativo vestido camisero de Jack Wills de color borgoña; a pesar de sus tacones beige Marc Jacobs a juego con su bolso de mano del mismo diseñador; a pesar de su perfume exclusivo cuyas gotas vestían de pies a cabeza y te hacían sentir la mujer más hermosa del mundo; a pesar de todo eso, Liv se sentía fea.

Fea por dentro. De repente, todo lo que hacía le parecía mal. Algo tenía que hacer muy mal para que dos hombres a los que ella quería se pegasen en su jardín y se creyeran que tenían privilegios sobre ella, cuando ella no era feliz con ninguno de los dos.

¿Por qué su vida había llegado a ese punto?

—Estoy bien, Alberto —contestó con amabilidad.

—Está preciosa —Alberto no la creyó, pero igualmente le ofreció su brazo para acompañarla hasta ese lugar en el que la esperaba Sair—. El señor la esperaba ayer.

Llevaba una chaquetita festoneada con detalles de New Look del mismo color que sus complementos, y que al ser de entretiempo iba muy bien para una noche primaveral como esa.

—¿El señor preguntó por mí ayer?

—Sí.

Saber que él la estuvo esperando le agradó. Porque mientras ella preparaba la cena para la visita de sus padres y hacía sus quehaceres, también pensó en él y echó de menos su compañía. Más aún después, cuando la cena acabó siendo un desastre.

Liv sonrió, y esa fue la primera vez que sus labios dibujaron esa línea ascendente en todo el día. Al final, era la compañía de Sair lo único que la hacía sentirse bien entre los múltiples desencuentros.

Alberto la llevó a un restaurantee llamado *Dans le Noir*.

Olivia nunca había estado ahí, y no sabía con lo que se iba a encontrar. Al entrar dentro del restaurante un invidente la recibió con una sonrisa y una exquisita educación.

—¿Señorita Olivia? —preguntó al oír la puerta.
baja.

—Sí. Soy yo. ¿Alberto qué es esto? —preguntó en voz

—El jefe de la sala le guiará a partir de ahora. El señor ha reservado todo el restaurante para ustedes dos.

—¿Todo el restaurante? —preguntó sorprendida.

—Sí. Un taxi vendrá a buscarla en unas tres horas y la llevará a su residencia.

—¿Y entonces tú te vas? —preguntó insegura.

—Sí. No se preocupe —la tranquilizó—. Está en buenas manos. Pierre será su jefe de sala.

Olivia miró al chico ciego y bien parecido que sonreía al oír toda la conversación.

—Discúlpame, Pierre —le dijo Olivia—. No sé muy bien cómo va esto.

El chico asintió.

—No se preocupe. La primera vez que me ven actúan como usted. Se sorprenden. Pero créame que nadie mejor que yo la podrá guiar hacia su destino —le ofreció el brazo—. ¿Me acompaña?

—Por supuesto —se cogió a su brazo con suavidad—.

¿Hay algo especial que tenga que hacer, Pierre?

Pierre asintió y dijo con alegría.

—Verá que no notarán mi presencia en ningún momento. Solo para avisarles de la llegada de los platos.

—¿Pero hay algo especial que deba saber?

—Solo déjese llevar.

El *Dans le Noir* era un restaurantee con un concepto muy específico. Los comensales cenaban a oscuras, no se veían. Los camareros eran invidentes y plenamente conocedores de los espacios, con lo que podían servir a la perfección y sin accidentes.

La experiencia en el restaurante se convertía en una experiencia para los sentidos.

Pierre la guió a una mesa que Olivia no veía, y le retiró una silla que tampoco divisaba.

—Tome asiento, por favor —fue Pierre quien la ayudó a sentarse y le explicó donde tenía los cubiertos y las copas.

Olivia intentaba focalizar en algo, pero no había ni un rayo de luz. No veía nada. Solo oscuridad.

Escuchó cómo Pierre se retiró. Olivia se centró en el silencio y en la música de fondo que sonaba en el salón. *Right now* de Akon.

—Estamos solos, *sundara* —dijo la voz de Sair.

Su voz fue como un amanecer en su interior. Después de la oscuridad se hacía la luz, y así la recibió.

—¿Sair? —dijo con voz temblorosa.

—Estoy aquí, preciosa mía.

Livi alargó la mano palpando con cuidado para no tirar nada de la mesa. Y cuando alcanzó su mano, se sujetó a ella como a un salvavidas en medio de un oleaje.

Sus pies y sus piernas con autonomía se levantaron de la silla, rodearon la mesa sin soltarse a su amarre, y cuando llegó hasta él, escuchó cómo Sair retiraba su silla para darle espacio.

—¿Olivia...?

Liv se sentó sobre sus piernas y se abrazó a él para llorar sobre su hombro. Lo necesitaba. Necesitaba de él, de sus palabras, de sus cuidados... necesitaba que él le dijera que todo merecía la pena, aunque después, cuando tuvieran que despedirse, el dolor fuera atroz.

Sair era su santuario. El hombre que le daba paz y calma, el que la activaba con un beso y la serenaba con una caricia; el que la alentaba con una palabra.

Era gracias a él que ahora se conocía mejor y sabía lo que quería y lo que no. Y quiso demostrarle lo agradecida que estaba y lo importante que era para él.

—Sair... —gimió sobre su garganta. Ese olor... Ese olor la marcaría para siempre.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué no viniste ayer? —le preguntó ansioso por saber, abrazándola con fuerza contra su cuerpo—. ¿Por qué lloras, bella mía?

Cuanto más le hablaba, más lloraba. Era un gatillo, un explosivador de sus emociones.

—¿Qué necesitas? Quiero darte lo que necesites, Olivia.

Háblame.

Olivia hundió los dedos en su espeso pelo y agarró mechones con desesperación.

—Sair...

—¿Qué?

—Bésame —le pidió—. Hazme el amor. Te necesito — le rogó buscando su boca con la suya.

La canción decía justo lo que ambos querían. Querían hacer el amor en ese mismo instante. Y volar juntos.

Cuando sus labios se encontraron, Sair gruñó como un animal deseoso de marcar a su presa. Su beso fue desesperado y hambriento, como si no tuvieran suficiente el uno del otro, tal y como siempre les pasaba. Él se tragaba cada una de sus lágrimas, porque quería convertirse en su paño, en aquel que se las secura.

Sair le palpó la carne por encima de la ropa. No verse era algo nuevo para él. Pero no para ella, que ya tenía práctica en ser privada de la visión.

Y fue increíble. Porque Olivia sabía muy bien donde tocar, cómo desabotonar, y cómo bajar la cremallera del pantalón para ir en busca de lo que quería.

—Olivia... —gimió con placer cuando ella agarró su miembro ya preparado—. Me tocas y ya me pongo en guardia, sundara —le susurró apresando su mano y moviéndola sobre su pene como a él le gustaba.

—Sí. A mí me pasa lo mismo —Olivia tomó su otra mano libre y la guió por debajo de su falda, hasta que alcanzó sus braguitas.

Sair le retiró la tela y al palparla con los dedos notó que estaba húmeda y preparada.

—Eso quiero. Es lo único que quiero. Que estés lista para mí — musitó aprobador. Le abrió las piernas con las suyas, le levantó la falda y acabó de retirar bien sus braguitas para acceder a su interior.

Cuando Sair se deslizó en su apretado interior y vio lo mucho que ella le aceptaba, se volvió loco de placer. La tomó de sus nalgas con fuerza, y empezó a bombear en su interior, sin dejar de besarse el uno al otro.

Olivia rebotaba sobre sus piernas y sufría sus embestidas, feliz de sentirlo adentro, y de experimentar ese júbilo junto a él.

Les faltaba el aire, pero ninguno de los dos quiso romper el beso.

Y no lo hicieron.

—¿Qué haré Sair cuando te vayas? —le dijo sobre su boca, a punto de correrse.

—Lo mismo que yo, Olivia. Me echarás de menos tanto como yo a ti —dijo entre lamentos de placer.

—Mañana será nuestro último día juntos —dijo acongojada.

—Lo sé —la voz de Sair también sonaba muy afectada.

—Sé que prometimos no vernos.

—Sí.

—¿Crees que mañana podríamos romper esa cláusula? — tanteó. Necesitaba ver al hombre que le hacía sentir todas esas sensaciones y emociones sin parangón. ¿Cómo iba a olvidarse de él? La acababa de echar a perder para todos los hombres.

—Mañana aún no ha llegado, *sundara* —le recordó mordiéndole el hombro—. Déjame amarte hoy. Déjame darte lo mejor de mí ahora.

Ella lanzó un gemido y se abrazó a él para llorar en silencio porque se temía que Sair no le daría el privilegio de ver su rostro.

Cuando su orgasmo empezó, Liv dejó ir un lamento por ella y por él.

Se trató de un orgasmo que por muy liberador que fuera, la apresaba a él para siempre.

Esa noche, Olivia llegó a su solitaria casa y recibió con agrado la bienvenida y la fiesta de Caballo. Se quitó los tacones y juntos, perro y dueña, subieron las escaleras hasta su habitación.

Una vez, fue su habitación de matrimonio, pero ya no. Hacía tiempo que era solo suya. Suya y de Caballo.

Sumida en el recuerdo de una noche de placer y también un tipo de amor que hasta entonces no había conocido, se tocó los labios inflamados por sus besos y cuando llegó al baño y encendió la luz, contempló su reflejo en el espejo.

El delicado recogido que se había hecho ya no existía; tenía el rimmel corrido por lo mucho que había llorado de pena y de placer. Parecía una mujer salvajemente revolcada por la cama de la lujuria.

Si solo fuera eso, podría olvidarlo. Pero no solo se trataba de eso.

Las atenciones de Sair, sus cuidados, sus palabras y el modo que tenía de tocarla y de besarla hablaban de amor. Y era de tontos negarlo.

Ninguno de los dos se quería complicar la vida, cierto.

Sair tenía miedo a que le hicieran daño de nuevo. Y ella también.

No iba a ser tan inconsciente de salir de una relación para meterse en otra, aunque Sair no tenía por qué cortar con ella tan tajantemente.

La cuestión era que ambos se necesitaban. Él le había dicho que estaba enamorado de ella. Y ella sentía cosas a las que no sabía ponerle nombre en su interior.

Tal vez ya no creía en las medias naranjas después de lo que estaba viviendo con Zac, pero lo de Sair era mucho más intenso, más místico, como los encuentros de dos viejas almas gemelas, que sin verse, ya se conocen.

Esa noche en *Dans le Noir*, comprendió que los sabores eran más intensos cuando no los veías venir, cuando no los esperabas y no los dabas por sentado. La falta de luz completaba y potenciaba el sabor de las cosas hasta límites insospechados.

Y esa aventura con Sair le había potenciado el sabor de la sensualidad y la ternura en la boca, con el gusto picante del amor en la punta de la lengua. Y no quería renunciar a ello.

Con sus ojos gatunos clavados en su reflejo, Olivia se juró que al día siguiente, en su último encuentro con ese hombre, no renunciaría a la última oportunidad que tenía de verle en persona y decirle a los ojos que le gustaría continuar viéndole. No como amante, porque ya estaría divorciada de Zac. Sino, como posible pareja.

Siempre y cuando él fuera valiente de confiar en ella y quisiera seguir conociéndola.

CAPÍTULO 15

Al día siguiente recibió la llamada de su madre, con la que estuvo hablando un rato para decirle que estaba bien y que ya había hablado con Zac sobre su intención de divorciarse. Le dijo que no lo había encajado bien y que al día siguiente iría a verla para convencerla de lo equivocada que estaba, pero ya había tomado su decisión y era inquebrantable.

Carmen lloró por su hija y por Zac, pues a él siempre lo querría, pero entendió que habían desenlaces inevitables.

También habló con Fina y Tere para ausentarse en la comida de cada viernes. No estaba preparada para hablar con ellas y explicarles todo de pe a pa. Hoy no era un buen día para desmoronarse.

Amador también la llamó y le envió varios mensajes que Liv ignoró. Decidió que ese día no iría a trabajar porque necesitaba un pequeño kit kat, y ver a su rubio y buscador de broncas amigo, no le haría ningún bien para mantener la serenidad que necesitaba durante la tarde.

Por eso esa mañana se dedicó a limpiar, a arreglar el jardín, a sacar a su perro con tranquilidad y meditar sobre lo que había sido su vida en esos últimos días y lo que quería que fuera a partir de esa misma tarde, recibiera un sí o un no por parte de Sair.

Y rezaba porque fuera un sí.

Tantas veces como se había presenciado ante la puerta 169 de esa suite colonial, y ninguna había sentido esos nervios tan profundos en el centro del pecho ni ese miedo paralizante en el corazón.

Estaba aterrada y triste porque esa sería la última vez que pisaría ese hotel y esa habitación. Nunca volvería a estar allí con otro. No podría.

Del mismo modo que nunca podría estar con otro en la misma cama que había compartido con Zac. Se compraría otra, porque habían cosas que mejor no vulnerar.

Olivia se recolocó el pelo sobre un hombro, pasó los dedos por las puntas curvas y se aseguró de que las mangas de su blazer marinera estuvieran dobladas a la misma altura. Debajo llevaba una sencilla camiseta blanca, y unos tejanos de pitillo algo desgastados.

Unos zapatos de tacón Pepe Jeans con la punta descubierta y del mismo color que la blazer completaban su atuendo.

Miró su reloj y golpeó la puerta.

Toc toc.

Dos veces. Siempre puntual.

Alberto la abrió y le hizo la misma reverencia de siempre.

Actuó como hacía todos los días. Tomaba su bolso y lo dejaba en el vestidor.

Después le pedía que se diera la vuelta, y le cubría los ojos con el pañuelo de seda negra y que tanto le había privado de ver y de conocer.

Abrió las puertas correderas de par en par y entonces, el olor de Sair se introdujo en sus fosas nasales, arremolinándose en su corazón. Sería adicta a ese perfume para toda la eternidad.

Lo mejor era que nadie lo llevaba y que, por tanto, nadie le recordaría a él.

Pero al mismo tiempo, también era lo más triste. Un sentido menos del que poder servirse para recordarle.

—¿Sair?

—Hola, sundara —dijo con un tono que hasta entonces no le había oído. Parecía controlador y helado. Ni rastro de la ternura que tan bien lo definía.

—Hola, Sair —le contestó.

Esperó paciente a que él la tomara de la mano y la besara, que se la comiera a besos como siempre hacía. Pero no pasó nada de eso.

—Acércate. Camina hacia delante y detente cuando yo te lo diga.

Liv frunció el ceño pero le obedeció.

—Para.

Liv cesó sus pasos y se quedó quieta como una estatua. Sonrió producto de los nervios y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Vamos a jugar a la gallinita ciega? Ni rastro de esa risa infantil que tenía.

—Es nuestro último día juntos. Le dolió que se lo recordara así.

—Sí, lo es.

—Ayer me pediste que querías verme. Que nos miráramos a los ojos en nuestros últimos minutos.

—Sí —contestó emocionada—. ¿Lo has considerado?

—Sí. Pero antes, dime: ¿por qué quieres verme?

—¿Por qué? —no entendía—. Porque... —tragó saliva buscando la mejor respuesta, hasta que encontró la única sincera que atesoraba y que salía directamente de la curiosidad de su corazón—. Porque, Sair, quiero atesorar una imagen del hombre que recordaré toda mi vida.

Escuchó cómo la respiración de Sair se cortaba de repente. Y después le escuchó levantarse del sofá y dirigirse hasta ella.

Liv quería que él la abrazara y que le diera un beso sanador. Pero no sucedió nada de eso.

En su lugar, percibió como Sair daba vueltas a su alrededor, moviéndose como un león a punto de comerse a una ovejita.

Sair.

—¿Y si no te gusta lo que ves en mis ojos? —preguntó

—¿Qué quieres decir?

—Ahora te gusta el recuerdo de lo que yo soy, de lo que juntos hemos sido. Estás enganchada a cómo te he tratado y a cómo te he tocado. Pero no puedes obsesionarte de ninguna imagen ni tampoco puedes enamorarte de alguien a quien nunca has visto. ¿No quieres dejarlo así, *sundara*?

—No puedo dejarlo así, Sair. Lo haría si no sintiese nada.

Pero no es el caso.

—¿Sientes algo por mí?

—No sé lo que siento —se rectificó—. Pero es algo que no estaba preparada ni dispuesta a sentir por otro que no fuera

Zac. Y me he visto sorprendida al darme cuenta de que empezaba a sentir algo a lo que no le sé poner nombre, y es hermoso y único —aseguró apasionada—. Tú has dicho que estabas enamorado de mí.

—Sí.

—Pero estás dispuesto a dejar pasar la oportunidad de que te vea y te conozca de verdad.

—Sí.

—¿Por qué? A mí me gustaría poder alargar nuestra aventura, Sair. ¿A ti no?

—No.

Esa respuesta le dolió tanto que tuvo que llevarse la mano al estómago como si estuviera indisputada.

—¿Es porque tienes miedo?

—Tengo miedo de en lo que haré que te conviertas si sigues adelante con esto.

—¿Cómo? —preguntó incrédula—. Tú no me convertirás en nada. Soy yo la que decide seguir adelante por propia voluntad.

—¿Y tu marido? ¿Qué harás con él? Porque no puedes tenernos a los dos, Olivia. Eso ya te lo dejo muy claro.

Olivia se relajó al escuchar ese tono y sonrió tontamente. Negó con la cabeza y estiró las manos hasta alcanzar el cuerpo de Sair. Lo atrajo hasta ella y lo tomó del rostro. Ese rostro que aunque no había visto nunca, se sabía de memoria.

—Voy a divorciarme de él. Lo nuestro no funciona. Él me ha decepcionado. Y también me ha engañado.

—Eso no responde a mi pregunta. Sé sincera conmigo.

¿Le sigues queriendo? Dime la verdad porque no pienso compartirte con nadie más.

—Zac ha sido y será siempre un hombre importante en mi vida, pero no es el hombre de quien me enamoré. Ya no.

Mi amor por él se ha marchitado, y en su lugar, unos días junto a ti han sembrado una semilla que no sé qué flor puede dar.

Pero me gustaría, Sair —le pasó los pulgares por los labios— que nos atreviésemos a regarla. Los dos.

Sair la tomó de las muñecas, besó el interior de ellas y dijo desahogado:

—No deberías ser tan atrevida, Olivia. Pero si es lo que deseas, deseo concedido.

Liv aguantó la respiración.

Lo iba a hacer. Sair le desataría la venda y por fin lo vería.

Sintió sus talentosos dedos deshaciéndole el nudo, y cómo poco a poco el pañuelo perdía fuerza y resbalaba por su nariz.

Tenía miedo y también mucha curiosidad. ¿Y si estaba desfigurado o tenía algún problema? ¿Y si no le gustaba?

Tampoco importaba demasiado porque a ella le agradaba cómo era, cómo la trataba, el modo que tenía de hablarle y de cuidarla. ¿Qué importaba el físico llegados a esos niveles? Además, le había

reseguído las facciones con los dedos muchas veces y había llegado a la conclusión de que no podía ser un adefesio.

Primero vio pelo negro y una frente ancha y perfecta que denotaba mucha inteligencia; a continuación, vinieron sus cejas de una forma sexy y muy tupidas; y después, muy juntas a ellas unos ojos negros que dejaban sin aliento.

Pero eran unos ojos conocidos y amados, que esta vez poseían una mirada ajena y que Liv nunca había sentido sobre sí misma.

Por el amor de Dios.

Sintió que le faltaba el aire y que una sensación de irrealidad la recogía.

Su anónimo no era un desconocido.

El hombre del que se quería divorciar, era el hombre que la tenía enganchada y medio enamorada en los últimos días.

Era Zac.

Liv perdió todo el color de su rostro, y sus manos, que sujetaban las mejillas de su marido, resbalaron por su piel y cayeron muertas a cada lado de sus caderas.

No podía ser verdad. Era imposible. Imposible.

—¿Zac?

—Dime, *sundara* —contestó él con la voz de Sair.

—No. No puede ser...

—¿Qué es lo que no puede ser?

—¡Deja de poner esa voz! —exclamó mirando a su alrededor—. ¡¿Y Sair?! —gritó desorientada.

—Yo soy Sair —aseguró con la misma voz de su misterioso hombre—. Sabes que siempre se me dio bien poner voces, preciosa. Te reías conmigo cuando imitaba, ¿recuerdas?

—No... No puede ser cierto.

—Lo he hecho muy bien, la verdad —se congratuló—.

Me ha costado adquirir esta textura. pero con trabajo, todo se consigue.

—No. Tú no eres Sair.

—Dale la vuelta al nombre de Sair, Liv —espetó sereno sin mover un solo músculo de su cara—. Y averigua qué te sale, bonita.

—Rias —contestó ella temblorosa.

—Rias de Zacarias.

Olivia parecía estar en una pesadilla. Abrió los ojos como platos.

—No —lo empujó y lo apartó de ella. Necesitaba salir de ahí.

—Sí —asintió él mirándola compasivo—. Sí, mi Livi. El hombre de quien te estabas enamorando, era el mismo de quien te habías desenamorado. Menuda paradoja —afirmó sin remordimientos.

—Es imposible —se cubrió la boca con las manos para que él no la viera hacer pucheros, aunque los ojos se le llenaran de lágrimas gordas e incontenibles como las que lució en ese instante.

—¿Imposible? ¿Cómo de imposible?

—¿Cómo...? PORque no puede ser. Siempre has estado en casa cuando yo llegaba, y...

—Salía de aquí corriendo para coger la moto. Llegaba antes que tú, que te tragabas toda la caravana.

—¿La moto? ¿Qué moto?

—Esa de los vecinos que tanto te incordia y que está siempre mal aparcada. Te pido disculpas, ya sabes, las prisas...

—se encogió de hombros, duro como una piedra y frío como el hielo.

—Dios... —Olivia se presionó el puente de la nariz—.

¿Y la pluma? ¿Este hotel? ¿La colonia? Tus lujos... ¿De dónde lo has sacado? ¿Cómo te los puedes permitir? —le increpó cada vez más avergonzada de sí misma.

Los ojos negros de Zac siempre habían admirado lo hermosa que era su mujer, pero más aún lo buena que había sido siempre. Ahora,

parecía que no tuvieran nada que admirar.

—Mi libro, Liv. Los derechos de ese libro en el que tú no confiabas, y el mismo que yo no te dejaba leer vale una millonada de euros. Lo compraron incluso días antes de acabarlo.

Olivia se hacía cruces. Esperaba que alguien la pellizcara y le dijera «Despierta, esto no es real». Pero cada vez estaba más segura de que sí lo era.

Y eso la hacía polvo.

—Pero, Zac... —No encontraba las palabras. No entendía por qué había pasado esto—. ¿Quién los ha comprado y cuándo?

—Hace tres semanas. Liv, soy periodista —la agarró de los codos sin demasiada fuerza, aunque deseara zarandearla—.

Uno muy bueno, aunque tú no lo creas.

—Yo sí lo creo. Pero creo que como marido has sido pésimo.

Él sonrió con desdén y continuó con su explicación.

—Durante mucho tiempo he tenido información muy privilegiada. Me pidieron un libro por encargo, aprovechando mis dotes como escritor y los contactos que yo tenía. Pero ese libro, del que todavía no te puedo hablar, revelará muchos secretos y será un bombazo — se detuvo al ver que Liv no decía nada—. ¿No te interesa saber por cuánto he vendido los derechos?

—¿Crees que me importa? ¿Crees que me importa el dinero, maldito?

—Me has dejado muy claro que sí te importaba en todas esas veces en las que me has echado en cara que era un puto mantenido.

—Me has mentado, Zac —dos enormes lágrimas se deslizaron por la comisura de sus ojos—. ¿Te das cuenta de lo que me has hecho? ¿Te lo has pasado bien?

—Sé lo que has pensado de mí durante mucho tiempo,

Olivia. Sé de lo que hablábais tú y tus amigas a mis espaldas.

Sé las veces que le has llorado a tu madre diciéndole lo desgraciada que te sentías. Pero, en muchas ocasiones intenté acercarme a ti —dijo con los dientes blancos y apretados por la frustración— para demostrarte lo mucho que te quería y lo importante que eras para mí, y tú ya no me dejabas. No te podía tocar. Era como si me tuvieras asco —reconoció dolido.

—Pero, Zac... ¿Puedes comprender por qué cambié mi forma de ser contigo?! ¡Fue culpa tuya!

—No digo que no. No obstante, eso no te excusa ante todo lo que ha pasado después.

A Liv no le salían las palabras.

—¿Por qué me has hecho esto?! —gritó destrozada.

—Quería ofrecerte la aventura que hacía tiempo que no tenías conmigo. Como esas que lees en tus libros románticos.

Quería sorprenderte, y darte una experiencia novelesca. Para que comprobaras que incluso tu marido podía ser un personaje de libro.

—Qué cabrón —dijo entre dientes.

—No esperaba llegar tan lejos, esa es la verdad. Después de la primera noche, o después de la primera entrevista en la que te negaste a tener nada conmigo y declinaste el regalo de la pluma, pensé en decírtelo. Eso me hizo sentir muy bien —reconoció—. Djiste que no.

—Sí.

—Pero la cláusula de mi contrato me prohibía hablar de nada del libro hasta que no estuviera a la venta, y no podía explicarte nada igualmente, con lo que en casa las cosas seguirían estando de la misma manera.

—Pero lo has hecho ahora y tu libro se supone que aún no está en las librerías.

—Sí. Pero ya no importa y esto es una emergencia. Saldrá la semana que viene.

A Olivia la luz de los ojos se le apagó.

—Entonces, hacía tiempo que lo tenías acabado.

—No. Un libro no está acabado hasta que no se repasa mil veces. Y yo lo he repasado mil y una.

—Ah, ya.

—Es un tema muy delicado, Liv, y podría haberte puesto en peligro si te lo hubiera contado...

—¡Me da igual! ¡Yo era tu mujer! —clamó derrumbándose por momentos—. ¡Era conmigo con quien tenías que contar! ¡Y en vez de eso, es de mí de quien te has reído! ¡Es a mí a quien has traicionado!

—No quise alargarlo tanto. Pero después de nuestras discusiones en casa...

Olivia apretó los puños de ambas manos y esperó a que el dolor que sentía por clavarse las uñas calmara el suplicio de su alma, pero no funcionaba.

—Decidiste jugármela y seguir con tu puesta en escena.

—Sí.

—¡Vete a la mierda, Zac! ¡No te quiero ni ver!

—¡¿Ah, no?! —le gritó atrayéndola a sus brazos—. Soy el mismo que te ha devuelto la sonrisa estos días —ella negaba con energía, intentando apartarse de él—. ¡Soy el mismo gandul mantenido a quien has rechazado durante muchos meses!

¡Y no te culpo! ¡Sé que he sido muy difícil!

—¡No me toques, hijo de puta! —le dio una bofetada y le arañó la cara, en la misma mejilla donde tenía el moretón del puñetazo de Amador.

Zac se apartó y giró la cabeza a un lado. Con horror se miró los dedos manchados de la sangre que le había provocado su mujer.

—¿Quién ha traicionado a quién, *sundara*? Te ibas a divorciar de mí para irte con Sair.

—¡No me llames así! —agarró un florero de la mesilla de noche y se lo lanzó a la cabeza, pero Zac lo esquivó con muchos reflejos—.

¡Tú también me engañaste con Janira! ¡No lo niegues! ¡Te escuché por teléfono la misma noche que yo le dije a

Sair que no! —estaba roja de la furia que sentía en su interior—.

No solo me abandonaste en casa y me dejaste a un lado de tu vida, sino que además, tenías una aventura con otra mujer.

Zac negó con la cabeza. Dos mechones de su pelo perfectamente peinado cayeron sobre uno de sus ojos, sumándole más atractivo a su apuesto rostro.

—¿Creíste que tenía una aventura con ella?

—¡Por supuesto que sí! Y más después de que te preguntara con quién hablabas, y tú me dijeras que era Mateo. ¡Mentiroso! —volvió a empujarle con fuerza—. Ese fue el motivo real por el que decidí aceptar la aventura de Sair.

—Pues la cagaste, Liv.

—Seguro —dijo incrédula.

—Janira es la mujer del personaje central de mi libro. De mi chivato, mi informador. El otro día me llamó muy nerviosa porque temía que a su marido le hubiera pasado algo. La información que él tiene pone en peligro su vida. Y ahora por fin, con el dinero por sus servicios en mano, los dos han huído del país y están a salvo.

—¡¿De qué va tu libro, por el amor de Dios?! —preguntó asustada.

—De mafia y corrupción. Hay muchos cargos comprometidos por todo lo que va a salir en él.

No sabía ni qué decir. Zac había escrito un libro que valía millones de euros y, eso sin salir a la venta, y que iba a destapar mucha de la corrupción oculta del país.

—Zac... —Olivia se cubrió el rostro con las manos, devastada al oír todo lo que oía.

Resultaba que él era el hombre que también le había devuelto la sonrisa. ¿Cómo podía estar pasándole eso?

—¿Y ahora qué harás, Olivia? —le preguntó Zac.

—¿Acaso tengo opciones reales de decidir algo? —preguntó sumida en la desilusión y el desencanto.

—No —contestó él—. Porque ahora soy yo el que te pide el divorcio.

Ella encajó el golpe como si fuera algo nuevo, porque en verdad lo era. Se había querido separar de él alegando decepción, abandono, falta de amor e infidelidad.

Pero ahora que había descubierto el pastel, sus sentimientos estaban encontrados. No sabía lo que sentía.

Solo podía reconocer la rabia y la ira del engaño y de que hubieran jugado con ella de ese modo.

—Lo que voy a hacer, Zacarías, es alejarme de ti y salir de esta suite.

—¿Te vas? —preguntó incrédulo—. Soy Sair, ¿recuerdas?

¿Acaso no quieres una oportunidad? Estabas dispuesta a luchar por mí —se burló de ella.

Olivia se dio la vuelta, con el gesto alicaído.

—Ni siquiera sé quién eres. Zac, Sair... —se encogió de hombros—. Un mentiroso, después de todo. Un mentiroso que me ha roto el corazón dos veces —sentenció pasándose la manga de la blazer azul oscura para limpiarse las lágrimas—.

Quédate con tu nueva personalidad. No la quiero.

Zac alzó la barbilla con orgullo, pero con sus ojos negros teñidos en tristeza y arrepentimiento.

—En dos semanas te llegarán los papeles del divorcio.

Fírmalos y acabemos con esto, Liv.

—Has acabado conmigo, Zac... —Liv se quedó a medio camino cuando fue consciente de lo perdida que se sentía en ese momento. Zac era Sair. Sair era Zac. Dos hombres diferentes que en realidad eran el mismo. A los dos les había amado.

Y los dos le habían roto el corazón. Sus dos aventuras habían tenido el mismo desenlace: ella hecha polvo.

—Yo tampoco he salido demasiado bien, ¿no crees? —le preguntó Sair ofendido.

Liv ni se dio la vuelta ni le contestó.

Abrió las puertas correderas esperando encontrar a Alberto y decirle que era un capullo. Pero el mayordomo no estaba. A saber quién era en realidad.

Arrastró los pies como la perdedora que se sentía, pero se juró que de esa se levantaría. Si decidía firmar los papeles del divorcio, lo haría con la cabeza bien alta y sin nada de lo que avergonzarse. Y firmaría con la pluma del ave fénix que él le regaló de mil seiscientos euros. Resurgiría de sus cenizas.

Sería la puntilla a un final dramático de verdad.

Porque... Ese era el final... ¿o no?

Puede que Liv y Zac aún tengan mucho que decirse.

Tú decides.